

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

1º DE ENERO DE 1904

Nº 289

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUALB. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

Si el periodismo
Nacional hubiera tenido
el estímulo de "El Cojo
Ilustrado" en levantarse, Vene-
zuela se encontraría También,
hoy, á mayor altura de civili-
zación y de progreso.

Caracas: Nov- 9 de 1903

José Castro.



GENERAL CIPRIANO CASTRO
PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA



SEÑORA ZOILA DE CASTRO

Con el presente número entra EL COJO ILUSTRADO en el año décimotercero de su fundación.

Esto es, se prepara ó comienza una nueva jornada, que, si como toda humana empresa ha de tropezar inevitablemente con ásperos sabores, tendrá también, sin duda, momentos de íntimo júbilo que compensen los de amargura. Viajero por tan difíciles caminos, experto en doce años de fecunda exploración por las regiones, llenas de perpetuo interés, del ingenio patrio, del ajeno dominio y de todas las actuales, profundas y constantes evoluciones del espíritu contemporáneo, ya sabe de muchas gratas sorpresas, para propia delectación y para mayor brillo y prez de su obra de adelantamientos en la esfera moral. Un día es el resplandor de una nueva promesa de gloria patria, que despidе su luz desde la frente esclarecida de un nuevo pensador, de un nuevo paladín, armado y presto para la buena lid; ó bien el rumor generoso y halagüeño de una victoria, dispensadora de los ricos bienes del ideal perseguido en recia pelea y entre rudos embates; ó la sola tranquilidad orgullosa de una conciencia plena de su esfuerzo por el más cabal y alto cumplimiento del deber aceptado.

Mucho de cuanto de atrás baya quedado como tentativa ó como propósito, infinitamente más de lo que no podemos prever, por imposiciones de circunstancias incalculables, habrá de constituir nuestra nueva tarea: es difícil determinar las fronteras precisas de una etapa del espíritu, de un período moral ni de una época literaria, y, colocados desde luego sobre la línea imprecisa de las transiciones, no será ahora precisamente cuando podamos aludir siquiera al carácter que asumirán los detalles y las fases de la labor que para otro año inauguramos con este número. Podemos, si, dar caución de que en sus rasgos generales y en su propósito final, nuestro empeño tendrá la misma fisonomía de circunspección, de sinceridad, de buena fe que hasta ahora han sido los fundamentos que aliados á una constancia sin flaquezas, nos han permitido alcanzar, junto con el favor y el aplauso de los buenos, hasta el punto en que nos hallamos en el amplio campo de la prensa continental.

Durante esa recorrida, desde el día de nuestra primera aparición, es incuestionable que lentas ó violentas crisis han agitado y conmovido nuestro estado social, político y moral y que ellas han influido, más ó menos intensamente, sobre el carácter y tendencias de la literatura nacional: el lenguaje y el estilo se han acrisolado á los ardores del entusiasmo, de las pasiones y han tomado, según sus aplicaciones y los temperamentos de quienes los manejan como instrumentos, timbres finos ó sordos, flexibilidades ó resistencias, ductilidades amargas ó agrias rigideces, que les determinan un aspecto de ciudadanía venezolana, precisa y distinguida entre las naciones españolas de América. Las ideas han logrado predominar por sutilezas ó por ennoblecimientos ganados con gallardía; ha habido silencio de las vocinglerías vencidas y propicio ambiente de las viejas resistencias en derrota, para oír por intervalos apreciables la voz serena de la razón y la justicia;—la noción del derecho ha ido invadiendo horizontes más abiertos;—van desapareciendo las consagraciones magistrales que consolidaron y pusieron fuera de concurso, de debate y de análisis los hábitos de la negligencia, de la pereza intelectual y del cesarismo de las ideas;—y se ha fundado, por último, el concepto legítimo, probado en frecuentes y severas pruebas, de la autoridad literaria y de la conciencia artística.

Ha sido, pues, desde que se fundó EL COJO ILUSTRADO, un largo y provechoso período de demoliciones y reconstrucciones, de gestación lenta y segura, de reincorporaciones justificadas; de manera que nos hallamos próximos, si no ya dentro de la época para largo tiempo definitiva de una literatura propia, á la que no falta sino que anuncie su marcha ordenada por las regiones que son de su impe-

rio. Esto es, explotación metódica, realizada con los recursos del arte de embellecer, de hacer útil y provechosa, de nuestras fuentes históricas, no solamente en el orden político,—ya tan adulterado por las fantásticas hipérboles de la leyenda,—sino en sus respectos religiosos, filosóficos, poéticos, científicos, de erudición, crítica, novela y elocuencia, que todo pertenece y todo cabe en el concepto general de la literatura de un país.

Con evidencia que así se determinaría un espíritu nuevo; se comprendería mejor una edad, una nación y una sociedad, y la literatura tendría los debidos fueros y las preeminencias de un nuevo y genuino poder, contribuyendo con su fuerza y con su influencia al esfuerzo noble y digno de conducir la patria á ser recibida con reverencias al concurso universal de la cultura y la civilización.

¿Por qué, casi siempre, se excusan las plumas ilustradas para las tareas de aplicar su prestigio, su arte y su fama á los asuntos de vitalidad, de importancia palpitante? Su abstención priva, al concepto de una patria ilustrada y culta, de las ventajosas manifestaciones de una autoridad moral puesta al servicio serio y digno de nuestros más preciados intereses y abandona el campo, la representación y el poder acaso á quienes por carencia de la caudalosa provisión de los elementos de cultura, de inteligencia y de ilustración ejerzan una acción nugatoria é irrita por desautorizada y lleven á fines y efectos contraproducentes, nó en verdad por falta de sano propósito y laudable voluntad, sino por manifiesta impotencia intelectual ó por lastimosa carencia de aptitud moral.

En la Francia de Zola y de Coppée, de Sully-Prudhomme y de Maurice Barrès, de Paul Bourget y de M. Hanotaux, son precisamente esos nombres gloriosos de la literatura los que ponen valerosamente la gloria de su nombre, la autoridad de sus prestigios, la admirable destreza de su pluma sin competidores, al servicio altísimo y decoroso de su Francia perinelita, en política palpitante, en debates periodísticos, en asuntos económicos, en esclarecimientos históricos, en reivindicaciones partidarias.

Ya nuestro país y nuestros literatos cuentan con las condiciones requeridas para que su acción y su obra tengan el poder saludable de ese género de supremacía, que ha sublimado hasta las cimas de poder á la literatura en las naciones de vigor intelectual: tenemos una tradición literaria, sostenida desde los primeros días de la nacionalidad por una serie no interrumpida de esfuerzos eximios y de insignes varones, que han mantenido siempre despierto el espíritu, bajo una atmósfera de pureza superior, que nos han legado un buen ejemplo de labor; tenemos métodos determinados y, en consecuencia, una disciplina que abrevia infinitos estudios de preparación; hemos conocido, dentro ó fuera de las lindes patrios, modelos excelentes que fundaron ó continúan estableciendo las galerías del espíritu, pobladas de portentos; y en la lengua madre, transportada á las latitudes americanas, poseemos un bello, magnífico y soberbio instrumento de expresión, á las veces solemne y majestuoso, á las veces dulce, flébil y rumorante, que puede decir todo cuanto de grande y bello y noble pueda ser contenido ó laborado en los cerebros de nuestros pensadores y nuestros artistas.

Tales son nuestras ideas y pensamientos cuando preparábamos la presente edición de gala. A fin de distinguirla y darle más alto carácter que las ordinarias, solicitamos la alta y valiosa colaboración moral del señor General Capuano Castro, Presidente de la República, en la forma de un autógráfo suyo; dejando el tema á la libre elección del ilustre autor. El Primer Magistrado fue atento á nuestra solicitud y nos sorprendió con las líneas que honran la primera página y en las cuales nos exalta con una manifestación espontánea de su concepto acerca de nuestra labor, pero que encierra una abrumadora distinción, émuja de la espontaneidad con que ha querido expresarla el jefe del Estado y comparable al profundo reconocimiento que le debemos por la especial mención y que nos apresuramos á tributarle al cerrar estas líneas.

Sirva la ocasión de este aniversario para renovar nuestras salutations á la prensa nacional y á la de fuera de Venezuela, por las constantes muestras de aprecio y de estímulo de que se han hecho eco en nuestros días de constante labor.



LA BANDERA

(EL PREMIO DE CUENTO)

SEGUNDO CERTAMEN DE "EL COJO ILUSTRADO"

Sobre la tierra silenciosa, á la última luz de la tarde, el bucaral en flor fingía un vasto incendio radiante. De cuando en cuando, una flor arrancada por la brisa, caía, apagándose en la sombra como una llama trémula. Por entre los bucares que asombraban el camino marchaba el batallón. Y por sobre el batallón, por cima de las cabezas de los soldados, amarilla, azul y roja, flameaba la bandera, bella y vibrante como un himno.

Ora se ocultaba, ora aparecía, según las ondulaciones del camino, y ya ocultándose, ya apareciendo, alegre, vistosa y pintoresca, abierta el ala sonora sobre el batallón en marcha, se la creería, bajo la luz del crepúsculo, una gigantesca mariposa fantástica, amarilla, azul y roja, criada por el Sol, en el hondo valle del Tuy, un claro día de Abril, para arrancar á la copa sangrienta de los bucares, con sus élitros sitibundos, un áspero licor del trópico.

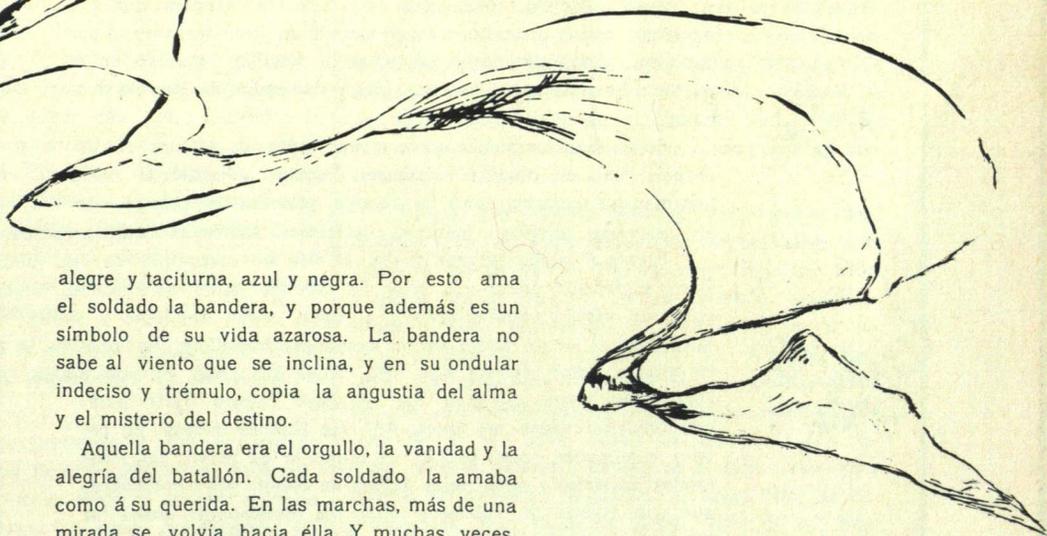
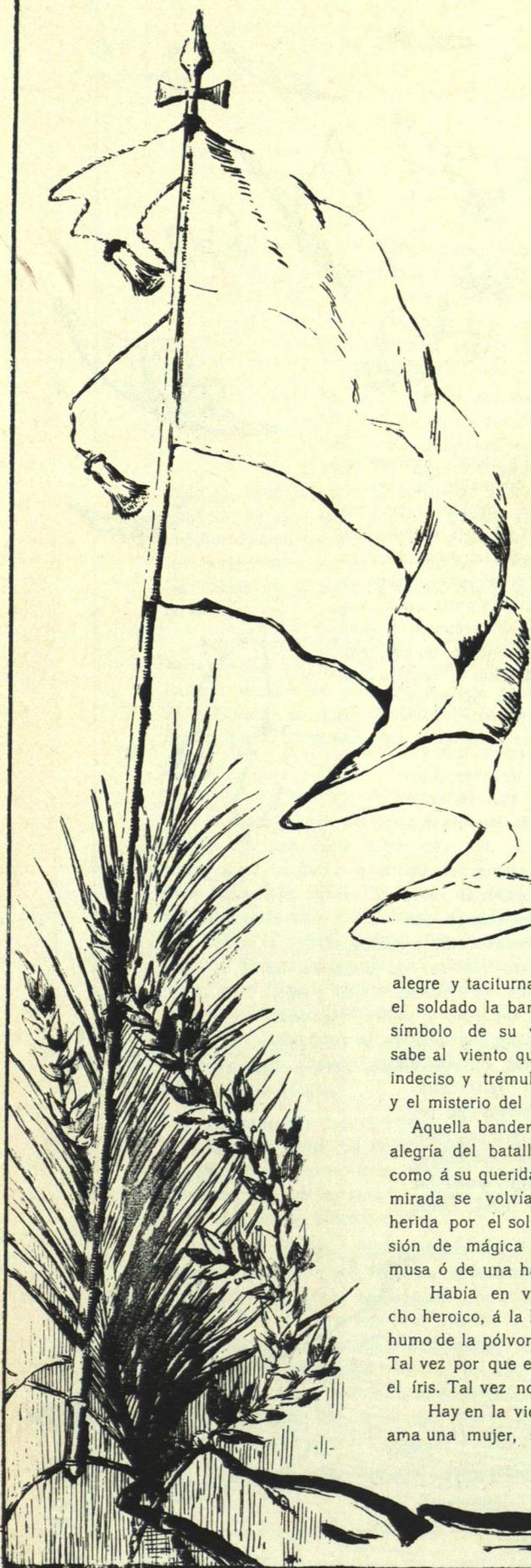
La bandera de aquel batallón, que ora aparecía, ora se ocultaba, era toda de seda. Los más finos gusanos de la China habían dormido en el misterio de su claustro, sobre las ramas de las moreras, un largo sueño de belleza, hasta hilar en la rueca del dolor y del silencio, el fino hilo sutil con que había sido labrada la tela preciosa de la guerrera joya tremulante. Y ahora, al flamear en el aire, recogía entre sus pliegues caprichosos mil sonoras músicas. Entre sus pliegues vibraban canciones dolientes, besos de amor, ayes de despedida, suspiros de nostalgia, imprecaciones de cólera; quejas dolorosas, risas macabras, silbidos burlescos; en suma, toda el alma de un ejército, romántica y triste,

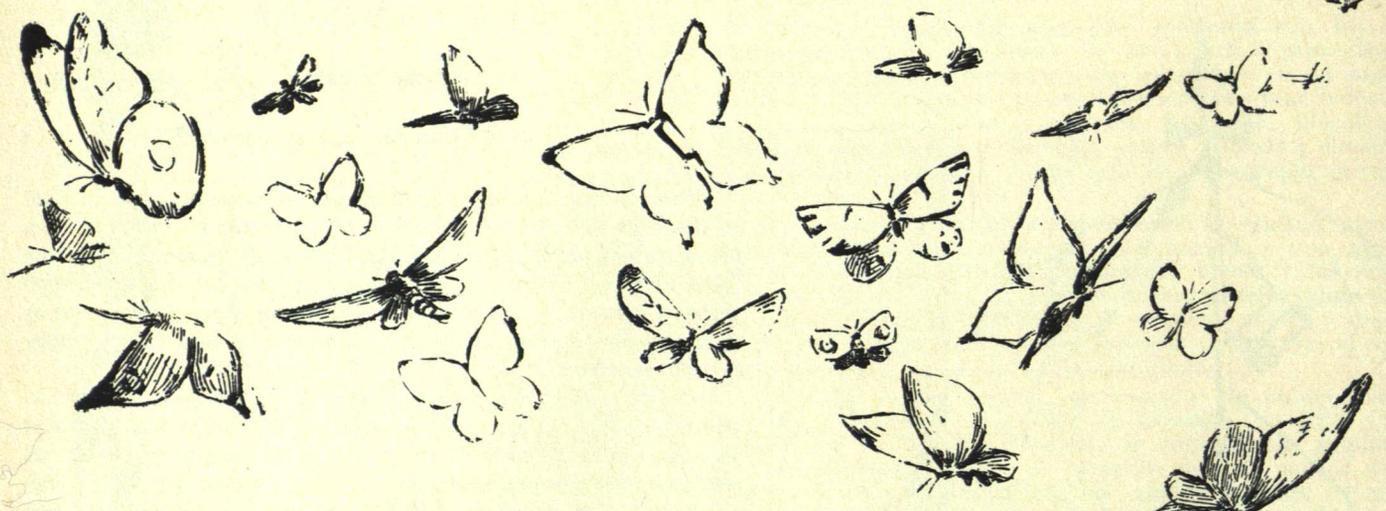
alegre y taciturna, azul y negra. Por esto ama el soldado la bandera, y porque además es un símbolo de su vida azarosa. La bandera no sabe al viento que se inclina, y en su ondular indeciso y trémulo, copia la angustia del alma y el misterio del destino.

Aquella bandera era el orgullo, la vanidad y la alegría del batallón. Cada soldado la amaba como á su querida. En las marchas, más de una mirada se volvía hacia ella. Y muchas veces, herida por el sol, brillante como un espejo, al verla, la mirada del soldado tomaba la expresión de mágica complacencia, como si viera ondear en el aire el ropón encantado de una musa ó de una hada, en un viejo cuento maravilloso.

Había en verdad otras banderas tal vez más nobles, ligadas, por el recuerdo de algún hecho heroico, á la historia del batallón. Banderas atravesadas por el plomo, ennegrecidas por el humo de la pólvora, pero aquella era la preferida entre todas. ¿A qué obedecía esta preferencia? Tal vez por que era de seda, quizás por que no era una sola banda del iris nacional, sino todo el iris. Tal vez no. Tal vez sí.

Hay en la vida de los ejércitos, singulares amores. Se ama una fecha, se ama un pueblo, se ama una mujer, se ama un arma, y se ignora la causa.





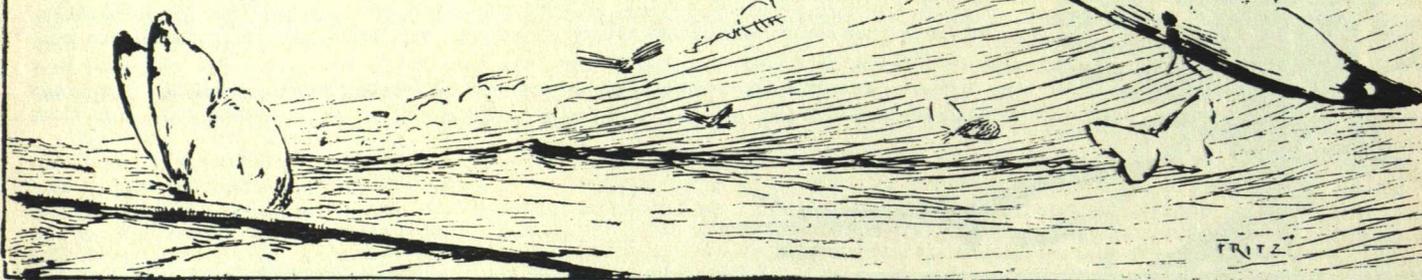
En suma, la bandera de seda, la bella y sonora bandera era el amor del batallón. Se la amaba y se la admiraba. Era hermosa como una mujer, linda como una flor, sonante como una música, pintoresca como una tarde. En sus pliegues dormían las victorias como las abejas en la colmena, como las gotas de agua en la mar... El alma del soldado venezolano es también alma de artista. En el fondo de su sér vibra un alma de poeta como una cigarra canora en el profundo heliotropo de un crepúsculo. Ama los colores porque es hijo del sol, ama la música porque vive entre torrentes que son liras de cristal. Y al amar la bandera ama la música y el color, porque la bandera es una flor de luz, un ramillete de sonidos.

Bajo la sombra que caía del cielo, la bandera que era aparecía, ora se ocultaba, entre el bucaral en flor, desapareció por completo. Cayó la noche. A poco el batallón acampó en el pueblo. Se destinaron los centinelas y se nombró la guardia nocturna.

El pueblo, un pueblo triste como todos los pueblos de Venezuela, tenía un nombre romántico, Taguay, y aparecía como una mancha taciturna sobre la alcatifa preciosa del paisaje. Así son nuestros pueblos, manchas taciturnas sobre un tapiz primoroso.

Frente al pueblo, pasado el río, se alza un cerro que es una maravilla. Es ligero y elegante como una joya. Es redondo como un seno de virgen y frágil como un cáliz; y como el seno y el cáliz, espira capitosas y sutiles fragancias. Porque en el cerro, como en un prodigioso ramillete, ha reunido la naturaleza del trópico, como en una sola joya, todas sus joyas. Es una alhaja cuajada de alhajas. Es como una gran flor, en cuyo abierto cáliz pomposo vivieran todas las flores. Allí, las blancas nicúas, de pétalos fragilísimos, como hechos de bruma ó de polvo; los mastantos ardientes y rojos como labios de mujer; los cundiamores que son joyeles de rubies, y todas las enredaderas, hasta las ingenuas pascuas azules que se abren sobre la tierra como pupilas absortas, nostálgicas de un tranquilo rincón del paraíso.

Pasado el cerro, sigue el camino hacia el llano triste y romántico...



El batallón durmió en el pueblo, libre de temores. Pero á la mañana, al toque de diana, llegó la noticia funesta. El enemigo avanzaba sobre el pueblo, por el camino del llano.

El cerro era un baluarte inexpugnable. El batallón se dividió en guerrillas, y dos guerrillas ocuparon la cumbre del cerro, en donde fué clavada la bandera nacional. Amarilla, azul y roja, la bandera, de rica seda sonante, flameó en el aire, orgullosa como un himno. Entre sus pliegues trémulos, inmaculados, líricos, dormían las victorias, como las abejas en la colmena, como las gotas de agua en la mar...

La bandera venezolana! Los que venían á atacarla, como los que la defendían, la habían desgarrado siempre en más de un viejo combate estéril... Y volvía de nuevo á desarrollarse aquel eterno drama triste. La guerra civil. ¿Qué es nuestra guerra civil?

Y sobre la joya del cerro como otra joya, y sobre la flor del cerro como otra flor, flameaba la bandera de la patria, amarilla, azul y roja. La bandera traída por aquel Francisco de Miranda, aquel bohemio romántico, en memoria de un amor imposible, desde la helada estepa rusa; la bandera llevada por Bolívar de cumbre en cumbre, de valle en valle, en el sueño heroico más fulgurante que haya animado corazón de mortal!

Y ahora, ¿quiénes la atacaban? ¿Quiénes la defendían? ¿Turbas ignaras, inconcientes de su crimen, ó criminales concientes?...

Los primeros tiros partieron el aire y comenzó la lucha. Y la lucha fué desesperada, brutal, sangrienta, monstruosa, como todas nuestras luchas, en que vibra en nuestro corazón el alma no apagada todavía de nuestros abuelos caribes.

Por la bandera, amor y orgullo del batallón, se empeñó la lucha. Y en la lucha la bandera fué destrozada por las balas y ennegrecida por el humo de la pólvora. Más de una vez cayó abatida en el suelo, junto con la mano helada, por la muerte, del abanderado. Y su seda milagrosa, en la lucha cuerpo á cuerpo, fué manchada por la huella sangrienta de las manos delirantes que se la disputaban. Una y más veces cayó sobre el cerro, empapada en sangre, mu-

tilada por el plomo, y otras tantas veces fué levantada de nuevo. Y así, llena de sangre, de polvo y de humo, la bandera orgullosa y bravía, flameaba al viento como poseída de su antiguo y heroico sueño guerrero!

Largas horas duró la lucha terrible y tenaz, indecisa y estéril para los dos bandos fratricidas. Una vez más cayó, otras tantas se levantó de nuevo, hasta que, por una de esas coincidencias inexplicables, imprevistas, ambos combatientes se alejaron, sin quedar por ninguno el campo disputado.

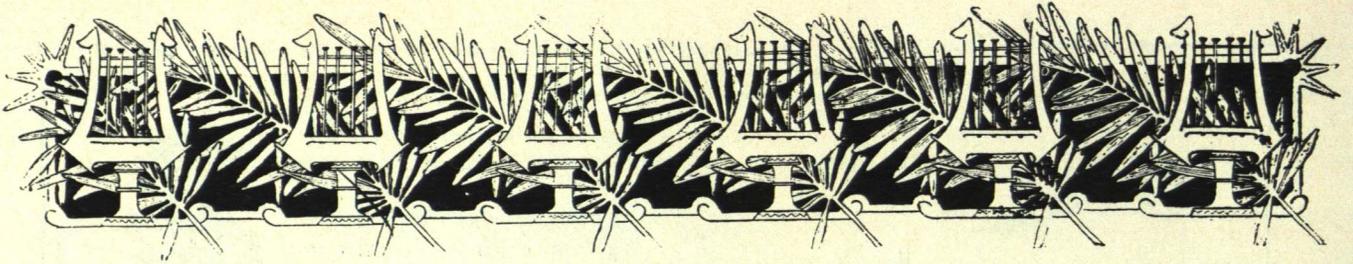
Y la bandera quedó abandonada entre los muertos de uno y de otro bando. Empapada en sangre, partida por las balas, manchada de lodo y humo, ajada la flor de su seda, tendida en la tierra, entre cadáveres, muerta...

En la noche, apareció la luna en el cielo. Y la luna le tejió, con el lino más cándido de sus rayos, una blanca mortaja melancólica. La noche vertió sobre ella, de su joyel invisible, todas las cristalinas perlas de su rocío, y al día siguiente el sol volvió á alumbrar la fina joya del cerro con su bello oro terrible. Y pasaron días y vinieron noches, y la bandera abandonada se fué pudriendo como el cadáver de una cosa sobre el cadáver de los seres. Al principio se pobló de gusanos. Eran larvas blancucas que habían escogido los pliegues de la bandera para formar sus casas silenciosas. Luego fueron crisálidas, que labraron allí sus celdas arcanas, sus palacios herméticos. Hasta que un día, después de un largo sueño doloroso, rompiendo sus prisiones volaron por el aire, transformadas en millones de mariposas.

Por el aire volaron infinitas, innumerables, prodigiosas con el vuelo armonioso del enjambre, mediéndose en un vaivén rítmico, como una tela ideal y aérea, atadas por un broche invisible, amarillas, azules y rojas, flameando orgullosamente, con el ondular heroico de una bandera triunfal. Y era la bandera que resucitaba. Flameó por el aire, prendida de una asta fantástica, agitada por una heroica mano invisible, en un gran sueño de redención. Un instante más la bandera flameó en el aire, ardiente y sonora, maravillosa y fantástica. Y luego, rota de improviso por una racha de viento, voló en mil fragmentos, se fundió en un tumulto versicolor de pétalos y alas, revoló locamente por sobre árboles y matorrales, hasta que se desvaneció para siempre bajo el cielo de la tarde, en viaje hacia una ideal patria remota—; quién sabe á qué pálida estrella!— abandonando la tierra, dolorosamente avergonzada de los hombres, para volver, acaso en no lejano día, cuando en el oriente de la patria se fije para siempre la estrella de la Paz...



A. FERNANDEZ GARCIA.



SEGUNDO CERTAMEN DE "EL COJO ILUSTRADO"

PREMIO DE VERSO

LA VENGANZA DE YAUREPARA

POEMA INDIANO

De los andinos montes, de la cumbre inaccesible y rústica de Itotos, que lanza en gigantesca muchedumbre sus índices de piedra á los ignotos abismos de la luz, limpios raudales forman sereno y tortuoso río, que dilata entre espumas sus cristales, se lanza al bosque, de manglar sombrío bajo el amplio dosel su cauce tiende, y de sus linfas con el eco vago arrullando su marcha, el curso emprende, por islas de verdura, en pos del Lago. Es el *Sucuy*, el plácido *Maconte*, cual le llamaba el indio en otros días, cuando en el hondo valle, al pié del monte, y en las vegas alzó sus rancherías.

Los verdes mangles, cuyas ricas frondas se miran de la luz á los reflejos en el cristal movable de las ondas, que fingen al pasar vivos espejos, avanzan sus raíces entre espartos, lianas y mimbres, en las dulces aguas, y abrigan en sus troncos los lagartos y en sus oscuros huecos las macaguas. Parásitas silvestres en la altura enciendan y engalanan la espesura, de cuyo seno hermoso y florecido se elevan sin cesar rumores suaves, cual si fuera el bosque entretejido inmenso armonium de celestes claves.

Son el variado y singular concento con que se aplacen las inquietas aves de arpadado pico y de vistosa pluma; son las notas dulcísimas del viento que prelude su lira entre las hojas; son las flores que se abren; son las rojas cortezas del manglar que se desprenden y que, al rodar sobre la blanca espuma, los níveos copos con su tinta encienden; son los insectos mil de mil colores que bullen revolando entre el ramaje, en derredor de las tempranas flores; son las voces de amor, el homenaje con que naturaleza complacida, saluda el paso del raudal sereno, que avanza, de algas y de conchas lleno, sembrando en torno animación y vida.

Sólo, cuando la luz del mediodía con sus fúlgidos rayos atraviesa las galas del bosque, y como un horno arde el espacio, y en la selva umbría, en la hondonada y en el llano pesa como una losa el cálido bochorno, se extingue la armonía, el canto cesa que levanta el manglar en el contorno. El soto entonces duerme, el ave oculta su pico bajo el ala, calla el viento, la flor se plega en la enramada inculta, se aletarga el reptil, con hondo aliento la jadeante res busca las frondas,

recorren los caimanes las barrancas y en los remansos de placibles ondas refrescan su plumón las garzas blancas.

Así, por entre espléndidos verdores, bajo el encanto agreste y peregrino de paisajes, y aromas, y rumores, sigue el *Sucuy* su gárrulo camino; y ya distante de su enhiesta cuna y próximo al final de su carrera, dilata en ancho cerco la ribera y forma con sus linfas la *Laguna*.

¡Cuadro de luz, risueño panorama, en cuyo marco de verdor eterno, naturaleza pródiga derrama la inagotable copia de su cuerno! Cortando á trechos el manglar tupido, do se confunden los bramidos roncacos de los jaguares y los tigres fieros, de la perquisa el tremulo alarido, el pitar de los pájaros, y el ruido que arranca el hacha á los antiguos troncos, agitan sus penachos de esmeralda al soplo del terral los cocoteros; y entre el alto juncal de verde falda, por las amenas márgenes de «*El Caño*» que al pueblo humilde su corriente lleva, á vista del pastor paca el rebaño, vigila el perro y el corcel abreva.

Y son de ver, como flotantes nidos que arrojó sobre el agua tembladora de airado viento ráfaga importuna, los caneyes indios suspendidos por estacas de ceibo y de mopora sobre el terso cristal de la *Laguna*. Palmas los techos son de las cabañas y pleitas de carrizos las paredes, por do luciendo al sol formas extrañas parásitas en flor tienden sus redes. Atados á los puentes y las cañas con guascas retorcidas y bejucos sacan del agua las oscuras proas, cual negros cocodrilos los cayucos, cual cetáceos enormes las canoaqs. Y cuando corta las tranquilas aguas, enturbiando el espejo transparente, buque sombrío de rugientes fraguas, de ronco silbo y de penacho ardiente, se divisan en grupos en los ranchos, de puerta y reja por los huecos anchos, rostros curiosos de cobriza gente.

Son indios de una tribu, los Onotos, de extrañas leyes y costumbres raras, que en tiempos ya olvidados por remotos llevó hasta allí sus múltiples curiaras. Amante de la caza y pescadora, apenas levantó su ranchería, escudriñó el *Sucuy*, y fué señora de los pesqueros y la selva umbría.

Lindas guarichas, por el sol tostadas,

que admiran de la tribu á la redonda, se ven como palomas en bandadas cruzar risueñas la azulina onda, cubierto de sus gracias el tesoro con chumbres de algodón abigarradas, collares de coral y ajorcas de oro; ora tejiendo ciras de colores, chinchorros de magüey, verdes jicritos, ó al són de papayeros y tambores en danzas y festivos areitos. En tanto van sobre ligeras naves indios armados de carcaj y flecha, asechando los peces en los suaves remansos, y en las márgenes vecinas por do el blando *Sucuy* sus aguas écha del Lago entre las ondas cristalinas; ó allá por entre mangles seculares, que el ave cruza en caprichosos giros, se lanzan tras de ciervos y jaguares, lapas robustas y ágiles tapiros. Y á los límpidos rayos de la luna, de diciembre en las noches apacibles, qué es verlos del caimán en la batida, sobre pendas velar en la *Laguna*, el chaco levantar, y los horribles monstruos coger, con riesgo de la vida.

De esa tribu es *Iría*, la paloma, que así la llama en su expresivo idioma el indio del *Sucuy*, porque tiene élla, cual la paloma del bosque bella, los labios de carmín, puro el aliento, negros los ojos y el color oscuro, y hay arrullos de tórtola en su acento. Hija del poderoso Parajuro, de Parajuro el de la guaca fuerte, cacique de la tribu, y de Iguaraya, á quien un día venenosa raya penetrando en la huta hirió de muerte, no hay indio en el lugar que ante la linda torcaz no sienta el corazón inquieto con ímpetu latir, y no le rinda gaje de admiración y de respeto. Siempre que *Iría*, cuando el limpio rayo se levanta del sol tras las palmeras, en su cayuco, á impulsos del pagayo, de mariscos en pos va á las riberas, los grupos de los indios pescadores suspenden sus tareas, y, á porfía, le dan pintados peces, ricas flores, y conchas de color de peonía. Y aquellos que á los bosques solitarios fueron de caza, y á lejanas lomas, trajéronle, al volver, tordos, canarios, turpiales, tucúsitos y palomas; ora una extraña flor de tintes rojos, ora un pajuil de quejumbroso silbo, ó una corzuela de azorados ojos, ó un simio jugueteón de pelo jilbo. Y los viejos vehiques, los mojanés de hurafío rostro, que el placer no alegra, le ofrecen amuletos de caimanes para librarla de la *sierpe negra*.

Más de un noble doncel del pueblo indiano le contó de su amor el fuego puro, más de un rico galán pidió la mano de la doncella al indio Parajuro. ¡Cuántos por élla en la vecina playa lanzaron á Amariba su conjuro ó invocaron la sombra de Igaraya! ¡Cuántos por élla en el recinto oscuro del templo de Yarfá, de amores ciegos, interpretar quisieron lo futuro!... Mas á ofertas, á lágrimas, á ruegos, de *Iría* el corazón fué mármol duro: que á tanto afecto y pertinaz porfía, en suave acento, sí, pero seguro, —¡No puedo amar!— la virgen respondía.

Y todos, á la postre, resignados de la india gentil á los rigores, cambiaron de ideal en sus amores, ó á las rudas faenas entregados distrajeron su afán y sus dolores. Sólo el apuesto *Yaurepara*, el hijo del vehique Poró, no olvida á *Iría*, y en su amoroso pensamiento fijo, de la doncella ante el rigor prolijo no se dobla cobarde ni fluctúa. Por alcanzar su anhelo, *Yaurepara*, haciendo alarde de valor y brío, sin armas se lanzó de la curiara á matar los caimanes en el río; víboras encantó, que con donaire puso á los pies de la doncella esquiva; de las cuevas lejanas trajo viva, crecida ya, la prole del caraire, y con su flecha de acerada púa al ave incauta sorprendió en el aire; mas tanta habilidad, tanto denuedo, en boca hallaron de la bella *Iría* siempre la misma frase:—¡Amar no puedo!—

—
Cuando todo es amor: cuando en el río las ramas empapadas de rocío se inclinan sobre el agua bullidora; cuando esponjan las flores sus capullos al beso de la tarde ó de la aurora, y hay en las frondas música de arrullos; cuando vibran los gérmenes dormidos y brotan por doquiera los renuevos, y hay estremecimientos en los nidos y misteriosos píos en los huevos; cuando bajo la tierra y en la rama palpitan los insectos, y derrama savia sutil el bosque corpulento; cuando se escucha entre la verde grama del toro en celo el mugidor acento: cuando los peces en su azul palacio se buscan con afán; y el manso viento que aromas ricos del manglar recibe, y la onda, y la luz, y el panorama del cielo siempre azul, y cuanto vive en el agua, en la tierra, en el espacio, todo convida á amar y todo ama; cuando en la ranchería, en las sonoras línfas, en los pesqueros, encendido el rostro en viva y placentera llama, vagar se ven parejas seductoras, ¿sólo *Iría* la bella, indiferente al concierto de amor, no habrá rendido al dulce yugo la virgínea frente?

Siempre que el sol tras el confin lejano, huyendo de la sombra, se guarece, que asciende por el bosque desde el llano, y no brilla la luna, y tras el velo tupido de la noche palidece. el fulgor de los astros en el cielo; cuando tiembla tan sólo en la espesura, fugaz exhalación la luz dudosa de los cocuyos, y en su estancia oscura la indiana tribu á su placer reposa; de una mujer la pálida silueta, que apenas en la sombra se divisa, en débil nave, sigilosa, inquieta, los ranchos deja atrás, bogando á prisa. ¿Quién es? ¿Adónde va?...

De aspecto extraño, abandonado, lúgubre, campea junto á la *Boca* del dormido *Caño* viejo caney de retostada enea. Todas las noches de nublado oscuro, blanco doncel de la vecina aldea la hija espera allí de Parajuro: nadie en la tribu ni en el pueblo sabe de aquellas dulces, misteriosas citas, en que los dos amantes, bajo el grave silencio nocturnal, en ritmo suave y plácidos coloquios de ternura, se refieren en sus ansias infinitas, su ardiente amor y sueños de ventura.

Mas una vez en su gentil curiara, por la mansa *Laguna*, pensativo, marcha al azar el indio *Yaurepara*: piensa en la hermosa *Iría*, en el motivo de su imposible amor... y la corriente, bajo el sordo rumor de la marea, va arrastrando el esquife lentamente en sesgo curso hacia el caney de enea; y se acorta y estrecha la distancia, y en alas de los céfiros veloces vienen á él de la medrosa estancia ecos dolientes de apagadas voces. Levanta *Yaurepara*, sorprendido, la faz cobriza, y el sonoro viento vuelve á traer los ecos á su oído. ¿Quién puede ser?—murmura en bajo acento, ¿quién puede estar allí? Nadie hasta ahora vino al caney abandonado y triste.— Y como extraña duda le devora, se dirige en silencio á la mopora que junto al rancho solitario existe.

Llega, y asciende por la verde palma, trémulo el corazón, inquieta el alma; y como el tigre con mañero tino aparta las malezas del camino por descubrir mejor la presa ansiada, el indio astuto la pared descombra y dirige curiosa la mirada del rancho á lo interior, mas mira en vano: nada descubre, nada ve, la sombra llena el recinto del caney indiano. Oye, en cambio, una voz..... y, de repente, le punza el corazón rencor insano y se le nubla de dolor la frente. Es de *Iría* la voz, vibrante y clara, que en el misterio del caney sombrío murmura con tristeza:—Español mío, te adoro, sí, mas temo á *Yaurepara*. Y cuenta *Iría* que al nacer el día dos blancas aves de apacible vuelo atravesaban la región vacía bajo la ardiente púrpura del cielo; que rapaz gavilán robó la una, y que la otra, por la flecha herida del hijo de Poró, de la *Laguna* sobre el terso cristal cayó sin vida.

No dice más..... Enardecido, fiero, arrojando al espacio su corozo de cólera en señal, salta ligero el indio desdeñado, y, ya en la choza, ruge:—¡Soy yo! ¡Se cumplirá el agüero!—

Y fue sangriento y espantoso el drama entre las sombras de la estancia estrecha: una mujer que de rodillas clama..... dos hombres que se buscan..... una flecha que da en el corazón..... un cuerpo inerte que, cual tronchado ceibo, se desploma..... y atada, en hombros del indiano fuerte, la bella *Yría*, la gentil paloma. Luégo, los dos en la curiara; luégo, naciente lumbre en el caney de enea, que al fin creciendo en pavoroso fuego por carrizos y palmas señorea. El incendio está allí: de enojo ciego trocó la choza en dilatada pira *Yaurepara* cruel, y ve la choza rápida arder, y silencioso mira cuál cunde el fuego, y en su horror se goza. En torcida espiral el humo sube

«aglomerando nube sobre nube;» se extienden por doquier lenguas de llama con impulso voraz; y á los reflejos que la siniestra claridad derrama, los ranchos y el manglar brillan al lejos..... Después, el fuego su furor serena; y el viento, que callado se deslizaba, halla al final de la terrible escena troncos en ignición, humo y ceniza.

—¿Aun no puedes amar?—con ronco acento dice entonces á *Iría* el indio hurafío: —¿aun no puedes amar?... ¡India, lo siento! pero mía serás!—Y en sesgos giros se aleja en su curiara por *El Caño*, llevando á *Iría* á tierra de goajiros.

UDÓN A. PÉREZ.

GLOSARIO

- Amariba*.—El dios bueno.
Areltos.—Fiestas y cantares de origen mexicano.
Caney.—Choza.
Caraire.—Tigre.
Cira.—Faja de los indios ricos.
Curiara.—Embarcación de vela y remo, menor que la canoa, pero más ligera y más angosta.
Chaco.—El cerco de palos formado en la ba-tida de los caimanes para cogerlos.
Chumbe.—Refajo ó manta para cubrirse.
El Caño.—Llamado de *Garabulla*, está situado á la derecha de la Laguna de Sinamaica, y conduce al pueblo de este nombre.
Goajiros.—Indios pertenecientes á la Goajira: parroquia del Distrito Páez, Estado Zulia.
Guaica.—Asta ó pedazo de palo; también se llama *macana*.
Guaricha.—India soltera. Mujer.
Guasca.—Pita.
Hula.—Choza.
Iguaraya.—Nombre propio de mujer.
Iría.—Nombre propio de mujer: significa *paloma*.
Ilotos.—Antiguo nombre de la Sierra de Perijá.
Jicrito.—Canastillo de palma.
Laguna.—De Sinamaica. Ocupa territorio de la parroquia Sinamaica, Distrito Páez. Tiene cuatro leguas cuadradas de superficie y se encuentra situada entre 10° 56' á 11° 1' latitud norte, y 5° 3' á 5° 8' longitud oriental del meridiano de Caracas.
Lapa.—*Celogenys paca*. Género de mamíferos roedores, familia pacas.
Macagua.—Sierpe cuya mordedura es mortal.
Maconte.—Antiguo nombre del río *Sucuy*.
Mojan.—Adivino.
Onotos.—Tribu que habitó á las márgenes del *Sucuy*, y de la cual son descendientes los indios que viven en la *Laguna* de Sinamaica.
Payayo.—Canalete.
Parajuro.—Nombre propio de varón.
Penda.—Arbol corpulento de la familia de las ceibas.
Perquisa.—Perezoso.
Poró.—Nombre propio de varón: significa diez.
Raya.—Especie de flecha envenenada.
Sucuy.—Río de los de tercer orden entre los de Venezuela, por su navegación de 22 leguas y por su curso de 43. Desemboca en el lago Coquibacoa.
Tucusito.—Chupaflores. Picaflor.
Vehique.—Lo mismo que *mojan*.
Yarfá.—El diablo.
Yaurepara.—Nombre propio de varón.



EL MILAGRO DE LAS FLORES DE SANTA ISABEL—Cuadro de O. Berner

MÚSICA BÁRBARA

Ni una mañana dejaba de sentarse muy cerca de la estación, pequeñita como de pueblo, formada de un cafetucho con su indispensable mesa de billar y de unos cuantos metros de andén en forma cuadrilátera, hacia uno de cuyos ángulos había, sirviendo de pie á un farol, una grotesca figura femenina, groseramente esculpida y pintarrajeada en un burdo trozo de leño. Ya iba á sentarse á la sombra de los cocales, en la estancia que, á la derecha de la estación, y á uno y otro lado de la vía, dilata sus trémulas tiendas de verdura; ya sentado en una acera de la calle que, bajando con suave declive de la aldea, atraviesa en la estacioncita el camino del ferrocarril y acaba en el mar junto al barracón de los baños, calentaba su impávido rostro de ciego en la ruda caricia de un sol inmisericorde. Siempre, en uno ú otro sitio, asistía al paso del tren de la mañana que, rumbo á la capital, sube del puerto. Y siempre, al paso del tren, su actitud, por lo ordinario inexpresiva, se alteraba. Las más de las veces, como si su mayor enemigo, inaccesible á su venganza, pasara en alguno de los vagones, extendía el brazo en la dirección del tren y lo amenazaba con el puño. Al mismo tiempo, su rostro se contraía en un gesto de cólera y sus labios exhalaban incoherentes frases de ira. Pero otras veces, en lugar de un gesto de cólera, su rostro asumía la expresión de un desdén implacable, cuando sus labios no se ocupaban en arrojar al sesgo escupitinas violentas y ruidosas, como en signo del desprecio más profundo.

Desaparecido el tren, acallado el rumor de su marcha, se desvanecía por ensalmo, en la cara del ciego, el gesto despectivo ó el rictus de la cólera. Por encima de su rala barba oscura, en la bruna palidez de sus mejillas y en sus muertos ojos inmóviles, predominaba entonces, como enantes, la resignada tristeza dulce de un nazareno. Tezadamente abiertos, en ataraxia mortal, sus ojos parecían clavarse á lo lejos, con enfermedad delectación, en un solo punto fijo. ¿Tendía, en medio de sus tinieblas, como á un faro, á un punto memorable de la costa? Quizás meditaba, simplemente, ó simplemente veía con frescos ojos internos el paisaje familiar que, por delante de él, bajaba hacia la playa, coronado de penachos infinitos y vestido de perenne verdor, á recamarse de espumas. Entre aquellos árboles, uveros de la playa, cocoteros y mameyes, había muchas camaradas de su niñez, viejos cómplices de sus escapatorias infantiles. Los cocoteros, en especial, aparecían evocados, ante los ojos de su imaginación, con una brusca viveza de líneas, á estilo de agua fuerte. Alguno, cuyo tronco iba, elegante y sutil, á fenecer en el centro de su corona de palmas, parecía aspirar á la impecable arquitectura y soberbia esbeltez del chaguaramo, su pariente armonioso. Otros, casi á flor de tierra se encorvaban, para enderezarse de nuevo, no muy lejos de la cúspide, semejando un brazo de lira. Otros, como si al ascender vacilaban, trazaban dos curvas contrarias, fingiendo una ese, ó bien resueltamente se arqueaban en una sola curva hasta la cima, representando el asa de un ánfora tosca. Muchos, después de eruirse, petulantes y fieros, amenazaban caer de su propia cima, desplomándose á la rica pesadumbre de sus

nueces deleitables. Y de entre aquellas siluetas de árboles, de todo aquel tierno y cáldido paisaje de su juventud, volaban los recuerdos á posarse, como una bandada de pájaros de gayos colores inverosímiles, en las alas desfallecidas, llenas de resquebraaduras, de su humilde sombrero de cogollo. Se veía de granuja, con los hijos de su padrino, y otros chicuelos de su edad, corriendo á comer uvas de playa, después de haberse hartado, en las estancias vecinas, de robar cocos y mameyes. Se veía, ya adolescente, ebrio de sólo vivir, penetrando en el misterio del amor como en un bosque perfumado. Se veía... Pero de pronto cesaba de ver: se borraba el paisaje interior, y como si ya en las pobres alas desmazeladas del sombrero de cogollo no se pudieran afianzar, se desbandaban, alzando el vuelo, todos los pájaros de colores inverosímiles.

Volvió á la realidad, asintiendo á un grito premioso del estómago, ó á causa del acto inconsciente y habitual con que su mano diestra solía, palpando el casi inútil bolsillo, sorprender á una sucia moneda de cobre diciendo el desesperado soliloquio de la miseria. Y el grito del estómago, ó el inconsciente acto investigador de su diestra, lo invitaban á renovar su peregrinación de todos los días detrás de una limosna precaria.

Asiendo del garrote, compañero de sus lamentables romerías, remontaba la calle nueva tirada á cordel hasta los baños, ó enfilaba una calle de cocoteros trajinada como una vereda común, en cuyo extremo cruzaba á la izquierda por una calleja minúscula, para llegar, ya dentro del pueblo, á donde la antigua arteria principal de éste limita de un lado la verde plaza de los Almendrones. Al andar, una de sus alpargatas, de color indiscernible, reía de costado con una indiscreta boca perversa, mientras el saco, demasiado ancho y largo para él, se plegaba sobre su cuerpo como una túnica y llegaba á rozarle las rodillas. A veces marchaba hasta la vieja calle real sin que el grito de un pilluelo, ni el rumor de los pasos de un solo transeúnte, le revelasen la existencia del poblado; y entonces, como si confusamente percibiera un mismo destino pesando sobre él y sobre el pueblo de su amor, sentía su alma, sorprendida, empuñarse por dentro, recogérsele de pronto desolada y muda, tan desolada y muda como su pueblo, en otro tiempo rumoroso con la continua algaraza del tráfico.

No lejos de la plaza de los Almendrones, como caminando hacia la Iglesia, y á la derecha mano, se alzaba con la pared ennegrecida por la edad y sus ventanales de barrotes de fierro manchados por la herrumbre, la que fue rica vivienda espaciosa de su padrino, la casa donde su infancia rompió á repicar los primeros cascabeles de sus travesuras y donde se abrigaron, como un tropel de gamos revoltosos, los días de su adolescencia. Muerto su padrino, los hijos de éste se dispersaron tierra adentro, por diversos puntos del país, de un solo golpe aventados á las tristezas de la emigración por la ruina absoluta del padre. Estanciero de Cattia la Mar y de Maiquetía, su padrino, como casi todos los cultivadores de la comarca, se vió perdido sin remisión, como por una catástrofe, con la apertura del camino de fierro. Impotente ó imprevisor, como los demás de su clase, no pudo ó no supo crearse, con sus fincas, nuevas rentas, cuando el ferrocarril y la inmediata clausura del camino carretero á los largos convoyes bulliciosos,

mermaron y extinguieron su renta más limpia y saneada, venida de abastecer las rancherías del pueblo con malojo y otros forrajes de caballos y de mulas. Rápidamente, sobre él, se precipitó la catástrofe. Sus propiedades fueron pasando, una por una, de sus manos, ya ociosas, á manos de usureros. Y la casa de habitación, la última reliquia de su prosperidad, abrió al cabo sus puertas á otras gentes de toda proveniencia y linaje, y, como á sus primeros dueños, las albergó entre sus muros impasibles.

Un cuñado del padrino, hacendado como él, más inteligente ó más feliz, había salvado por lo menos del desastre, el mayor desastre histórico del pueblo, algo de su patrimonio, lo suficiente para vivir sin excesiva estrechez y acabar con cierto brillo la educación de su hijo único. Tocado de la manía de sus congéneres de formar doctores, contribuyendo á la propagación de un inmenso y peligroso proletariado de levita, había querido, y lo consiguió, hacer de su hijo un perfecto doctor en leyes. Vivía en aquella misma calle, y el ciego ni una mañana dejaba de entrar casa de él, después de hacer junto al viejo refugio de su infancia huérfana su indispensable estación piadosa. De aquí, para entrar casa del cuñado de su padrino, pasaba á la otra acera en donde no había de recorrer sino un trecho muy corto, á lo largo de la ruinosa tapia verdinegra de un corralón, por sobre la cual venían á ofrecerse á la golosina del transeúnte, los blancos racimos de perlas de un cauvaro.

Allí, el ciego hallaba todos los días, con un pan y una moneda, otra limosna mejor de buenos y amables discursos. Afable y familiarmente, como se habla con íntimos é iguales, con él conversaban el cuñado y la hermana de su padrino. Esta, sobretudo, lo acogía con una invariable dulzura de abuela. A su «alabado sea Dios!» ó á su «aquí está el ciego,» aunque él no faltara nunca, ella le contestaba siempre desde el corredor principal con un «Guá, Benito!» impregnado de sorpresa cariñosa. Pequeña, grácil, menuda, llevaba fácilmente sus años numerosos, como una corona imponderable. A veces hasta la hora del almuerzo cosía, apuntaba medias, apuntaba ropa, sentada ó más bien hundida en un butacón arcaico, de cómodos brazos amplísimos y espalda eminente.

—Lola! Lola!

—¿Qué quieres, mamá Nena?

—Tráele una silla á Benito.

Y cuando la nietezuela traía la silla y el ciego tomaba asiento, reanudaban su diálogo de todos los días Benito y la anciana. Cualquiera palabra, una frase cualquiera, les daba ocasión para ocuparse, como lo deseaban á escondidas, en desenredar y acariciar la dulce madeja de los recuerdos. La abuela, mientras hablaba, movida de cierta volubilidad infantil, seguía en su regazo, con dedos ágiles y ojos nada turbios, á pesar de la vejez, las más finas labores. Entretanto su marido, el antiguo terrateniente, casi siempre puesto en mangas de camisa en el fondo del patio, regaba plantas algo estrechamente cultivadas en tinas, ó conducía por las varas ó cañas de un emparrado, poniéndolos en orden, los pámpanos más tiernos.

—¿Qué hay Benito?

—¿Qué va á haber? ¿Qué va á haber? Náa.

Y el ciego empezaba á quejarse, murmurando y ensartando sus quejas en una letanía monótona. Al principio, como es natural, no se lamentaba sino de su propia miseria. A no ser cuanto le daban ahí y al-

guna que otra cosa recogida en las calles de la población, de seguro ya lo hubieran encontrado con el doble frío del hambre y de la muerte en su cuartucho de Pariata.

—¿Antiguos conocidos? Ah! sí: de cuando en cuando, cada año por la cuaresma, se tropezaba con el negrito Bruno ó con Antonio que le regalaba una locha, ó algún medio.

—¿Qué Antonio?

—Guá, misia Madalena! Ya no se acuerda de Antonio, aquel isleño grandote, juerte, bisojo, llamado el Chajnero que siempre era de mi cuadrilla?

—Ah sí! ya me acuerdo.

—Pues, Bruno y él son los que me socorren con algo... Ya en Maiquetía no hay sino pobres, todos semos pobres.

—Tienes razón: se acabaron los ricos.

—Y tóo por qué? Por *eso*, por *ese bicho* que Dios confunda.

Cuando Benito decía *eso ó ese bicho*, despreciativamente, señalando con su garrote de araguaney hacia el mar, significaba el ferrocarril, objeto de su odio de rústico simple, y de tanto saberlo, no tenía para qué preguntárselo la anciana.

—Que Dios confunda, sí señora. Ah caray! Si entuavía no sé qué es lo que me da cuando me acuerdo de aquel vagamundito... aquel muchacho de este pueblo... Sí señora, ¡y era de este pueblo el condeño!... ¿Cómo se llamaba? Pues, ya ni sé cómo se llamaba. Bien hecho! Usted no se acuerda tampoco? Si señora! aquel vagamundito que andaba tan repunante y orgulloso porque escribía en los papeles de Caracas. ¡Ai! si yo lo hubiera cogió por la subía del Paujil!... Pues entuavía no sé lo que me da cuando me acuerdo de lo que habló el día que inauguraron *ese bicho* ¿se acuerda? de que si el progreso y que la civilización... Requetesinvergüenza! Hablando contra su pueblo, contra Maiquetía!

—Pero Benito! si son dos cosas diferentes!

La anciana, para contestarle, trataba de zuzcir un argumento con los retazos de frases vacías de ideas, quedados, en su magín, de una exclusiva lectura de periódicos. Y Benito balanceaba la cabeza en señal de duda.

—Güeno! Así será... La civilización... Entonces, la civilización será la desgracia de uno; será quitáale á uno su oficio... Porque, vamos á vé: ¿qué sería yo ahora, si Dios no me hubiera apagao los candiles de mis ojos? Pues náa, náa. Nunca me habría amaño á náa, sino á mi carreta y á mi mula. ¿Usted sabe, misia Madalena? á veces me entran ganas de darle gracias á Dios por haberme cegao, pa no verme cogiendo otra ocupación, pa no ve tanta pobreza, y hasta pa no mirá *ese bicho*.

—Jesús! Benito! No digas eso, porque Dios puede castigarte.

—¿Más castigao de lo que estoy, misia Madalena...? ¡Civilización! Güeno. Será. Pero lo cierto es que en aquel tiempo había ricos, bastantes ricos. ¡Qué abundancia! ¿Se acuerda? Aquí no había pobres, ni uno. Era un río de oro este pueblo. ¿A que á usted no le faltaba nunca un güen porción de onzas en su escarparte?

—Es verdad, Benito. Sí las hubo, sí la hubo...

—¡Cómo no las había de tener! si les hubo hasta en mi bolsillo. ¿Se acuerda de aquellas onzas españolas, juertes y aplastáas que sonabán como una música? ¿Y de aquellas morocotas de águilas? ¿Y de aquellas isabelinas tan relindas que parecían un pisao de gloria?... Ahora, búsquelas á vé. No las encuentra. Encontrará plata, ó ni-

quel, si acaso. Y tóo el oro, tóo el oro del pueblo va á caé en las garras de *ese bicho*, y se lo llevan pa Uropa los musiués. Buena civilización!

Y lejos ya de la monótona letanía de sus quejas, Benito condensa todos sus reproches, todo su odio, en una oscura amenaza:

—Ya verán! Ya verán!

Al decir esto, las durezas de su rostro se deshacen en el agua lustral de una sonrisa. Parece como si el ¡ya verán! evocase en su interior los momentos más queridos de su alma. Poco á poco se dilata en su alma un paisaje lleno de belleza y de música. En toda alma hay un paisaje y una música; y la música de Benito, aunque rusticana, le es más dulce y preciosa que la música de los ángeles en los jardines del cielo. Ya se mira entrar en el pueblo en medio al estrépito de las carretas, oyendo el grito de los capataces y la algarabía de los peones. Ya se mira á lo lejos, en medio al camino real ondulante como una serpiente al través de la serranía, mientras junto á él se arrastra el interminable convoy bullicioso, como otra serpiente que dejara en el polvo dos rastros paralelos. Arriba, triunfan los mantos de oro de los araguaneys florecidos; abajo, en el horde del camino, los cardones ierguen, como una provocación, sus ásperos higos de sangre. El convoy pasa unas veces en pleno medio día entre una polvareda inflamada, como una gloria de áureo polvo y de sol; ó se desliza otras veces, al caer de la tarde, en medio á la sombra incipiente, sobre la misma orla del barranco, estrellado de cocuyos. Y á medida se precisa el paisaje, más y más claramente surge su música estrepitosa. La forman el estremecimiento brusco y total de las carretas al caer de las ruedas en los baches imprevistos, el rechinar de las cambas contra la llanta sólida, el resbalar del eje entre los bujes, el continuo trepidar de las mal cogidas barandas, el retintín sobre el timón de las cadenitas del apero y el resonar del casco de las bestias en la ruta firme ó pedregosa. Y en ocasiones, dommando y presidiendo la errabunda orquesta bárbara, sube el clamor solemne de la guarra á evocar, tal vez, en los arcabucos de la sierra, el eco de la música triste y belicosa de su indígena antepasado el fototo, en días de guazábara.

—Ya verán! Ya verán!

*

Cuando él y un hermano, dos ó tres años mayor que él, quedaron huérfanos en una estancia de Catia la Mar, su padrino, el estanciero, los recogió en su casa de Maiquetía. El primogénito, casi un adolescente, huyó, poco después, de la casa hospitalaria. Se supo, en los primeros tiempos, que arrastraba, al través de varios oficios, una existencia miserable y dudosa; pero, muy pronto, sin dejar un solo rastro suyo, desapareció la tierra adentro. Y entre tanto, Benito se criaba, tratado liberalmente, con los hijos de su padrino. Con ellos, crecía al aire y al sol como un árbol de la playa. Con ellos, medio aprendía á leer y á escribir, y al mismo tiempo saboreaba la descuidada niñez del pillete vagabundo. Aprendió á conocer la costa y sus tesoros infinitos, desde las ricas frutas del Cojo, hasta los caracoles llenos de música y las rosadas conchas marinas de Cabo Blanco. Sabía en dónde cargaban más los uveros, en dónde el mamey era más dulce y qué estancias eran las más propicias al hurto de

los cocos. Dentro de la misma población, en los amplios corrales desprovistos de muros, despojaba los caujaos de su carga de perlas. Conocía los parajes costaneros más a propósito para el baño de mar, y ninguno pescaba tan hábilmente como él, más allá de la Rinconada, río arriba, en el Santa-Ana de pozos tersos y arenas rubias, enormes cangrejos listos.

Apenas púber, vivió su primer idilio, fuerte y sano como el salobre aliento de la mar, á la sombra de un uvero. La miel del amor se confundió en sus labios de niño con la miel de las frutas. Pero la dulzura de esas mieles fue olvidada por las dulzuras de la existencia que se le reveló junto á su casa, en la algarabía de las rancherías. Primero, su curiosidad traviesa le indujo á reconocer hasta el más discreto escondrijo de una cercana ranchería espaciosa. A la curiosidad sirvió de cómplice la tentación de los racimos con que la parra turbaba el sueño de los estanques, abrevadero y baño de las bestias. Insensiblemente, cobró cariño y distribuyó nombres cariñosos á los caballos y las mulas. Entrometíase en la conversación de los carreteros que, en su mayor parte, lo consideraban á la postre como un camarada. Y de esas conversaciones de los carreteros fue quedando, en su interior, algo cada vez más persistente, algo como el recuerdo melancólico de una existencia ya en otra parte vivida, y que no era sino el ansia de conocer la vida soleada y libre de la gran ruta, llena de aire y de polvo. Un poco lo mareaba también, surgiendo de aquellas conversaciones de los carreteros, el prestigio de la capital vecina, de la ciudad para él misteriosa, oculta en su valle pintoresco, detrás de la verde maravilla del Avila. Así germinó en él, y llegó á dominarlo, una miaja del instinto aventurero que arrastró á su hermano mayor no se sabía á dónde, sin duda al través de muchos oficios y de muchas tierras, con la inquietud inacabable con que el agua del arroyo se echa en la quebrada, para de ésta pasar al río, y del río á la mar, y de la mar á un copo de nube.

Un día se halló bien preparado, con la ayuda eficaz de su padrino, para iniciarse en la vida errante del carretero. Su iniciación fue como una larga embriaguez exquisita y suave. Todo contribuía á su embriaguez: el sol y el polvo del camino, los chubascos inesperados, el áspera música de las carretas, las frescas mañanitas de Guaracarumbo y la visión de la capital con sus techos de tejas, por la intemperie ennegradidas, rojeando, en medio á la perenne verdura de su valle, á la sombra de los chaguaramos y las torres. Al mismo tiempo se le antojaba como si nunca hubiera hecho sino ir y venir entre La Guaira y Caracas, entre las nocturnas francachelas de Maiquetía y las alegres noches rumorosas del Camino Nuevo. Para los demás vacío y monótono, su trajinar de carretero al través del mismo paisaje, estaba para él lleno de novedades imprevistas. El dulce calofrío de un misterio gozoso lo atravesaba de la cabeza á los piés, cuando, muy cerca de la cumbre, se movía el convoy de las carretas entre la niebla como una tropa de fantasmas; y con perfumes de misterio lo turbaban las diligencias llenas de viajeros venidos de la capital, ó recién desembarcados en el puerto, sobre todo cuando aquellos pesados cochés de tres caballos traían bajas las cortinillas, á causa del polvo ó de la lluvia. Su amor, en su mayor parte contenido y ocioso,



EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA — Cuadro de M. Levis

porque no tuvo tiempo de ponerlo en su madre, muerta cuando él no era capaz de amor, ni en el hermano fugitivo, se precipitaba entonces de él como un torrente. Iba, como hacia la belleza de una querida, hacia el paisaje de la sierra; y el exceso de amor Benito lo invertía en cuidar de su mula, haciéndola fuerte y lozana; en lustrar los jaeces, para luego contemplarlos y acariciarlos como si fueran el traje de una novia; en tener bien engrasadas las ruedas de la carreta, para que el eje se deslizara sin aspereza entre los bujes; y en conservar más largo tiempo, sin roturas ni pliegues, el encerado rojizo. En realidad, encerado y carreta, mula y jaeces de mula, Benito lo amaba como á una novia suave y tranquila con la cual había de tener extraños amores, castos y eternos, porque en su escasa ambición, apenas llegaba á verse, en el porvenir, detrás de una larga fila de carros, convertido en capataz rico y venturoso.

Así, cuando empezaron los trabajos de la línea férrea, vió en ellos un ataque dirigido á su amor y á su fortuna. Su primer movimiento fue de sorpresa y de ira. Luégo, su espíritu se habituó á considerar la obra hostil con ironías de escéptico. Según él, aquellos hombres, por más ingenieros que fuesen, no podrían nunca salvar tantos abismos como hay entre Caracas y la costa, ni aún menos podrían satisfacer su loco deseo de atravesar en varias partes, como si fuera de tierna mantequilla, el berroqueño corazón de la montaña. Pero, á medida fueron avanzando los trabajos de la vía férrea, se fueron dentro de él desvaneciendo, con su dejo de ironía, las reservas y las dudas. Y al fin terminó, como otros muchos de sus camaradas, acogiéndose al supremo é inevitable recurso del criollo. Se dió á soñar con una revolución inminente. A un grito de los carreteros despojados, habían de acudir innumerables trabajadores de los pueblos y campiñas, á dar en tierra con el gobierno promotor de la obra, y á lanzar del país á los *musúes*. Durante varios meses reinó una verdadera efervescencia de motín entre los peones, los capataces de carretas, los dueños de rancherías y los dueños de estancias.

—Mira, Zampabollos, —le gritaba en cierta ocasión Benito, por aquella época, á un cochero, amigo de él y apodado, por su extraordinaria gula, Zampabollos.

—¿Qué hay, Benito?

—Náa; que te prepares á matá musúes.

Y como Zampabollos, algo tímido, le respondería con un gesto, significándole que llevaba musúes en el coche, Benito le gritó:

—¿Ajá? Güeno! Pues en cuantico llegues á Boquerón, esbarráncalos.

Por esa misma época, Benito comenzaba á decir, blandiéndolo como una amepaza oscura, su estribillo misterioso:

—Ya verán! Ya verán!

Pero, un día, la negra locomotora impávida, con su rígida impavidez empenachada de humo, subió del puerto á Caracas y bajó de Caracas al mar, corriendo sobre todos los barrancos de la sierra y traspasando el propio corazón de las rocas, tan fácilmente como si atravesara el vano corazón de la neblina. Y en vez de la revolución deseada, hubo holgorios, fanfarrias y discursos.

A poco, desalentados, abatidos, empezaron á dispersarse los carreteros. Algunos prefirieron cambiar de oficio. La mayor parte emigraron tierra adentro, hacia otras comarcas, hacia más hospitalarias rutas, bien decididos á no vivir sino la soleada existen-

cia libérrima de los grandes caminos polvorosos. Benito fue de los empeñados en el éxodo. Partió, no sin haber visto en su pueblo cerrarse una por una todas las rancherías. Y su pueblo, el pueblo de su amor, antes lleno de ruido, se recogió silencioso á la sombra de su iglesia, conservando apenas, de su antigua fortuna, la verde corona de su monte, el alma sonora de su río y el múltiple abanico de sus cocoteros que el viento azul del Caribe agita piadosamente sobre su actual desamparo.

*

Cuando volvió á Maiquetía, volvió ciego. El primer decaimiento considerable y súbito de su visión, lo sorprendió carreteando por los Mariches, á la altura de Carimao. Regresaba de una hacienda lejana, á donde había contribuido á llevar en su carreta un tropel de cafeteros bulliciosos. A la ida, más allá de Petare, hombres y mujeres, viejos y niños, todos los del tropel bullicioso, iban cantando y bebiendo. No dejaban de hacer estación en ninguna pulpería. Y á cada nueva estación, los carreteros, y entre ellos Benito, habían de acompañarlos á tragar nuevas copas de aguardiente, aunque no se lo reclamaran la sed ni la costumbre. Si el mismo caporal no lo invitaba con su entusiasta y alegre «¡un palo, Benito!» las pícaras cafeteras lo obligaban á vaciar de un trago el vaso lleno del transparente líquido engañoso.

Por eso, al regresar, cuando en el campo de sus pupilas cayeron las tinieblas, y se le aparecieron los objetos mutilados y confusos, como si acabaran de perder muchos de sus contornos, achacó tan brusco accidente á su involuntario exceso de bebida, á una pésima broma del espíritu malévolamente escondido en el dulce humor de la caña. La conciencia le reprochaba, además de su abuso de aguardiente, el abuso de otro licor saboreado en la boca de una cafetera, casquivaná y relamida que, á lo largo de la ruta, fue encendiéndole pólvora en la sangre y trastornándole el seso. Muy levemente, sin embargo, lo rasguó la conciencia con este último reproche, porque apenas formulado el reproche, Benito prorrumpió en la misma exclamación que acostumbraba lanzar algunos meses más tarde, mientras un soplo de vida reanimaba su cara inmóvil de ciego, al recuerdo de aquella muchacha de cuya belleza disfrutó, como se disfruta del aroma de una flor deshojada á la vera del camino: «¡regüena, caray!»

A duras penas, con el auxilio de un colega suyo, volvió á Caracas, en donde al siguiente día se hizo examinar de un oculista, nada médico, puesto que no acertó á despedirlo con la palabra del médico verdadero, que suaviza y conforta. El precio de la consulta lo colmó de espanto. Y no quiso consultar de nuevo al especialista cuando, algunos días más tarde, hlovieron nuevas tinieblas en el campo de su visión, dejándole entonces para siempre sumergido en una noche profunda. Nada lo apesadumbró tanto como el verse obligado á separarse del bien precioso de su carreta. Mucho menos lo mortificaba la idea de no volver á la carretera de los Mariches. A pesar de las cogedoras de café, nada gazmoñas, á pesar del aguardiente y la música de las parrandas inevitables de sábados y domingos, y á pesar de los fletes, durante la cosecha muy altos, Benito nunca se encariñó de esa carretera, ni de la serranía que á uno y otro la-

do de la carretera va descogiendo su lujuriantemente paisaje, verdé y oro. Con ojos fríos é impávidos había visto los cafetales vestirse de nieve; y con ojos fríos é impávidos, por setiembre y octubre, en honduras y eminencias, había visto sucederse las taras y y las cañafistolas en flor, semejantes á innumerables tiendas áureas levantadas para acoger á un ejército de príncipes. Como si fuera culpa del camino, jamás le perdonó á éste, que naciendo en la capital, á semejanza del primer camino por donde carreteó, no fuera á morir á una cierta playa bordada de uveros.

Tenía la nostalgia del mar, de la costa nativa, del pueblo de su niñez, de la dulce vida abierta de la playa. Al caer en la noche de la ceguera, puso el pensamiento y su esperanza en volver á Maiquetía. Y lo hizo, en cuanto pudo. Volvió, aunque tarde, cuando ya no le era dado ver, sino con los ojos del alma, el uvero á cuyo tronco probó las mieles del amor, ni las estancias por cuyos verdes coteles correteó de niño, robando cocos y otras frutas, ni los corralones y huertos en donde, travesando como una ardilla, desgranó los racimos de perlas del cauajo.

Apenas recién llegado al pueblo que él consideraba como su pueblo, al deshacerse hasta el último céntimo el muy breve caudal de sus ahorros, hubo de abrazarse á la existencia angustiada del mendigo. Y conoció todas cuantas humillaciones oculta, á un buen trabajador, la vida del pordio-tero. Al mismo tiempo se le reveló una forma de la vida, ignorada hasta aquel entonces de su alma rústica. Los recuerdos de su niñez, respirados con el aire de la mar, evocados en tropel por sus conversaciones con sus conocidos más viejos, pero sobre todo por sus conversaciones con la hermana de su padrino, y su misma ceguera, en tanto que le impedía olvidarse y esparcirse en la visión indiferente de las cosas, lo redujeron, á la fuerza, á vivir esa nueva forma de vida: pura vida interior, intensa y desbordante.

Alma de simple, en su vida interior luchaban sentimientos igualmente simples. En su amor, como en su odio, no había distinciones ni sutilezas. Ambos prorrumpían claros é ingenuos de su corazón, como el agua del manantial, ó saltaban de su alma herida, como la savia de los troncos. En su espíritu ya predominaba el odio, ya el amor, según la música recogida con su oído sutil de ciego, porque cada cual tenía su música. Y según la música, su alma se cambiaba en paraíso ó en infierno. El agrio estridor de una carreta, al resbalar con ruedas casi rígidas por sobre las piedras de la ruta, evocaba dentro de él toda una vida armoniosa de sano trabajo y deleite, con idéntica virtud con que un solo compás de música galante evoca toda una vida de amor en el alma de un don Juan artista. En cambio, el silbido intermitente del tren desencadenaba en su espíritu, como deshecha tempestad, las furias de su odio.

Desde su llegada al pueblo, su antiguo odio al ferrocarril, conservado como el fuego bajo la ceniza, revivió, y fue creciendo hasta prender en su corazón una hoguera insaciable. Y todas las mañanas, Benito se complacía en echar pasto á esa hoguera, yendo á oír, al paso del tren, el penetrante silbo de la locomotora, mientras amenazaba al mismo tren con

el puño cerrado, ó lo seguía en su ve-
loz marcha furibunda con el rayo de sus
denuestos. Pero su odio se revelaba otras
veces en un desprecio infinito, y él se
consideraba entonces capaz de aniquilar
con un soplo á su poderoso enemigo de
hierro, como si éste en realidad no fue-
ra sino un infecto y deleznable gusano
de humo. *Eso y ese bicho* eran sus pa-
labras de elección para designar al fe-
rrocarril en sus largos coloquios con la
riente y dulce abuelita, la bondadosa mi-
sia Magdalena.

Sólo una vez habló de *eso* con la cara
llena de risa, y fue cuando anunció á
la anciana bondadosa el decreto del go-
bierno que mandaba á componer la casi
perdida carretera de La Guaira á Cara-
cas, y en el plazo más corto, á fin de
abrir la de nuevo al tráfico. No malicia-
ba en el decreto una amenaza platónica,
una platónica amenaza obscura, idea-
da por el gobierno con el intento de re-
cabar quién sabe qué de la Compañía,
ni sospechaba aún menos en la obra del
proyecto una simple farsa de obra públi-
ca, buena para servir al ministro de pre-
texto á más ó menos felices incursiones
en las cajas del Tesoro. Y consideran-
do la ruina del ferrocarril y de sus pro-
prietarios *musiúes*, además de segura, in-
minente, Benito se recreaba en repetir su
viejo estribillo misterioso, con la cara des-
bordante de júbilo: «Ya verán! Ya verán!»

El día en que, ya compuesto el ca-
mino, según el ingeniero director de los
trabajos, iba á salir de La Guaira, con
rumbo á Caracas, el primer convoy de
carretas, Benito madrugó más de lo te-
nido por costumbre, se olvidó de amena-
zar al tren, conversó con mayor frivoli-
dad y abundancia, dando en todo seña-
les de la impaciencia más viva, resuelto
como estaba desde muy temprano á ir á
esperar el desfile de las carretas á la plaza
de los Almendrones.

En la plaza, á donde se encaminó mucho
antes de la hora precisa, cuando á su oído
de ciego empezó á llegar, haciéndose más
perceptible á cada segundo, la música in-
numerable del convoy, su alma fue llenándose
de fiesta. Al pasar la primera carreta de-
ante de él, se puso el garrote debajo del brazo
izquierdo, y comenzó á restregarse las ma-
nos con inefable delicia. Como un ardor de
fiebre ó de ebriedad, surgía de sus entrañas,
hinchando sus venas, el canto del júbilo.

—Adiós, Benito.

—Adiós, pues.....Guá! Bruno! ¿Y tú
también vas pa Caracas?

—¡Cómo no! Y va el Pepón, y Antoñote
el Chajnero y muchoj otros amigos de antes,
muchoj otros.

—¿Gueno! Regüeno! Bien hecho. No sa-
bes lo que me alegro. Ya verán! Ya verán
lo que es güeno esos musiúes del ferroca-
rril..... Estarán requetebravos.

—Ya lo creo.

—Oye, chico! no te olvides de pegáte un
güen-palo de caña en mi nombre, cuando
llegues á Guaracarumbo.

—Convenio.

—Benito, sin darse cuenta de ello, y mien-
tras hablaba con el amigo, empuñando el
garrote y siguiendo el convoy, se había
echado á andar por la acera. Aunque en su
marcha se notara una viveza insólita ese día,
no alcanzó á conservar el paso de Bruno,

quien pasó con su carreta adelante. Pero
detrás de la cuarta ó quinta carreta salió á sa-
ludarlo otra voz, tan cordial como la de Bruno.

—Eh Benito! Adiós, confisco!

—Ajá, Antoñote. ¿Y entuavía dices con-
fisco? Ah Chajnero bruto! A vé si ha-
ces otra barbaridá como la de la ranchería
de loj Herrera, maj allá de Guaracarumbo.
Te acueldaj é la sirvientica de loj Herrera,
maj allá é la ranchería, en el tronco del copey?

—¡Qué si me acuerdo! Y me relamo
entuavía.

—Ah isleño arrenegao!

Así, todos los viejos camaradas de Beni-
to fueron saludándolo, uno tras otro. Deli-
ciosamente mareado con el solo estrépito de
las carretas, cada nuevo saludo afectuoso
de una voz familiar, aumentaba su embria-
guez casi divina. Para cada cual tenía una
palabra de cariño, ó una chanza, ó un re-
cuerdo. A los menos conocidos les decía adiós,
añadiendo: «á echá parriba, muchachos.»

El último carretero con quien habló, ya
á la salida del pueblo, fue Wenceslao, el
Pepón, llamado así por lo extravagante de
su rostro, irregularmente huesudo.

—Pepón! Cuidao si en el Ojo de Agua te
sale el mapurite!

—¡Qué mapurite! Ni mapuritej hay ya
como en aquel entonces.

—Pero ahora sí es verdá, ahora sí es verdá
que van á embromase loj ingleses.

—¡Quién sabe!

A pesar del tono escéptico del Pepón, al
decir: «quién sabe,» ni siquiera se turbó el
entusiasmo de Benito. Su entusiasmo, tan
ciego como él, crecía, desbordándose en la
exuberancia y el desorden de la palabra y
del gesto. Rayaba en la estupenda exalta-
ción del triunfo. Porque el pobre ciego, en
efecto, celebraba el único triunfo de su vida;
y ningún resplandeciente cortejo triunfal ha-
bría significado tanto para él, cuanto signi-
ficaba la serpentina fila de carretas que de-
lante de él avanzaba con su rodar estruendoso.

—Oye, chico, hasta ónde vas? regüélve-
te,—le gritó con todas sus fuerzas el último
carretero, Wenceslao, el Pepón, al desapa-
recer detrás de una vuelta del camino.

Y Benito no lo oyó, ó no quiso obedecerle,
porque más bien avivó el paso.

Más allá de Pariata, el camino había em-
pezado á subir, culebreando por los flancos
del monte. Entanto que hacia atrás queda-
ba cada vez más lejos y más bajo el pano-
rama de la costa, hacia adelante se desple-
gaba, cada vez en mayor amplitud, el paisa-
je de la serranía con sus cumbres y despe-
ñaderos. Unas veces pegado contra el
cerro, otras veces por la misma orilla del
barranco, Benito iba gesticulando y hablan-
do como un loco. Hablaba con los carrete-
ros ya distantes, como si estuvieran junto
á él, y se contestaba á sí mismo. Camina-
ba á toda priesa y con descuido, sin acor-
darse de la sombra mortal de sus ojos, con-
fiado en su antigua agilidad y pulso.

Tropezó una vez, dos veces, varias veces.

A medida se alejaba el estrépito de las
carretas, con mayor ansiedad lo seguía. Re-
gulaba el ritmo de su andar por el recio rit-
mo de la bárbara música monótona. Con
aquel vulgar convoy de carretas partía, para
nunca más volver, su propia juventud, rien-
do y cantando. Por eso, cuanto más leja-
na la música, más dulce le parecía, tan dulce
y preciosa como la música de los ángeles
en los jardines del cielo. En su ingenuidad
infantil, no alcanzaba á imaginarse de otra
manera la música de la gloria.

Y cuando por última vez tropezó, y cayó
barranco abajo hasta quedar, en la hondura
temerosa, reducido á una mancha disforme
y sangrianta, cayó en pleno paraíso, entró
bruscamente en el cielo de su ideal, oyendo
aquella música: el estremecimiento brusco
y total de las carretas, al caer de las ruedas
en los baches imprevistos; el rechinar de las
cambas contra la llanta sólida; el incesante
resbalar del eje entre los bujes; el continuo
trepidar de las mal cogidas barandas; el re-
tintín, sobre el timón, de las cadenas de
metal; el resonar del casco de las bestias en
la ruta firme ó pedregosa; y sobre la bárba-
ra orquesta errabunda, el clamor solemne del
caracol despertando, tal vez, en los arcabu-
cos de la sierra, el eco de la música triste y
belicosa de su indígena antepasado el fotuto,
en días de guazábara.



—

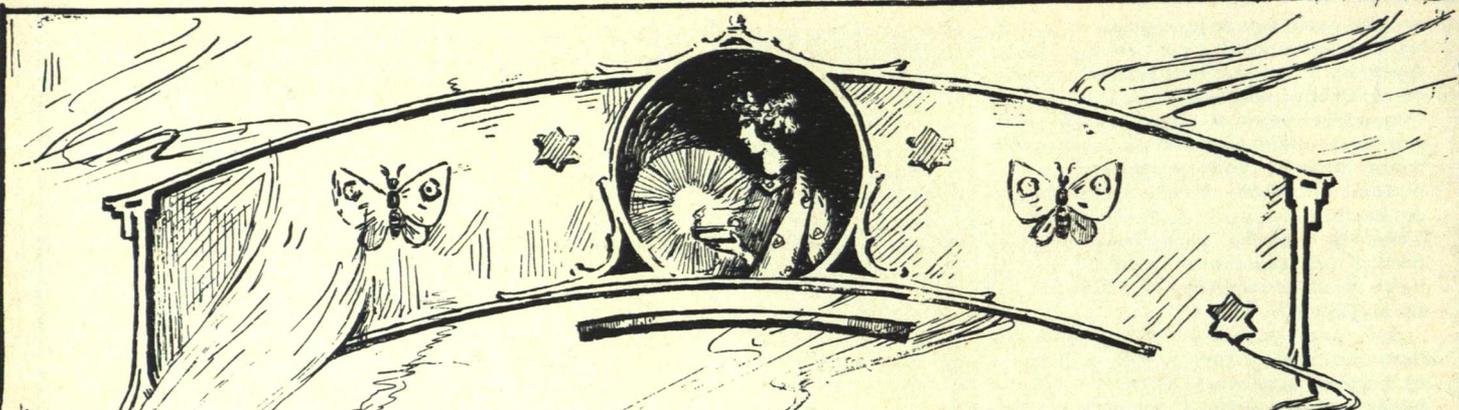
EL SOL Y LAS ESTRELLAS

—
FÁBULA
—

Le dijeron al sol varias estrellas:
¿Por qué, tirano, nuestras luces bellas
Nos privas de ostentar durante el día?...
Oyendo con desdén tal osadía,
Por única respuesta á sus querellas,
Apagó su lumbrera el astro hermoso,
Y rodaron, oscuras, las estrellas
Por el piélago inmenso y tenebroso.
Ya viéndose sin luz, tal pesadumbre
Sintieron las estrellas que, contritas
Demandaron al sol perdón y lumbrer;
Y él, doliéndose entonces de sus cuitas,
Tornó á brillar en la celeste cumbre;
Mas primero, les dijo: En lo adelante
Tratadme con respeto y más cordura,
Porque es cosa á vosotras humillante
Y al propio tiempo para mi muy dura,
Estaros recordando á cada instante,
Que es mía la luz que en vuestro sér fulgura.

.....
La prudencia aconseja
Que se vayan con tiento y con cuidado
Los que no tienen luz sino refleja;
Pues no siempre el ingrato presuntuoso,
El que vive de mérito prestado,
Encuentra un bienhechor tan generoso.

FRANCISCO PIMENTEL.



POR LA SENDA AMOROSA

I
Oh, la Perla fatal!

—Pobrecitas viajeras de una tarde de amores!
Oyeron la alegría que anunciaba la fiesta,
y con sus esperanzas poblaron mi floresta
como Ofelias ansiosas de cubrirse de flores.

Pobrecitas viajeras de un país de dolores!
Regresaron tan tristes de su viaje, que á ésta,
la que yo más quería, casi nada le resta
de su lírica vida, de sus suaves colores.

No pudo más aquélla, la que tanto la amaba;
ni la otra, la pobre, que rondaba y rondaba
como una perenne mendiga ante sus puertas!

Todas, todas, Poeta!.....

—¿Qué tienes alma mía?

Y me dijo mi Alma:

— Déjame todavía,

no ves que estoy llorando mis Ilusiones muertas?

II

Y la Flor frágil.....

—Alma, te compadezco!

Ven para que remoces
tus ensueños con ótra tan propicia cual Ella;
es de un jardín vedado, y apagará la huella
de tus desilusiones, colmándote de goces.

Ya tú has oído mucho su voz entre otras voces
amables; sus prestigios son de galante y bella:
acógela en tu noche que es quizás una estrella
rezagada en la vía del placer. ¿La conoces?

—Poeta, no hay ni un pcco de amor para quererla!
Las perlas son fatales, y yo tuve una Perla
—Consuélate con esta joven Flor, Alma mía!

Y me dijo mi alma:

—Déjame mi congoja!

Tú no sabes lo pronto que una flor se deshoja,
y al fin va á rebosarme tanta melancolía!

III

Y la Luz tenue.....

—«Mi Poeta y su Alma?

Son mis dos ilusiones!
Yo seguiré sus pasos; aliviaré la pena
que padecen y, como Jesucristo, en mi cena
les brindaré del vino y del pan de mis dones.

«Para adorarles tengo todos los corazones;
á Dios le he suplicado que sea yo la más buena
y que me ponga en cada mano una azucena
para dulcificarles.....

«Ya Dios mis oraciones

ha escuchado; ya puedo en silencio y en calma,
seducir al Poeta, ó iluminar su Alma!»

—Esa es, Alma mía, la que siempre te nombra!;

Y me dijo mi Alma:

—Déjala que me quiera!

Mientras arriba adonde me aguarda mi Quimera,
Ella será cual una Lámpara entre la sombra.....

MAXIMILIANO GUEVARA.



HERCULES — Cuadro de R. Salles

Segundo Certamen de "El Cojo Ilustrado"

LITERATURA VENEZOLANA

(Premio de Crítica)

- I.—¿Cuáles escritores extranjeros han influido principalmente en el movimiento literario de Venezuela en la última década?
- II.—¿Ha sido beneficiosa esa influencia? Y en caso contrario, ¿qué habría sido más conveniente para las letras patrias?
- III.—¿En qué concepto se tiene la literatura venezolana, respecto á la literatura de los países hispano-americanos? ¿Y qué desenvolvimiento probable tendrá en los diez años venideros?

En literatura así como en sociología y en política, sucede que las revoluciones y reacciones son movimientos determinados por fuerzas y tendencias varias que invaden á porfía los dominios intelectuales, hasta el momento en que provisionalmente se abre paso una sola ó en que se combinan todas en una resultante definitiva. De suerte que, para tener idea exacta de las revoluciones y reacciones (las unas y las otras pueden ser fenómenos de progreso ó de retroceso), el mejor camino es examinar sus orígenes y seguir las en su desarrollo.

En la última década de la historia de Venezuela (1893 á 1903) el estilo literario tendió á trasformarse separándose de ciertas tradiciones nacionales, ello sobre todo bajo el influjo de las literaturas europeas y especialmente de la francesa. Para com-

prender ó explicar el carácter y extensión de tal movimiento es preciso señalar, si quiera de prisa, los puntos salientes de la evolución anterior.

Nótese desde luego que la tendencia literaria que se manifiesta en los comienzos de la República (período de 1810 á 1830) parece contradictoria con la tendencia social y política. En ésta predomina el espíritu de la revolución norte-americana y de la revolución francesa, cuando en la otra sigue imperando, salvo raras excepciones, el espíritu clásico español. Los diputados al congreso de 1811 muéstranse familiarizados con todos los pormenores de la vida política de los Estados Unidos y de Francia, á tal punto que se les creería salidos de las escuelas de Filadelfia y de París. Esto se modifica á raíz del desastre de 1812, y desde 1813 Bolívar, Sanz y Uzfáriz sustituyen la imitación americana y francesa con otro sistema político que se inspira especialmente en el régimen constitucional inglés (plan de gobierno de 1813 y Constituciones de Angostura, Cúcuta y Bolivia), sistema que el genio del Libertador, mezcla singular de lirismo democrático y positivismo autocrático, defendió y propagó con incansable elocuencia hasta la postrimería de su fecunda carrera.

Bolívar, nutrido de filosofía política inglesa y lector asiduo de los literatos franceses, emplea en sus discursos y proclamas un estilo nuevo, plagado á menudo de galicismos, pero siempre personal, armonioso y rico. Mas, á pesar del influjo que donde-

quiera ejerce su privilegiado entendimiento, su manera de hablar y escribir no forma escuela. Los dos grandes oradores de la época colombiana, el doctor Miguel Peña y el Padre Mariano de Talavera y Garcés, prefieren otro lenguaje literario. Defendiéndose ante el Senado (en 1825), Peña pronuncia aquella obra maestra de dialéctica forense que comienza: «Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tiene la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce, y combatir y sufrir por la justicia que ama.» Celebrando en la catedral de Bogotá los triunfos del ejército colombiano durante la campaña del Sur, Talavera declama su descripción de la batalla de Junín, modelo único é inimitable de fascinadora elocuencia. Uno y otro conservan la forma clásica española, y la tentativa del estilo revolucionario de Bolívar desaparece con él.

Acaso porque los años corridos de 1810 á 1830 no dieron tiempo, con sus luchas bélicas incesantes, á que se constituyese una clase social igualmente instruida en la guerra, en la política y en las letras, la tendencia literaria sigue el desarrollo compacto y tranquilo que se inició en los últimos años de la colonia. Andrés Bello, que vive en el extranjero desde 1810 (primero en Londres y después en Santiago de Chile), es el maestro soberano, cuyas obras didácticas sirven de alimento diario en las escuelas de toda la América española, y cuyas poesías, impregnadas del más puro

aliento clásico. sin exceptuar sus traducciones de Víctor Hugo, andan de boca en boca imitadas de continuo y no igualadas nunca. En la patria, José Luis Ramos no es menos clásico que Bello, y cuantos producen á su rededor emplean preferentemente los giros y peculiaridades de los escritores de la Península. El sucesor directo de Bello y de Ramos, Rafael María Baralt, cuyo lenguaje es uno de los modelos más limpios de extranjerismos que puedan citarse en América y en España (Discurso de su recepción en la Real Academia), extrema la tendencia clásica hasta convertirse en maestro adusto é intransigente (en su *Diccionario de galicismos*), y desde 1843 fija su residencia en España abandonando su nacionalidad venezolana. En español se torna también García de Quevedo (1846), colaborador ocasional de Zorrilla.

Por los años turbulentos de 1835 llegan á la plenitud de su talento en la literatura política Tomás Lander y Domingo Bricieño y Bricieño: imbuído el primero de la filosofía francesa del siglo XVIII, escritor pomposo, pero capaz de cincelar á menudo frases artísticas; y polemista el segundo, bizarro y elegante, que sabe animar sus artículos con retratos de finísimos toques.

Cuando media el siglo XIX, ya los poetas Abigail Lozano y José Antonio Maitín han implantado en Venezuela el romanticismo español, el cual adquiere en seguida los caracteres de verdadera epidemia. Lozano es pálida luna de Zorrilla y de Espronceda, y aun las veces en que intenta brillar con luz propia, su pobre inspiración se pierde en la hojarasca de sus extravagantes metáforas. Maitín, versificador más hábil, revela cierta originalidad cuando se retira á la aldea de Choroni.

De la manía *zorrellera*, según la llamó Juan Vicente González, muéstranse exentos el poeta festivo Rafael Arvelo y el gran republicano Fermín Toro. Aquel busca en la política nacional la vena del epigrama punzante y regocijado, y es único en su género. Toro, naturalista, diplomático, filósofo, novelista y poeta, llega á ser por los años de 1858 el más elocuente y el más artista de los oradores patrios, siendo tal la originalidad de su elocuencia que ninguno de sus coetáneos se atreve á imitarla.

Juan Vicente González ocupa puesto aislado. Con él decae la influencia española y empiezan á manifestarse la francesa y la italiana. Contra las exageraciones del romanticismo González escribe: «Nosotros le diríamos al autor de las *Horas de martirio* (Lozano):—hílad la seda de vuestro seno; libad vuestra propia miel; cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un panal y un nido.» Y á la muchedumbre de imitadores les advierte, «que se toma un mal camino; que lo que en un principio fue un noble rumbo y una empresa generosa de pocos, ha llegado á ser un furor de imitación para la multitud que los sigue; que la raza pulula, y que esta manía *zorrellera*, forma de decadencia y puerilidad, es peligrosa para el espíritu.» (Sustitúyase manía *zorrellera* con manía *decadente*, y se tendrá una crítica de ayer, quizás de hoy). González inicia la literatura genuinamente nacional. Su copiosa lectura de los escritores franceses é italianos, aunque perceptible siempre en su estilo, no le convierte sin embargo en imitador inconsciente. Mayor que esa influencia es el correctivo que le pone. Curioso más que nadie de los orígenes nacionales; investigador incansable; enamorado de la aureola gloriosa que circunda á los fundadores de la patria; luchador vehementemente en las contiendas políticas; en contacto siempre con

la juventud, como educacionista; familiarizado con los pormenores del gobierno, en el que ocupa á veces puesto distinguido, y apasionado hasta el delirio cuando pasa á las filas de la oposición, González imprime en las letras huella tan personal como la de Fermín Toro en la oratoria. La *Biografía de José Félix Ribas* y los fragmentos publicados de la de Martín Tovar, los editoriales de *El Herald* y algunas de las *Mesemianas*, sobre todo las dedicadas á Teófilo Rojas y á Andrés Avelino Pinto, son obras verdaderamente originales. Su estilo lo define él mismo diciendo: «Mi estilo no es el pan laborioso del hombre, regado con el sudor del rostro: como la vegetación de los climas meridionales, espontánea, poderosa, él viste risueños valles ó escarpadas rocas, multiforme, quimérico, extravagante, pero expresión purísima de mis sentimientos.»

Toro, clásico en sus versos (especialmente en *La ninfa del Anauco* y en la *Poesía á Carmen*: la última es bellísima), pero revolucionario en su estilo oratorio (discursos de la Convención de Valencia), muere en 1865. González, versificador mediano, pero prosista incomparable é iniciador de la tendencia nacionalista, muere en 1866. Con ellos empezó á llamar la atención pública el representante de otro estilo que pudiéramos calificar de neo-clásico: Cecilio Acosta. Estilo clásico, porque Acosta se asimila lo más puro del clasicismo español, y así en sus poesías (ejemplo, *La casita blanca*, obra maestra de inspiración y de forma) como en su prosa cristalina, abundante y armoniosa, hace recordar á cada paso á Fray Luis de León, á Santa Teresa, á Hurtado de Mendoza y, entre los modernos, á Jovellanos; pero estilo neo-clásico, porque Acosta, á pesar de cierto amañamiento arcaico, renueva el castellano, lo matiza con giros personales, encaja en la frase pensamientos modernísimos, y, fenómeno curioso, no obstante su ortodoxia en materia de religión, es radicalmente revolucionario en sociología y en política, ataca en su base misma nuestro absurdo sistema económico y nuestro antiquado sistema de instrucción pública (*Cosas sabidas y cosas por saberse*, 1856), abre nuevos horizontes al espíritu nacional, y apoyando el papel en que escribe sobre la vieja pasta de un tomo de Fray Luis de Granada, echa á correr la pluma por los caminos de la civilización más avanzada.

Cuando muere Acosta (1881), las letras venezolanas aparecen en un estado interesantísimo de anarquía y, consecuentemente, de gestación ó renovación. Allí ha de irse á buscar el origen ó comienzo de la literatura contemporánea.

Desde 1870 habíase transformado la situación política. La Autocracia de Guzmán Blanco, benéfica en unas cosas, corruptora en otras, llegaba á su apogeo. Señalar sus efectos en la vida social y política nos llevaría demasiado lejos, apartándonos del problema literario. Fijémonos en las manifestaciones exclusivamente intelectuales.

Durante la Autocracia no existe la libertad política de la prensa ni de la tribuna: los periodistas y oradores que lo olvidan van á recordarlo en las prisiones. Los pensadores independientes buscan asilo en la ciencia pura y en los dominios de la imaginación. No se nota un estilo predominante: nótanse varios que se contradicen y combaten. En la literatura política, Guzmán Blanco impone la declamación hinchada, la fraseología hiperbólica, estilo que se convierte en epidemia semejante á la del romanticismo y cuyos ecos no se han apagado todavía ni en la prensa ni en

la tribuna. Apenas, en la esfera oficial, el elocuentísimo orador Eduardo Calcaño logra, con su refinado gusto artístico, sus traerse del contagio, y distínguese el periodista Hernández Gutiérrez por su estilo llano, claro y expresivo. En la Academia de la lengua, correspondiente de la Real Española, tiende á implantarse un clasicismo rutinario, descolorido, no obstante que de la Academia forman parte, entre otros, los pulcros hablistas Rafael Seijas y Manuel Fombona Palacio. En fiestas literarias, independientes de la Academia, se oye á las veces con placer, como eco de mejores tiempos, la palabra cultísima de Marco Antonio Saluzzo y de Cristóbal Mendoza. Felipe Tejera, en un paréntesis feliz, enriquece la bibliografía nacional con sus *Perfiles venezolanos*. Eduardo Blanco, en la oposición, toca el clarín de su *Venezuela Heroica*. En los certámenes poéticos, y á condición de no aludir á cosas de actualidad, vibran los versos relampagueantes de Francisco Guaicaipuro Pardo y los más apacibles de Heraclio Martín de la Guardia, uno y otro entendimientos superiores, pero poetas de transición que no forman escuela. (*) Otros dos poetas notabilísimos, viven en el extranjero: «José Antonio Calcaño, dulce, tierno, deleitable en su mansedumbre, y que, por la forma, acaso pertenezca más á España que á América, y Juan Antonio Pérez Bonalde, espíritu cosmopolita, pensador audaz, políglota consumado, viajero incansable, cuya inspiración es tan germánica cuanto inglesa, tan italiana cuanto francesa, ó rusa, ó portuguesa, ó americana, y cuya forma puede decirse que cambia según la lengua en que piensa. Con Calcaño y Bonalde sucede lo que con Bello: son venezolanos porque sus padres lo fueron; pero sus obras no se alimentan de la tierra nativa ni caracterizan la literatura de ningún país de América.—Esta observación se ampliará más adelante.

La anarquía literaria que reina entonces entre los escritores más conocidos coincide con la aparición de un grupo de jóvenes, estudiantes de la Universidad central, que fundan por el año de 1882 la «Sociedad de Amigos del saber.» Allí fue la cuna de la nueva Venezuela intelectual porque de allí arranca el más notable movimiento revolucionario en las ciencias, en la filosofía y en las letras. Empiezan á darse á conocer Lisandro Alvarado, Luis López Méndez, Daniel Mac-Carthy (muerto en el alba de su talento), César Zumeta, José Gil Fortoul, etc., y muchos de los otros jóvenes que no concurren regularmente á las sesiones de la sociedad reflejan también en parte el espíritu que anima á aquellos. La Sociedad abre sus puertas y ofrece su tribuna á todas las opiniones, y en breve tiempo las firmas de sus miembros llaman la atención pública desde las columnas de los periódicos.

Hemos dicho que durante la Autocracia no existía la libertad política: apenas existía tampoco la libertad de escribir sobre problemas de filosofía, de religión ni de historia, y ello, no porque el gobierno la suprimiese sistemáticamente (Guzmán Blanco no tenía preocupaciones dogmáticas fuera de la política), sino porque los escritores más conocidos eran en su mayoría católicos fervorosos y porque el medio social era hostil á toda propaganda revolucionaria lo mismo en la filosofía que en la literatura. Por aquellos años, dos catedráticos de la Universidad, el Doctor Rafael Villavicencio y

(*) Pardo fue gran poeta en su *Soledad*, joyel exquisito, y Guardia en su poema sobre el *Centenario de Bolívar*.

el Doctor Adolfo Ernst, empezaron á pagar en sus cursos, el uno la filosofía positivista de Conte y el otro el darwinismo. De la Universidad pasaron ambas doctrinas á la «Sociedad de amigos del saber» y de ésta á la prensa. En las columnas de *La Opinión Nacional*, diario el más leído de la época, Gil Fortoul emprendió larga campaña en favor del positivismo, primero; de la doctrina de Darwin, en seguida, completándola con el radicalismo de Hæckel, y con las más categóricas teorías materialistas. Sus ruidosas polémicas (trátase aquí de apuntar un hecho sin discutir principios), sostenidas con algunos de sus compañeros, con los futuros obispos Esteves y Rodríguez y con el elocuente y batallador Padre Castro, futuro gobernador del Arzobispado, habituaron al público á la discusión libre de todo género de cuestiones religiosas, filosóficas y científicas, y contribuyeron además á que desapareciera aquella especie de ostracismo social en que incurrieran la audacia del pensamiento y el desenfado del lenguaje... De esto se aprovecharon después, en el terreno político, los ironistas del *Delirio* y los propagandistas de la *Unión Democrática*, que dieron al traste con la autoridad moral de Guzmán Blanco (*).

En la esfera literaria, y ocasionalmente en la crítica histórica, tres nombres empiezan á brillar con luz propia: Lisandro Alvarado, Luis López Méndez y César Zúñiga. Alvarado, con vastísima erudición en humanidades y con estilo impecablemente clásico, sigue la huella, profundizándola, de Cecilio Acosta; pero á poco se consagra preferentemente á las ciencias naturales, y á ejemplo del abundante historiógrafo Aristides Rojas, tiende á renovar el método de averiguación en la historia patria, con tan buen éxito que apenas tiene hoy rival [**]. López Méndez, aunque enamorado también de los escritores clásicos, se singulariza por cierta solemnidad cadenciosa y tersa interrumpida en ocasiones por el movimiento nervioso de las ideas revolucionarias. En realidad, su estilo es un compuesto de varias influencias. Los clásicos le prestan la corrección de la frase; de Juan Valera toma á veces su modernismo ecléctico; pero la influencia mayor es la de los ingleses De Quincey y Macaulay. Adoraba á Macaulay, como renovador de la forma artística en Historia. Las cartas que López Méndez dirigió á un diario de Maracaibo con el seudónimo de *Lucrecio* contienen párrafos tan armoniosos y tan bellos como los mejores de los célebres *Ensayos*. Zúñiga castiga con esmero su estilo: vive en comunión continua con los ingleses, alemanes y norte-americanos (su residencia habitual es Nueva York); y aunque de temperamento nervioso y batallador, sabe conservar siempre, aun en lo más refinado de la polémica, el tono elegante del verdadero artista.

Manuel Revenga, con el seudónimo de *Fávor*, renueva la crítica teatral y propaga el «naturalismo artístico». Su polémica con el Doctor Dagnino, que firmaba *Junius*, contiene las teorías más avanzadas de la época en materia literaria. Además, músico erudito, inicia en Venezuela el conoci-

miento de la estética de Ricardo Wagner, coincidiendo en esto con Pérez Bonalde, que escribía entonces en el extranjero. Salvador Llamozas, aunque afiliado á otra escuela, sobresale igualmente por sus críticas musicales bien informadas y castizas.

Obsérvese, finalmente, que en el grupo de los «Amigos del Saber» es casi nula la influencia de los escritores españoles contemporáneos, tal vez con la sola excepción de Picón Febres, de quien se hablará luego. Si López Méndez lee frecuentemente á Valera, es más bien por lo que tiene éste de cosmopolita, á diferencia de sus compatriotas. Y si el malogrado poeta Paulo Emilio Romero se refugia bajo las alas de las *Rimas* de Bequer, muere pronto sin dejar herederos notables.

En 1890 se publica la primera novela de «costumbres venezolanas», primera en el sentido revolucionario, porque las publicadas antes en Venezuela ó son simples imitaciones, ó revelan intensamente el influjo extranjero. Hablamos de *Peonia* por Manuel Vicente Romero García. De ella dice el propio autor en una carta á Jorge Isaacs: «No tienen mis páginas el mérito literario de las vuestras, porque yo escribo en la candente arena del debate político. Sin embargo, acaso encontraréis en ellas ese sabor de la tierra que debe caracterizar las obras americanas. *Peonia* tiende á fotografiar un estado social de mi patria: he querido que la Venezuela que sale del despotismo quede en perfil, siquiera, para enseñanza de las generaciones nuevas.»

No es *Peonia* obra de arte acabada: es un ensayo, pero ensayo que adquiere especial importancia cuando se observan en él dos cosas: primera, Romero García ve el pueblo venezolano con sus propios ojos y procura «fotografarlo» como lo ve; segunda, su estilo, descuidado á menudo, pero siempre personal, no refleja el de ningún novelista europeo. Por lo dicho, *Peonia* es, hasta ahora, la más interesante tentativa de novela vernácula.

Antes que Romero García, se ensayó en la novela Gil Fortoul con la obra intitulada *Julián* y publicada en Leipzig en 1888. (El autor vive en el extranjero desde 1885). Allí se mezclan el naturalismo sensual y la observación psicológica á la manera de Stendhal. La acción se desarrolla en los medios intelectuales de Madrid, y en las descripciones abunda, por consiguiente, la fraseología española. Aquí interesará solamente un detalle, á saber: la teoría del estilo que el protagonista expone en el capítulo V y que consiste en armonizar la más amplia libertad con la corrección absoluta del lenguaje. Escrito eso en 1888 valdrá quizá la pena citar algunas frases. «La manera de escribir depende, en gran parte, de la manera de pensar y sentir en un momento dado, y el carácter de la frase del carácter de la idea que traduce... Existen dos escollos funestos: el uno, aquel en que caen los simples coloristas, cinceladores de joyas microscópicas; el otro, aquel con que tropiezan los puristas intransigentes, que escriben en estilo incoloro é insípido. Nada más árido que los períodos de estos ascetas, ni más ineficaz para conmover ó convencer al lector, que es el fin supremo de cuantos escriben. Las lenguas no deben quedarse nunca inmóviles... Inmovilizarse en el arcaísmo es tan funesto como precipitarse en las vaguedades del romanticismo. Lo primero petrifica el lenguaje; lo otro le convierte en vaporosa quinta esencia.... Si la lengua no es más que el medio de traducir al exterior las ideas, el estilo debe plegarse á los caprichos del pensamiento. ¿No decimos de un buen literato, que escribe fácilmente? Ello

significa que para él no existe la lucha entre la concepción y la palabra, y que éstas, al encontrarse, se abrazan apretadamente como dos cuerpos jóvenes en el primer lecho de amor.... Qué distancia de aquí, de esta corrección admirable, á la hinchazón, á la hojarasca, al estilo lleno de apéndices inútiles, á la costumbre de extraviar la idea en medio de una fraseología chillona y necia.... Libertad absoluta para el pensamiento; pero bridas fuertes para la imaginación loca. Que la frase no llegue nunca al paroxismo; que el período termine en curva armoniosa, como las olas en una playa de pendiente suave. Frases fluidas y lúcidas; períodos que se muevan y palpiten como el cuerpo desnudo de una muchacha virgen después de un beso.... La corrección absoluta del lenguaje triunfando en la infinita variedad de las formas.—Sin embargo, el autor olvidó sus teorías cuando publicó en 1892 otra novela titulada *¿Idilio?* historia de un muchacho venezolano en una aldea de los Andes. Aquí la forma es floja y monótona. *¿Idilio?* parece obra de infancia escrita muchos años antes. Otras publicaciones del mismo autor, *Recuerdos de París* (1887) y *El humo de mi pipa* (1891), intentaron trasplantar al castellano los refinamientos del cuento y de la crónica parisenses.

Por la senda que abriera Romero García en 1890 apareció pronto un novelista copioso, conocido antes como poeta: Gonzalo Picón Febres. *Fidelia* (1893), *Ya es hora* (1895) y *El Sargento Felipe* (1899) son novelas de «costumbres venezolanas», escritas en un lenguaje variado y opulento pero que revela, sobre todo en las dos primeras, la influencia preponderante del novelista español Pereda.

De las novelas de Picón Febres se diferencia la de Gil Fortoul intitulada *Pasiones* (1895), en que se aparta deliberadamente de los escritores españoles y revela antes bien reminiscencias de autores franceses, ingleses y alemanes. Con *Peonia* coincide *Pasiones* en ser una serie de cuadros destinados á estudiar ciertos aspectos de alma nacional; pero el método es diferente: en la primera obra predomina el enredo novelesco y en la otra abundan los diálogos filosóficos. *Peonia* termina con una catástrofe de estilo clásico: *Pasiones* concluye con el anuncio de otra obra de inspiración y propósito socialistas.... propósito que el autor no realizó, prefiriendo desde entonces abandonar la producción puramente literaria para dedicarse á escribir libros de ciencia. La iniciativa revelada en *Pasiones* de algo que pudiera llamarse «literatura social», por el intento de fijarse más en la agrupación que en el individuo, no ha hallado aún continuadores en Venezuela.

La insistencia en citar á los escritores que empezaron á adquirir renombre en 1882 se explica, porque todos, con excepción de López Méndez, viven todavía; porque á ellos les debe en parte la actual generación la libertad de escribir sobre todo género de asuntos; porque algunos de ellos han influido é influyen en los más jóvenes, y finalmente, porque ninguno ha padecido de la epidemia del *decadentismo* afrancesado. Dos signos caracterizan á ese grupo: primero, rompe con las tradiciones académicas, y aun con la tradición neo-clásica, no obstante la admiración de López Méndez por los clásicos del siglo de oro y la de Alvarado por la tendencia de Cecilio Acosta; segundo, es deliberadamente cosmopolita, y de ahí que, en vez de reflejar á una sola escuela extranjera, procure asimilarse de todas ellas lo que parece beneficioso á las letras americanas. Alvarado sabe griego como

(*) Los corifeos de estos movimientos políticos pertenecen también al grupo de los «Amigos del Saber.» En el primero distingúese Lucio Villegas, que nació con el instinto de la sátira, y José de las Mercedes López, batallador impetuoso; y en el segundo, López Méndez, Alejandro Urbaneja, David Lobo, Nicomedes Zuloaga, que reanudan la tradición de la frase cortés y galana en la contienda periodística.

(**) Desgraciadamente la obra capital de Alvarado, *Historia de la revolución federal*, está aún inédita.

José Luis Ramos y latín como Andrés Bello, y habla de corrida, entre otras lenguas modernas, el italiano, el inglés, el francés y el alemán. Gil Fortoul (seguimos el orden alfabético) ha vivido en el extranjero la mayor parte de sus años, y pasa volublemente, en cuerpo y en espíritu, de París á Londres, á Berlín, á Viena, á Roma, á Madrid, á Nueva York, á Caracas. López Méndez, que murió en Bruselas, leía á diario á Macaulay y á Emerson y traducía á Longfellow, pero estudiaba con no menor entusiasmo á los franceses é italianos. Picon Febres tendió ya á desligarse de la influencia de Pereda en su última obra, *El Sargento Felipe*, y parece acercarse á lo que será probablemente en lo venidero el vocabulario de la novela venezolana. Zumeta sigue en Nueva York las varias corrientes de la vida intelectual, enriqueciendo á la vez su entendimiento y su estilo.....

Reseñados así los orígenes y antecedentes literarios, y entre las tendencias de la última década la que pudiera llamarse «cosmopolita», es preciso hacer dos advertencias antes de seguir contestando á las preguntas del certamen. Es la primera, que cuando se trata del movimiento literario en un período determinado, no sería justo segregarlo por completo de los períodos anteriores, porque en cada uno de ellos hubo grandes escritores que, por el solo hecho de serlo, continúan ejerciendo influencia más ó menos profunda, y porque todas las revoluciones y reacciones son, como se dijo al principio, ó lucha de tendencias ó su resultado. Realmente, en la literatura nada es absolutamente nuevo ni absolutamente viejo. Ejemplo: ciertas peculiaridades del decadentismo son tan antiguas como el gongorismo. De suerte que los períodos se distinguen antes que en los pormenores en su aspecto más general, y de ahí que los calificativos—período clásico, período romántico, período neo-clásico, período decadente, etc.,—no sean exactos sino con relación al mayor ó menor auge de una de las tendencias coexistentes.

La segunda advertencia indispensable es, que en pocas páginas no será posible citar á todos los autores ni todas las obras de la última década. No se trata aquí de escribir historia sino de echar una ojeada rápida sobre los puntos salientes. Mencionaremos, pues, los nombres más conocidos, sin que ello signifique la creencia de que otros no mencionados sean menos dignos de simpática atención, y señalaremos las obras que por cualquier circunstancia sean características de las tendencias actuales, sin que ello pruebe que esas obras sean más viables, más duraderas que otras. Sucede á veces en la literatura, que cierta página de breve opúsculo y algún poemita perdido en los periódicos aparecen después consagrados para siempre en las antologías, en tanto que gruesos volúmenes, ruidosos y relampagueantes al nacer, caen en el olvido cuando pasa la moda que los produjo. La selección la hace el gusto de las generaciones y la confirma lentamente el tiempo.....

La tendencia académica, clásica ó conservadora no desaparece nunca por completo en ningún país. En Venezuela la representa la Academia de la lengua, correspondiente de la Real Española. Toda Academia de la lengua ha de ser, por su constitución misma, conservadora, porque propónese mantener limpio el idioma, sin aceptar las voces, frases y giros que chocan con la tradición, antes de verlos consagrados por el uso común. Fuera, sin embargo, excesivo decir que la Academia venezolana ha permanecido estacionaria ó que se ha resignado á ser simple sucursal de la de Madrid.

Es verdad que cuando se instaló, bajo el gobierno de la Autocracia, se observó un movimiento reaccionario, al menos en los discursos de entrada de sus nuevos miembros y en los escritos de los que pretendían ingresar en ella; pero, andando el tiempo se ha notado un progreso considerable, hasta donde es compatible con su institución. Averiguar si la Academia sería más útil á la literatura nacional convirtiéndose en cuerpo autónomo, sin lazos de sujeción á la Española, es problema extraño al presente estudio. Sépase solamente que ella envía á menudo á Madrid largos informes sobre materia filológica y gramatical, y circunstancia más interesante, aboga por el derecho de entrada al Diccionario de palabras y locuciones genuinamente americanas.

En la crítica gramatical distingúense los eruditos humanistas Ricardo Ovidio Limardo, Julio Calcaño, Pedro Arismendi Brito, Francisco Pimentel, Pedro Fortoult Hurtado y Pedro Montesinos, en quienes los autores de España no ejercen influencia exclusiva ni aun preponderante. Nótese, al contrario, que siguen el movimiento liberal iniciado por Andrés Bello y completado por el colombiano Rufino Cuervo. La América tiene la gloria de haber producido con ambos autores, á cuyos nombres es equitativo añadir el de Baralt—no obstante la intranquencia del *Diccionario de galicismos*—las mayores autoridades castellanas en asuntos gramaticales.

Otra tendencia que pudiéramos llamar «modernista» se inspira especialmente en la literatura francesa. El poeta Jacinto Gutiérrez Coll se afilió temprano á la escuela parnasiana. De José María de Heredia tomó la constante predilección del soneto, y de todo el grupo del *Parnaso* el gusto del epíteto selecto y de la rima opulentamente rica. En las poesías de Gutiérrez Coll se ven mejor que en las de ningún otro venezolano los méritos y defectos de la escuela. Entre los defectos, tal vez sea el mayor el frecuente sacrificio de la inspiración, del fondo poético, á las exigencias amaneradas de la forma.

El movimiento de reacción que se produjo en Francia contra la escuela parnasiana, en lo relativo á la poesía, y en lo referente á la prosa contra el «naturalismo» del grupo de Médán, halló pronto eco simpático en toda la América latina, y las sectas parisienses llamadas *decadentismo*, *simbolismo*, *impresionismo*, etc., convirtieron á sus reglas y manías numerosísimos jóvenes de lengua española.

Lo que sucede en la religión con los neófitos, que exageran el culto de su nuevo credo, suele acontecer también en la literatura con los imitadores, que tienden á asimilarse antes los defectos del modelo que sus buenas cualidades. Los decadentes americanos reprodujeron, sobre todo, lo malo. Las mejores poesías de Verlaine (*Poèmes saturniens*, *La Bonne Chanson*) influyeron menos que las de su manera enfermiza (*Jadis et Naguère*, *Parallèlement*, etc.). Las que huelen á alcohol de taberna y á ácido fénico de hospital fueron, por lo mismo, las más leídas. De Baudelaire, el gran precursor, se tomó especialmente la neurosis. De Mallarmé, la oscuridad. De Montesquieu-Fezensac, el *dilettantismo* extremadamente sutil. De los innumerables jefes de escuela y pontífices del Barrio Latino (Vielé Griffin, Tailhade, Moreas antes de su conversión, etc.) y de algunos *fumistes* de Montmartre, el alambicamiento junto con la manía inocente ó cándida de *épater le bourgeois*. Ello, lo mismo en la poesía que en la prosa. El cuento corto, que con arte

tan refinado cultivaron en el *Gil Blas* de la primera época Teodoro de Bauville, Villiers de l'Isle-Adam, Pablo Arène. Cátulo Mendés, Gny de Maupassant, y la crónica parisiense, ligera y alada como la mariposa, que en la misma época perfeccionaron Enrique Rochefort cuando firmaba *Grimsey* y Enrique Fouquier con el seudónimo de *Colombine*, transformáronse, así en París como en Ultramar, en articulitos que más parecen pin-torreos que escritos. El tintero se convirtió en paleta, la pluma se tornó pincel; paleta donde se dispusieron los colores sin otro propósito que producir un efecto raro, imaginado, soñado ó imposible en la naturaleza, y pincel que diríase movido en esfera extrahumana por duendes ebrios ó locos. A tal punto llegó el delirio que, leyendo ciertas cosas, ocurre preguntar si se escribe de veras ó de burlas. Palabras arcaicas rebuscadas en el Diccionario; voces raras, mal traducidas de otra lengua; giros tortuosos, inventados por pereza de rastrear en los clásicos, ó si no en boca de la multitud, el giro natural; profusión de galas retóricas, que ocultan por completo la idea, cuando existe; hojarasca exuberante, que no tiene siquiera la excusa de la plétora de vida que se impacienta en el follaje tropical, porque la tal hojarasca es postiza; lo indeciso, lo crepuscular, lo indeterminado;

Car nous voulons la Nuance encor,
Pas la Couleur, rien que la nuance!

mujeres monstruosas, á cuya confección concurren todas las cosas del cielo y de la tierra barajadas adrede en un acceso de enagenación mental; hombres de ningún país y de ninguna época, que se diría traídos de algún astro invisible; el espectáculo del universo, visto al revés; la campaña en primavera, azul; el cielo de la mañana, verde; soles negros, noches blancas, como supremo simbolismo;

Ma main vous bénit petites
Mouches de mes soleils noirs
Et de mes nuits blanches..... [8]

las hojas cantan, las aves murmulan, los arroyos imprecán, las flores sorlozan, las peñas gritan, las paredes sueñan, la lumbre causa frío,..... por último el empeño pueril de remedar ante la muchedumbre ignorante la divina actitud de Apolo citaredo, del dios de la armonía, sin pensar que toda belleza destinada á los ojos ó al oído empieza con la palabra, la línea y el sonido rigurosamente exactos y termina en el conjunto resplandeciente, en la eunitia perfecta.

Con el decadentismo, aberración comprensible en cierto medio parisiense, pero absolutamente exótica en el medio americano, coincidió la manía del *helenismo*. Por griegos, y aun atenienses, pretendieron pasar muchedumbre de poetas y prosistas que llenaban páginas y libros con nombres tomados de antologías y diccionarios. No fue siquiera imitación de los modelos griegos, porque la mayoría de los «neo-elenos» no revela conocer la lengua melodiosa, clara y refulgente del Ática. Fué imitación de otra imitación, imitación del francés.

Un crítico perspicaz, Pedro-Emilio Coll, escribe: «Lo que nosotros llamamos nuestro «paganismo» puede no sea, por lo regular, sino nuestra sensualidad, y la parte menos depurada de nuestros instintos, que el medio contribuye á desarrollar.» Acaso sea verdad en contados casos, pero en la generalidad el «paganismo» ó «helenismo», que son aquí igual cosa, se reduce á un reflejo pálido, á una imitación superficial, sin ningun-

[8] Estos versos son de Verlaine, quien, hallándose enfermo en un hospital, podía acaso referirse en su lengua á noches blancas porque las pasaba sin dormir, y aun por antítesis á soles negros; pero todo eso se imitó disparatadamente en castellano.

na de las cualidades intrínsecas del modelo. Los griegos clásicos, y sus continuadores en Roma, estimaron sobre todo la salud del cuerpo y del alma, el contorno armonioso, la curva limpia y luciente, y nuestros «neos» se complacen en lo enfermizo, en lo oscuro, en lo contrahecho. Sin embargo, para no refirir con el crítico citado diremos que un pueblo de escasa cultura puede parecerse en algo á los paganos de la decadencia y que por eso se ha imitado á los «helenistas» franceses menos recomendables: nunca á los griegos del Atica, ni á los paganos Lucrecio ó Virgilio, Cicerón ó Tácito. Aun hablando de franceses enamorados de la belleza griega, no es en América donde ha fundado escuela la apolínea *Prière sur l'Acropole* de Renán, ni tiene allí discípulos Anatolio France, cuya lengua purísima y clara como arroyo alpino refleja á menudo el estilo ático.

Por fortuna, fue una pesadilla que ya va pasando, lo mismo en Francia que en América. Existen todavía decadentes que confunden todas las artes, la pintura con la música, la poesía con la escultura, el sonido con la luz, la palabra con el dibujo, el delirio con la belleza, el buen sentido con el disparate; pero el buen sentido y la belleza vuelven á imponerse, reinan de nuevo.

Los más notables escritores venezolanos de la actual generación escriben para ser leídos sin necesidad de un angur que los explique é interprete. No vamos á formular juicios detallados, aunque es lástima verse uno obligado á dejar en el tintero tanto aplauso como se quisiera tributar. Trátase aquí únicamente de decir qué autores extranjeros influyen poco ó mucho.

Manuel Díaz Rodríguez, que tan mercedos triunfos alcanzó con sus primeras obras (impresiones de viaje y cuentos), en las cuales empleó magistralmente lo que los modernistas franceses llaman «escritura artística,» revela á menudo en sus dos novelas (*Idolos Rotos* y *Sangre Patricia*) la influencia de Gabriel D'Annunzio. Páginas enteras de *Sangre Patricia* recuerdan, por el estilo, otras páginas de *Il Fuoco*, —aunque es justo advertir que algunas coincidencias se explican por la semejanza de temperamento y por las lecturas francesas comunes de ambos autores.

En la novela sobresalen también Rafael Cabrera Malo y Pedro César Domínici. La *Mimí* del primero, á pesar del título francés y de la influencia que en ella se nota de los modernistas parisienses, es, por los personajes y las descripciones, un ensayo interesante de novela venezolana, ensayo que tal vez quede oscurecido por la mayor originalidad de la otra novela intitulada *La Guerra*, que el autor conserva inédita, pero cuyo plan conocemos. En Domínici (*El Triunfo del Ideal*) se observan combinadas influencias francesas é italianas: la de Bourget (el de *Mensonges* y *Cruelle Enigme*) y la de D'Annunzio (el de *Il Piacere* é *Il Trionfo della Morte*).

De Andrés Vigas se leen de vez en cuando en los periódicos relatos nacionales cortos, que valen libros. El último es un episodio de la guerra civil, sobriamente escrito á la manera de Maupassant.

Los poetas Andrés Mata y Gabriel Muñoz, contaminados en sus mocedades del «helenismo» á la francesa, supieron luego cantar sus propias canciones, y con Pimentel Coronel, Racamonde, Duzán, Fernández García y otros jóvenes que se ensayan en la poesía moderna, forman brillantes pléyades que enriquecerán la antología venezolana.

Rufino Blanco Fombona, que en sus estrenos adoró á Baudelaire y á Verlaine escribiendo versos enfermizos, aunque siempre bellos, apareció recientemente en toda



DESPUES DEL BAÑO — Cuadro de L. Perrault

la fuerza de su personalidad con su libro en prosa titulado *Más allá de los horizontes* y con sus críticas literarias publicadas en *La Revue* (París).

Los corifeos de la nueva crítica son el mismo Blanco Fombona y Pedro-Emilio Coll. Aquél, erudito en varias lenguas, dotado de sensibilidad delicadísima, escoge cuidadosamente sus frases y las caldea con el fuego de su temperamento batallador. Es realmente un adalid de la belleza intelectual, y en ocasiones hace recordar al inglés Shelley.

Coll, estilista menos complicado, lee sin duda con frecuencia á Renán, á juzgar por cierto escepticismo irónico y elegante, y acaso también á Ruskin, si nos fijamos en la preocupación de hermanar la crítica de arte con la crítica sociológica. Si los escritos de Coll no fuesen casi siempre tan cortos, tan condensados, diríamos además que se acuerda igualmente de Sainte-Beuve, porque cada vez que examina un libro apunta algún por-

menor característico de la vida del autor. Es lástima que no insista más en esa tendencia de crítica sugestiva, para la cual revelau también singular aptitud Antonio Ramón Alvarez y Angel César Rivas.

Miguel Eduardo Pardo es novelista y cronista. Su novela *Todo un pueblo* (titulada después *Villabrava* en la segunda edición) pudiera llevar por subtítulo el de «sátira de costumbres caraqueñas,» así es de punzante la observación y de amargo el lenguaje. Apuntemos las dos únicas cosas que atañen al presente estudio: la una es que, aun escribiendo novelas Pardo aparece con todas sus cualidades de cronista, y la otra, que en su estilo se ve, clara y distinta, la influencia de los cronistas madrileños de quienes fue compañero y émulo por muchos años. Pero Pardo vive y escribe ahora en París, y allí va limpiando su estilo é imprimiéndole sello personal, con tan buen éxito que acaso no

existan en Venezuela ojos de mirada más rápida ni pluma más ágil para descubrir y fijar la parte más interesante del calidoscopio que forman los sucesos del día.

Dos tendencias literarias de la última década se singularizan por la preocupación de evitar el influjo de escritores extranjeros modernos. El movimiento llamado «eriolismo», que como lo indica el término aspira á tratar siempre en lenguaje venezolano asuntos venezolanos, lo representa especialmente Urbaneja Achelpoll (*En este país*), prosista de vocabulario copioso y observador atento del medio social. La otra tendencia, que cuenta entre sus precursores á Daniel Mendoza, Jesús María Sistiaga, Bollet Peraza, Tosta García y Francisco de Sales Pérez, propónese renovar el género de «costumbres», y distingúense en ella Eugenio Méndez y Mendoza, Miguel Már-mol, Rafael Bolívar y Tulio Febres Corde-ro. Lo mismo los «eriolistas» que los «costumbristas» se han mantenido, en su mayoría, incontaminados del decadentismo francés, y emplean un estilo claro y castizo,—no exento, sin embargo, de cierta monotonía, que se convertirá quizás en rica variedad cuando estudien con mirada más penetrante la evolución anterior y el estado actual de la sociedad venezolana.

En la oratoria político-literaria se han distinguido, entre otros, Alejandro Urbaneja, Claudio Bruzual Serra, Tomás Már-mol, Rafael Cabrera Malo, Eloy González, Jacinto López, si bien en ocasiones con ecos de la pompa hiperbólica que prevaleció en el período de la Autocracia, y que es, por otra parte, tradicional en la elocuencia castellana. El discurso sin pretensión declamatoria, con propósitos especiales de propaganda y en el que se matizan las ideas con la ironía y la agudeza (género compuesto de la *conférence* y *cause-rie* de los franceses y la *lecture* de los ingleses), pretendió implantarlo Gil Fortoul desde 1884, en Barquisimeto, é insistió sobre lo mismo en la Universidad de Caracas en 1898; pero este género, bueno ó malo, no ha encontrado todavía prosélitos notables.....

¿Ha sido beneficiosa la influencia de los escritores y escuelas del extranjero? Creemos que sí; pero lo creemos con restricciones y con los reparos esenciales que se van á indicar.

En primer término, ninguna escuela literaria es absolutamente desdeñable ni absolutamente corruptora del buen gusto, porque en todas, aun en las condenadas á aparecer como simples modas, suelen figurar grandes entendimientos que producen obras maestras ú obras bellas. Y toda belleza es prestigiosa. El modernismo francés produjo á más de un artista digno de gloria perdurable. Por desgracia, en América se imitó preferentemente el proceder, la manía, lo perecedero, y además, ejercieron mayor influencia, por lo común, los autores menos originales. Influyeron sobre todo los de imaginación más desordenada y lenguaje menos puro. Cosa explicable, en suma, porque hablaban á la inteligencia hispano-americana, que propende aún á la exaltación, y eran por lo mismo más fáciles de imitar.

La turba (hay turba literaria como hay turba popular) imita á ciegas y sin medida. Prueba de debilidad ó pereza intelectual, porque si la paciencia es cualidad característica del genio creador, la tenacidad en corregir y limpiar el estilo es signo distintivo del escritor que perdura, y la prontitud en asimilarse irreflexivamente el lenguaje de los demás diferencia á los débiles de los fuertes..... Pasemos. Los entendi-

mientos mejor dotados para el arte—ya citamos arriba muchos nombres—comprendieron en tiempo que si continuaban por aquel camino se extraviarían para siempre. Hoy se nota un movimiento de reacción.

Si es verdad que la imitación «decadente» llegó en la turba, no sólo á convertirse en caricatura sino también á corromper el estilo y aun á descoyuntar por completo la sintaxis, en cambio la circunstancia de haber la moda obligado á la turba á familiarizarse con escritos de otra literatura más rica, contribuyó en parte á refinar la sensibilidad y á hacer el lenguaje habitual así no más preciso al menos más variado, y no tan apegado como en los tiempos del clasicismo á las formas exclusivamente españolas.

Alguien ha dicho que en América se está formando un *neo-castellano*, á causa de la independencia que en materia de estilo revelan los americanos respecto de sus progenitores los españoles. Si por neo-castellano se entiende otra lengua ó dialecto autónomo que rompa en absoluto con las tradiciones de la lengua madre, la observación es inexacta, á pesar de cierta peculiaridad de la República Argentina—que mencionaremos después; y en todo caso, si tal fenómeno ha de realizarse, no será antes de que los elementos de otra raza logren suplantarse en número y poder á la actual población americana. En cambio, si lo que se ha querido decir es que la lengua progresa ó se modifica más rápidamente en Ultramar que en la Península, el hecho es evidente, y tanto, que las modas de la literatura se propagan y desaparecen ahora en América antes que en España. La imitación del decadentismo francés va pasando en América, mientras que la nueva generación española comienza en la actualidad á apasionarse por ella. Léase si no la Revista madrileña titulada *Helios*, donde un grupo de jóvenes abre capilla al culto de los más excéntricos impresionistas y coloristas de París. (*)

Volviendo á nuestro asunto conviene apuntar que cuando se afirmó arriba que la influencia de los modernistas franceses ha sido beneficiosa en cierto sentido—siquiera en darle más variedad y quizás riqueza al estilo—no se quiso decir que todas las obras en que se nota tal influencia merezcan ser citadas como modelos de un arte nuevo y viable. Si nuestro propósito fuese escribir crítica propiamente dicha, en vez de reseñar tendencias ó movimientos literarios, procuraríamos examinar qué obras servirán sólo para caracterizar un período y cuáles tienen probabilidades de durar. A propósito se nos viene á la memoria cierto pasaje de Ruskin. Divide él los libros en dos clases: libros del momento y libros de siempre; buenos libros para el momento y buenos libros para siempre. Aquí diremos que la imitación francesa produjo libros de ambas clases, y que algunos son buenos libros del momento porque sirven para estudiar en detalle una moda literaria, y otros son buenos libros para siempre porque, á pesar de apéndices pegadizos, sus autores dejaron en ellos altos pensamientos expresados en forma artística. No todos—es justo repetirlo—imitaron á ciegas. Los hubo que siguieron el ejemplo de Bello cuando imitó á Víctor Hugo para cantar la incomparable

(*) Con lo que no pretendemos desdeñar el fino ingenio que derrochan allí Juan R. Jiménez, Angel Guerra, Manuel Machado, etc. Es antes bien el deseo cariñoso de verles pronto cultivando otras flores en ese rico suelo español, que con el de Inglaterra produjo las dos literaturas europeas más originales.

Oración por todos, la cual, no obstante su origen, brillará siempre en el florilegio castellano, y otros recordaron á Pérez Bonalde, quien traduciendo á Heine supo añadir á la belleza intrínseca del original alemán la belleza no menos pura de la lengua española perfecta.....

Dijimos que la mayor influencia extranjera durante la última década ha sido la de los escritores franceses contemporáneos, mas advertimos de paso que Anatolio France, acaso el prosador más puro y elegante desde que murió Renán, no tiene en Venezuela imitadores ni discípulos. Lo propio sucede con Mæterlinck (el de la segunda manera), filósofo y estilista consumado, escritor de genio. De Huysmans se imitó el sensualismo refinado que con tan opulento estilo triunfa en *A rebours*, pero no la tendencia mística de sus últimas obras. De los hermanos Goncourt se tomó la minuciosidad del *Journal*, sin la erudición de sus estudios sobre la sociedad del siglo XVIII ni el naturalismo artístico de sus novelas. De Bourget y de Barrés (primeras obras), el método psicológico iniciado por Stendhal (*Le Rouge et le Noir*, *L'Amour*, etc.) y Benjamín Constant (*Adolphe* y *Journé*), método que amplió después Taine aplicándolo á la historia; pero nótese que Bourget y Barrés no llegaron nunca á igualar el arte original de sus predecesores. De Pedro Louys se imitó y á veces se copió, no el lenguaje, que es sobrio y cristalino, pero sí el «helenismo» de segunda mano.

Quedaría incompleta esta parte del presente estudio si no aludiésemos también á otros escritores extranjeros, aunque no sea sino para observar que su influencia es indirecta ó nula.

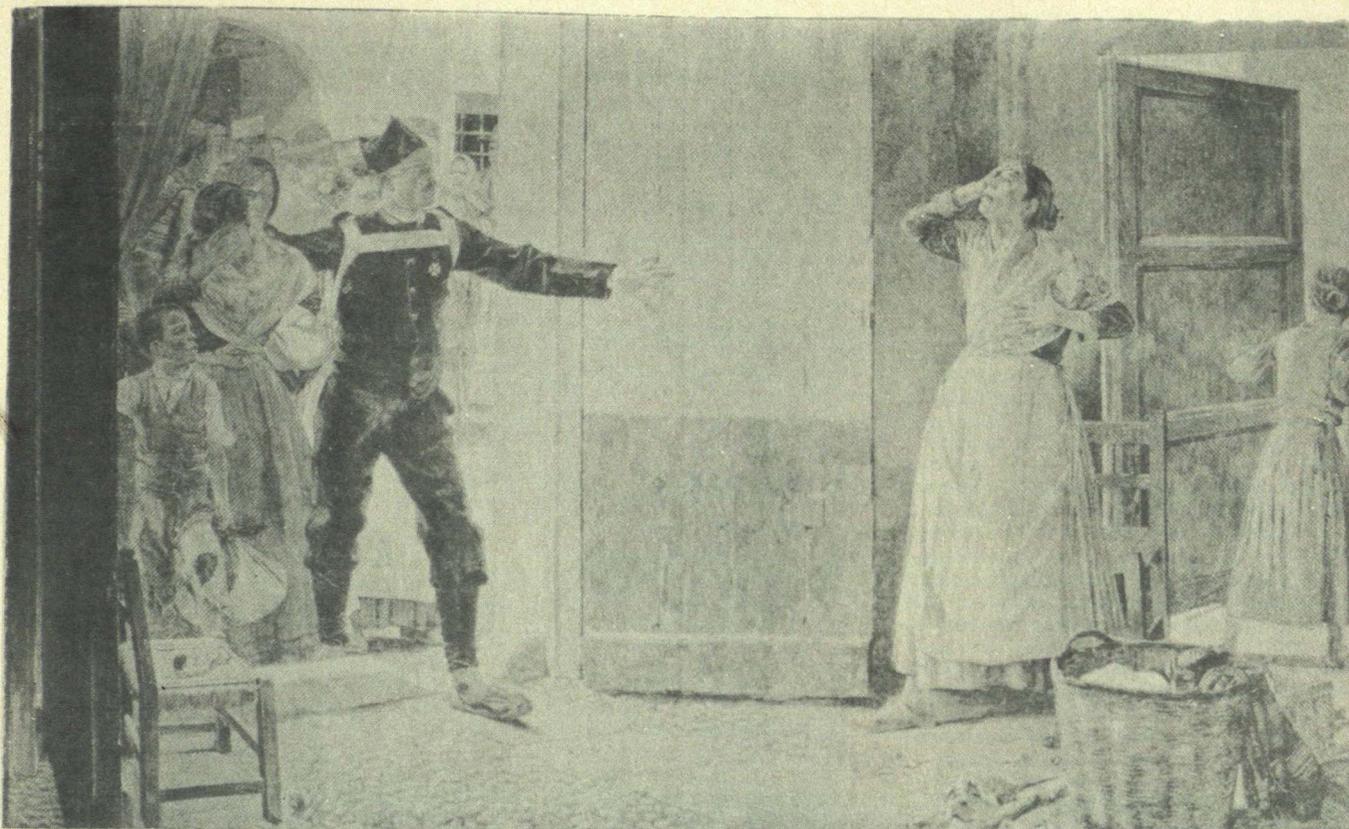
Si el italiano D'Annunzio influye en novelistas como Díaz Rodríguez, Domínic y algún otro, es el D'Annunzio de las novelas, que empezó inspirándose en la escuela francesa y no ha desembarazado aún su personalidad de modas trasalpinas. D'Annunzio es más original como poeta y dramaturgo, y su influencia en la poesía venezolana no es por ahora visible. Lo propio sucede respecto del adorable Juan Páscoli de los *Poemetti* y *Mprice*, y del ilustre Josué Carducci, sobre todo el de las *Odas bárbaras*. [**] José Verga ha influido sin duda en más de un escritor de cuentos ó novelas cortas. Antonio Fogazzaro y Matilde Serao no tienen discípulos.

Del polaco Sienkiewicz, autor de *Quo Vadis*, se admira é imita el personaje de Petronio (mezcla de reconstrucción histórica y de invención arbitraria), y eso por la aberración «paganá» de que se habló antes.

La influencia germánica es casi nula (no obstante el ejemplo que diera Pérez Bonalde con sus incomparables traducciones), acaso porque la lengua alemana es todavía poco conocida. En las Revistas se ha citado mucho á Nietzsche, y se cita de vez en cuando á los dramaturgos de la nueva escuela, Hauptmann, Sudermann, etc.; pero el tono de esas citas induce á pensar que se trata de versiones francesas.

Dígase lo mismo de los escandinavos Ibsen, Strindberg, Bjørnson, etc., y añádase que el teatro venezolano apenas existe, no siendo, por consiguiente, perceptible la influencia de ningún dramaturgo extranjero.

[**] Francisco Davegno, italiano, que pasó en Venezuela la mayor parte de su juventud y escribe galanamente el español, fue el primero en dar á conocer las *Odas* traduciendo una que otra. Manuel Revenga tiene inédita una versión completa en prosa y Juan Bautista Calcaño y Paniza ha publicado algunas en verso.



VUELVE CIEGO! — Cuadro de A. P. Rubis

Tolstoi y Gorki, sin hablar de los rusos clásicos, son muy leídos; pero no se nota que el «humanitarismo» apostólico del primero ni el realismo del segundo dejen huella profunda en los entendimientos venezolanos. Las recientes novelas históricas de Merejowsky empiezan ahora á circular de mano en mano.

Como con los ingleses, sucede algo análogo con los alemanes, no obstante ser el inglés la lengua más conocida después del francés. En la ciencia y en la filosofía han influido poderosamente Darwin y Spencer; pero en las letras apenas se nota la influencia del crítico original y estilista incomparable Ruskin. Tampoco influye Rudyard Kipling, el delicioso Kipling de las *Jungle Stories*, más artista aquí que en sus poemas «imperialistas», ni recordamos una sola imitación del gran poeta Swinburne ó del gran novelista Meredith.

Entre los norte-americanos el más leído es todavía Longfellow, no tanto Emerson ni Hawthorne, poco Whitman, menos aún los ironistas de la escuela de Mark Twain, y quizás nada el brillante grupo de los novelistas y «ensayistas» modernos.

En suma, y hablando en términos generales, Venezuela está viendo las literaturas extranjeras con anteojos franceses. Lo cual ha sido un bien relativo, porque la lengua francesa es todavía la más culta y porque su índole choca menos con el castellano que la del inglés y el alemán; pero desde otro punto de vista ha sido un mal, porque así en las letras como en la ciencia, y lo mismo en el comercio que en las artes industriales, es preferible por ahora la variedad de influencias extranjeras, variedad que tendería á conservar ilesa nuestra nacionalidad por consecuencia del mismo esfuerzo antagónico de los países influyentes. Las letras ejercen una función so-

cial, y si los espíritus venezolanos se preocupasen á un tiempo con todo lo que se piensa y crea en París, en Londres, en Berlín, en Roma, en Madrid y en Nueva York, abrirían nuevos horizontes, sin peligro alguno, á todas las actividades nacionales.....

Descartada la influencia extranjera que se mencionó antes, ¿qué habría sido más conveniente para las letras patrias? Distingamos. Entre ninguna influencia extranjera y la influencia casi exclusiva de la literatura francesa, fue mejor lo último, porque el aislamiento sistemático es síntoma de decadencia en las letras y en las naciones: la civilización es cosa internacional, solidaria y benéfica contagiosa. Sin duda, á la exageración de las escuelas decadentes, simbolistas, impresionistas, etc., hubiera sido preferible el influjo de otros escritores franceses (Flaubert, Taine, Renán, Maupassant, France, etc.); pero las modas son como las epidemias, y la moda de ayer invadió los dos tercios de Francia y media Europa y más de media América. Por último, conveniente hubiera sido que con la imitación del extranjero coincidiese el estudio atento de los modelos nacionales y la comprensión más amplia de las tradiciones patrias. Que lo bueno de afuera no ha de relegar al olvido lo bueno aunque viejo de la propia casa, ni hay revolución literaria que logre realizarse con el carácter de benéfica si rompe en absoluto con las tradiciones del medio, las cuales, así en la política como en las letras, son base indispensable del edificio nuevo. Las obras de Bello, Baralt, González, Toro, Acosta, Calcaño, Bonalde, descontando sus defectos circunstanciales, son timbre y gloria no menores que los de otras literaturas más conocidas. Y es lamentable que los modernistas (hablamos siempre de la tur-

ba) desdeñaran á sus antepasados como indignos de influir sobre sus arrolladores ímpetus de revolución afrancesada.

Bueno también hubiera sido que cuando tantos entendimientos jóvenes empleaban y á veces malgastaban sus fuerzas en reproducir en Caracas las agitaciones intelectuales de París, muchos más dedicaran las suyas á describirnos en lenguaje original las costumbres patrias y á pintarnos con colores apropiados el paisaje nacional. Los promovedores del «criollismo», los «costumbristas» y uno que otro novelista intentaron hacerlo; pero la tendencia de los dos primeros grupos permanece aún en su período inicial, y la mayoría de los novelistas y cuentistas habló de personajes y cosas locales con vocabulario y estilo exóticos. Parece increíble que en una capital como Caracas, donde pulularon siempre los poetas, apenas unos pocos, y esos de prisa, se hayan inspirado en los bellísimos paisajes del Avila ni en la risueña sucesión de sitios deleitosos que va desde Catuche hasta Petare. Allí mismo pudieron oír la voz de los maestros. Bello y Toro cantaron al Anaco, si bien en forma puramente clásica española. Pérez Bonalde con su *Vuelta á la patria*, Acosta con su *Casita blanca*, Domingo Ramón Hernández con su *Arrullo de las palomas*, Francisco Guaicaipuro Pardo con sus *Fragmentos de poemas indios*, y algún otro, señalaron el buen camino. A pesar de todo escasean aún las descripciones exactas, sentidas y artísticas de la naturaleza venezolana, la cual, desde que murió Bello, está esperando á su Virgilio.

Dueño ya el arte nacional de un lenguaje numeroso y culto, en el que pueden verse junto con el oro puro de los clásicos españoles las joyas finamente trabajadas por los clásicos venezolanos y las piedras preciosas que los modernistas han traído de

otras lenguas, ¿qué va á ponerse dentro de ese molde nuevo?

Antes de aventurarnos en la profecía hay que contestar á otra pregunta. «¿En qué concepto se tiene la literatura venezolana, respecto á la literatura de los países hispano-americanos?»

Si pudiéramos reseñar aquí la historia de cada uno de esos países, veríanse diferencias en el desenvolvimiento de las escuelas literarias; pero diferencias casi exclusivamente cronológicas. En unos países el movimiento romántico empezó antes, y en otros la tendencia modernista fue más rápida. Esto, sin embargo, no es esencial. Puede decirse que la América latina forma aún, con ligeras discrepancias aquí y allí, una sola nacionalidad literaria, ó tiene, según observa perspicazmente Blanco Fombona, «un alma común.» (*) El clásico Montalvo del Ecuador y el clásico Acosta de Venezuela hubieran trocado sin ganancia ni pérdida los lugares en que nacieron.

La raza es en el fondo la misma, mezcla de españoles, indios y negros, aunque no en igual proporción donde quiera: las diferencias de clima, aunque existen, no son tales que modifiquen considerablemente el carácter de la población (el argentino progresó antes que el colombiano, no por estar más lejos del Ecuador sino porque se mezcló más con el europeo): la historia política es la misma,—salvo una variante circunstancial en Chile,—lucha entre las aspiraciones democráticas y la necesidad ó fatalidad de la autocracia y la dictadura; y la historia literaria en todas partes tiene en unos períodos el tinte predominante del clasicismo español y presenta en otros, los más recientes, la influencia de la literatura francesa.

Dos ó tres observaciones demostrarán en qué consisten las diferencias que no son exclusivamente cronológicas.

Chile, que tuvo por maestro intelectual al venezolano Andrés Bello, reveló desde sus comienzos cierta lentitud en el movimiento revolucionario. La literatura de imaginación y la tendencia declaratoria conmovieron menos el espíritu chileno,—quizás, en parte, por la influencia inmediata del maestro. Hoy se nota aún allí el gusto acentuado por la especulación científica y las averiguaciones históricas. En el carácter conservador de los chilenos tuvieron grande influjo una circunstancia étnica y otra político-social. El elemento negro, factor de hondas turbaciones en América, es insignificante en Chile comparado con el mismo en la población de las regiones intertropicales; y además, Chile mantuvo por más tiempo que ninguna otra República el régimen oligárquico, matizándolo con el parlamentarismo á la inglesa, lo que le libró en muchas ocasiones de la guerra civil y de la dictadura. Así como su gobierno, por considerarse estable, se preocupó más con problemas económicos que con doctrinas puramente políticas, así sus letras, por creerse bien encaminadas, conservaron hasta años recientes la disciplina á que las sometiera su clásico fundador.

En México, la vecindad de los Estados Unidos está desarrollando rápidamente el influjo anglo-sajón, y la paz social, impuesta por la autocracia durante el último tercio de siglo (compromisos hechos: no discutimos), permite

conjeturar que la vida intelectual adquirirá pronto allí caracteres que la diferencien de las Repúblicas hermanas.

En la República Argentina se notan dos factores especiales de transformación, á saber: el número considerable de inmigrados italianos y el empleo de capitales ingleses. Ambos factores, el uno con la contribución de gente extraña á la lengua nacional y el otro con la de nuevas ideas económicas, tendieron á corromper el castellano, á tal extremo que hubo temores de verle convertido en dialecto autónomo. El vocabulario de la prensa política y aun el de los libros científicos y literarios pareció á menudo combinación arbitraria é inconsciente de español, inglés é italiano, con su inevitable aditamento de galicismos y provincialismos. ¿Cuál será el porvenir del castellano en la República Argentina? Depende en gran parte del criterio que adopten los escritores prestigiosos. Hoy revelan mayor cuidado que hace diez años en la selección de las voces y en castigar el estilo.

Las cinco Repúblicas fundadas por Bolívar y las de Centro-América, cuya historia social y política es la más turbulenta de todo el Continente, no han puesto empeño en acrecer su escasa población con el exceso de la europea, error capital que no se compensa con el hecho de haber podido conservar así menos mezclada la lengua madre. La turbación que al principio hubiera causado en el idioma el elemento extranjero habría sido un mal relativo y pasajero (como en los Estados Unidos con el inglés), en todo caso un mal corregible, mientras que la falta de población es motivo determinante de irreparables desventuras... Sea lo que fuere, el castellano que se habla en esta parte de América (salvo ciertos vicios de pronunciación, no de sintaxis) y el que se escribe á pesar de la epidemia decadente, mántiense aún notablemente puro y no le cede en corrección al de España.

La contribución de Venezuela á la literatura hispano-americana es copiosa, variada y rica; mas no se distingue aún con caracteres esenciales del movimiento literario que se observa desde México hasta Buenos Aires y Santiago. Que Rubén Darío nació en Nicaragua (citamos nombres al azar de la memoria), Rodó en el Uruguay, Casal en Cuba, Vargas Vila en Colombia, Díaz Rodríguez en Venezuela, se sabe por las noticias biográficas; pero ninguno de ellos pertenece, hasta ahora, más á su patria que á toda la América latina. Lo que no significa, claro está, que cada nacionalidad americana no pueda distinguirse de las demás, en el porvenir, por sus producciones literarias,—aunque hoy es evidente que tal diferenciación no se realizará sino cuando estos países sean ya fuertes por el número de sus habitantes y poderosos por su riqueza, cuando sean, en una palabra, grandes centros de civilización. Unicamente de condiciones sociales y económicas nuevas vendrán nuevos y autónomos florecimientos literarios...

Profetizar el desenvolvimiento probable que tendrá en los diez años venideros la literatura venezolana, es empeño harto difícil, porque los movimientos literarios, aunque no suelen ser bruscos ni inesperados, dependen de muchas circunstancias variables. Sin embargo, la enseñanza del pasado y las tendencias del presente permiten siempre formular conjeturas más ó menos plausibles.

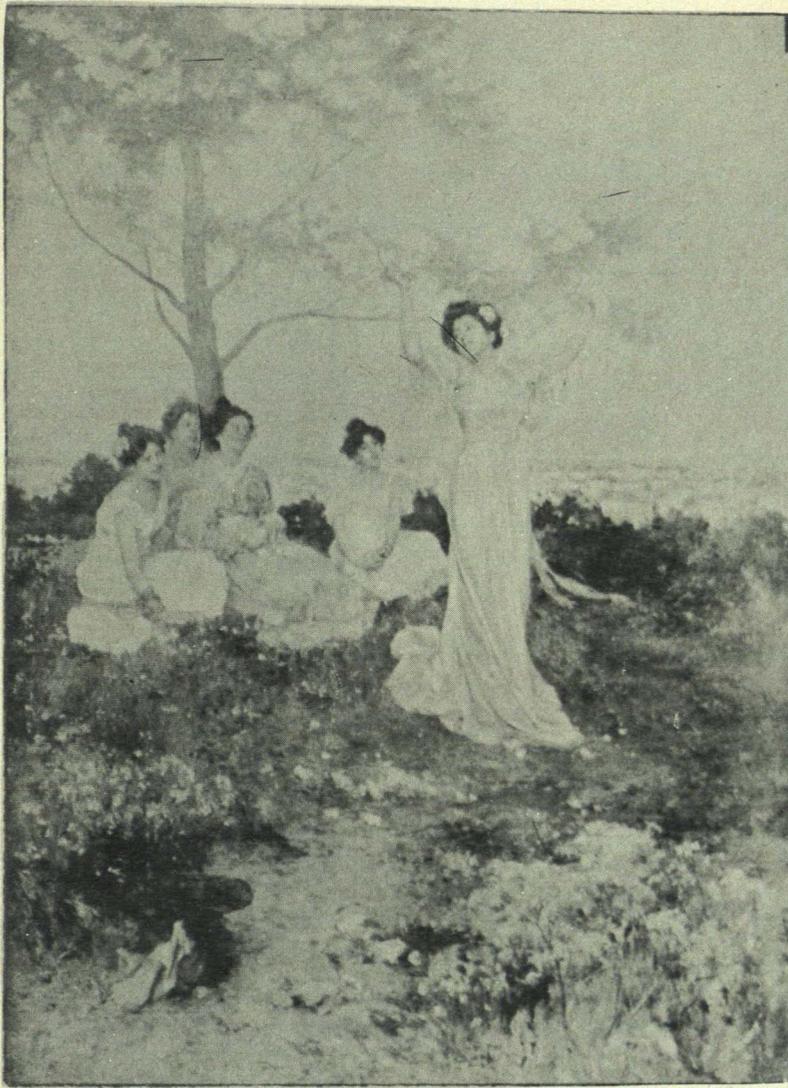
La influencia de los escritores franceses seguirá predominando mientras continúe siendo en Venezuela el francés la lengua predilecta de las lecturas literarias. (Nótese también que en nuestras Universidades el francés suplanta de hecho al castellano en los estudios científicos, por la rareza de buenos textos en la última lengua). Empero, no es verosímil que influyan tanto como en años pasados los decadentes, simbolistas, etc., porque la literatura francesa marcha ya por caminos diferentes. El misticismo de unos; el idealismo de otros; la reacción á la vez contra las exageraciones de la escuela naturalista, que se convirtió en brutalidad deliberada, y de la escuela impresionista, que se fijó más en la forma que en el fondo del arte; la tendencia socialista, hoy tan prestigiosa que logra convertir aun á escépticos é ironistas como Anatolio France; la tendencia á reanudar las tradiciones nacionales, que allí pudieran caracterizarse con estos dos términos,—claridad y lógica; el aspecto que tomen las demás corrientes literarias europeas al reflejarse en el espíritu francés,—todo eso combinado, amalgamado, fundido en nuevos moldes vendrá á influir en las letras venezolanas.

A lo que se añadirá la influencia directa que ejercerán Inglaterra y los Estados Unidos, Alemania, Italia, cuando las lenguas de estos países sean mejor y más generalmente conocidas, cosa que no tardará, pues á medida que se extienda en Venezuela la instrucción pública los entendimientos volarán á buscar en todas partes materia más variada para pensar y producir.

La influencia de España dependerá naturalmente de la transformación intelectual que allí se verifique. Despojada ya de los últimos restos de su imperio colonial, reducida á sus primitivos límites peninsulares, abatida en su orgullo de potencia mundial, desvanecido para siempre su sueño heroico de raza conquistadora, España vuelve ahora los ojos sobre sí misma, á su suelo, á su cielo, y acaso no esté remoto el día en que presenciemos el renacimiento de su gloriosa literatura. Si tal sucediere en la próxima década, las letras españolas influirán poderosamente en América. Mas si la estancación actual de la antigua metrópoli continúa, el porvenir de la lengua castellana estará en Ultramar... Empero, no se romperán nunca los lazos que unen á la Península y á las nuevas Repúblicas. El más fuerte lo constituye la lengua misma, y cualquiera que sea el destino de la una y de las otras, han de hermanarse en un propósito (¡quiera, á saber: conservar como herencia común el tesoro clásico procurando que en él arraiguen siempre sus respectivas literaturas.....)

Circunstancias sociales, políticas y económicas contribuirán igualmente á determinar las nuevas tendencias intelectuales. Si la población regnicola aumentare rápidamente con inmigrantes de otras razas, el medio social se transformará y con él adquirirá nuevos signos distintivos el alma nacional. Si se estableciere el funcionamiento pacífico de instituciones y gobiernos, la pesadilla de la guerra civil no será ya parte, como es hoy, á desarrollar en tantos espíritus la propensión al pesimismo ni el irresistible deseo de expatriarse. Si la situación económica variare de tal modo que puedan explotarse ventajosamente las riquezas naturales del suelo,

(*) Nuestra coincidencia con Fombona se limita á esta observación. Cuando se trata de juzgar libros y escuelas nuestros respectivos criterios literarios nos llevan por caminos diferentes.



EDAD FELIZ. — Por E. Artigue

crearse industrias, fundarse grandes centros de población y unirlos todas con ferrocarriles y telégrafos, el bienestar económico ensanchará el horizonte intelectual, al pobre le dará vagar para leer, al escritor le dará clientela, en uno y otro infundirá el anhelo de experimentar á la vez la fruición del arte.

La influencia extranjera y las condiciones político-sociales determinarán sin duda tendencias literarias más amplias que las del pasado. De los escritores mismos dependen otras circunstancias no menos apreciables. La más importante por sus consecuencias será el conocimiento de la historia patria. La historia política, desde sus orígenes hasta nuestros días, está por escribir, y en un país tan dado á escribir y hablar, no existe aún una sola historia literaria. Sin ambas, apenas es posible la literatura nacional.

La heroica aventura de los conquistadores, duros corazones que no temieron nunca á la naturaleza enemiga, ni á las fieras, ni á los hombres; la lucha desesperada del indígena contra el invasor; el martirologio secular de los negros; la legislación de Indias, obra maestra de ideología, que por singular anacronismo parece inspirada á las veces en la tendencia humanitaria de la revolución francesa y otras veces soñada por el hi-

dalgo caballero errante de Cervantes, y su contradictoria aplicación en América; la vida colonial con su calma aparente y con su honda agitación de castas; los fundadores y libertadores de la República, tales como eran, no cual los pintan ciertas historias que parecen mitología; el esfuerzo de la democracia por derrocar la oligarquía y el de ésta por constituir un Estado próspero sobre fundamentos sólidos, esfuerzos entrambos no sólo explicables sino igualmente patrióticos; la guerra federal, que derrumbó el antiguo edificio y mezcló bajo sus ruinas todas las clases sociales, con la esperanza de refundirlas en el caos para crear nueva sociedad; el grito de angustia universal que evocó á la Autocracia, y cómo pudo ésta implantarse y durar. Lo que viene después se sabe; pero todo aquello,—los orígenes y la evolución nacional,—está esperando todavía á los historiadores y artistas que dirán cómo vivieron y qué dejaron de herencia los progenitores. La literatura patria tendrá allí un venero de obras de todo género. Lo mismo en la historia de la evolución intelectual, desde los ensayos de la colonia hasta los años recientes en que tantos entendimientos se fueron á buscar más allá del Atlántico los materiales de arte que abundan y sobran en el propio suelo..... Si en la década

venidera adquiere la literatura venezolana el sello local que le falta todavía, será, á no dudarlo, porque en el estudio tenaz, minucioso, completo de la historia nacional habrá hallado la savia vigorosa de su más brillante florecimiento.

Influencia, pues, de las literaturas extranjeras, influencia necesaria porque la venezolana no tiene aún ni tendrá en el corto lapso de diez años el poder de influir en aquéllas,—á no ser (cosa imprevisible) que aparezca un genio literario de igual fuerza intelectual al genio político que descolló en la segunda y tercera décadas del siglo XIX,—y conocimiento de la historia patria en todos sus pormenores, lo que le imprimirá sello distintivo, hé ahí los caracteres probables del desarrollo venidero. ¿En qué forma?

La índole de la lengua y el temperamento exaltable de la población mantendrán cierta pompa y aun ampulosidad en el estilo de la turba literaria; pero de los mejores hablistas puede esperarse mayor esmero en la selección de la frase con menor rebusca de giros tortuosos, más sobriedad de metáforas, la tendencia por último al estilo claro, natural y sencillo. Los grandes artistas le tendrán miedo á la hipérbole hinchada y temor á lo exageradamente complicado. Ya no se asfixiará la idea bajo la hojarasca: se divagará menos: se creará más.

Emerson observa bien cuando dice que en retórica el arte de omitir superfluidades es el secreto capital de la fuerza, y que en general, es prueba de alta cultura expresar las más grandes cosas del modo más llano. Realmente, la belleza es incompatible con la exornación excesiva. La exactitud y armonía de las partes y el limpio resplandor del conjunto forman la obra de arte perfecta. Así fue el Partenón..... ó para concluir con un recuerdo de la patria—recuerdo que es también una esperanza—así se destaca en las mañanas de primavera la cima del Avila.

GIL FORTOUL.



RIMAS

¿Sabes por qué te quiero, hermosa mía?
¿sabes por qué te adoro?
Porque la castidad es un tesoro
que tú no has derrochado todavía.

Porque cuando mi mano temblorosa
te acaricia, al instante
de la serenidad de tu semblante
surge como un relámpago de rosa.

Porque eres más esquivia, más huraña
que los osos que habitan en el hielo,
que el pájaro que vive en la montaña,
que las nubes que pasan por el cielo.

Sé siempre así: sé casta... Si algún día
mi boca te sorprende y te profana,
dí que soy Acteón, que tú eres Diana,
y despréciami mucho, hermosa mía.

VÍCTOR M. RACAMONDE.



IDIILIO ROTO — (CUENTO)

¿Cómo, desde cuándo se juntaron? ¿Qué pacto existía entre aquellos merodeadores? Lo cierto es que la banda era ladrona, audaz y numerosa como ninguna: ella atravesaba los bosques, burlándose de los tigres; los ríos, burlándose de los caimanes; y hasta se aproximaba á los caceríos burlándose de los hombres. Pero en el fondo el animal que más temían los salteadores monos era el hombre. Ninguna alimaña les había hecho tanto mal. Un día uno de los capataces de la banda, rezagado en un claro de bosque, escuchó ruido como de quien marcha con cautela. Los pasos percibíanse distintamente sobre las hojas secas. El mono se puso á morir de miedo..... Se aproximaba un *canaguero*, magnífico de belleza y de horror, el ojo fosforescente, desmesurada las fauces, la cola felpuda y luenga, mosqueada la piel de oro. Parecía tener hambre. A la vista del carnicero, el mono, serenándose, lanzó una carcajada que resonó en la inmensa catedral de árboles, bajo la bóveda de esmeralda.

—Ah! pensaba que era un hombre—se dijo—; y echó á correr piruetando.

La banda, organizada militarmente, contaba por su jefe á un viejo mono heroico y sabio, gran conocedor de los escondrijos de la selva; á un viejo mono taimado, filósofo epicúreo que saboreaba lo bueno de la vida.

—La vida no es tan mala como algunos se imaginan,—predicaba el viejo mono.

Y repetía,—ignoro si con ingenuidad,— que los monos, aun los más ironistas, aun los peores, son unos pobres diablos.

Cuanto á los otros animales, él los tenía por seres inferiores. Sin embargo, en su corazón, él,—á fuer de filósofo, exento de prejuicios,—estimaba en mucho al hombre considerándolo mono en evolución.

—El hombre! El hombre es animal terrible y sanguinario como ninguno,—argüían

los monos retrógrados. A él se le ocurren cosas que á ningún otro animal se le ocurren.....

Pero el viejo cortaba la discusión.

—Es terrible, es peligroso porque es mono; porque es un casi mono. Cuando termine su evolución, cuando ya no necesite de casas para vivir porque su piel se haya fortificado en la intemperie; cuando su estómago digiera la fruta verde, la carne cruda, el pez manido; cuando su cóxis se transforme en ágil cola y sus brazos se desarrollen,—el hombre se hará mejor; la astucia, la inteligencia, armas de animal débil, de animal inferior, se transformarán en fuerza y en audacia. Yo no desespero del porvenir de la humanidad.

El viejo mono sabio, oráculo é idolatría de la banda, aconsejaba paternalmente á su pueblo; aconsejaba sobre odo por aquellos días



á otro viejo mono, antiguo compañero suyo, algo chiflado, algo poeta, enamorado con locura de su esposa, una monita joven. De poco tiempo atrás, el mono sentimental se volvió taciturno. Estaba celoso de un monillo de la banda, pizpireto y calavera, La monita,

en verdad adorable, no era insensible á las gracias del jovenzuelo,

¡Qué monerías las de aquella monita! Desde la copa de un *saman* ó de un cedro, colgándose de la cola, cabriolaba con una agilidad pasmosa; y cierta ocasión, descolgándose, cayó sobre el galante Don Juan que, desde el suelo, celebraba aquellas travesuras de ardita muriéndose de risa. Ella se disculpó haciendo creer que se había desprendido involuntariamente; pero su viejo esposo, ardidado de celos, la riñó con dureza. Fue una escena terrible. Ella vertió algunas lágrimas, y al día siguiente empezó de nuevo el *flirt*.

¡Cuántas veces, á media noche, en el lecho de nupcias, al amparo de un soto, el viejo mono enamorado vertía sus penas en llanto, y abría su corazón á la monita!

—Oye, mi vida, no puedo dormir. Escúchame un instante. Dime que me amas un poquito, un poquito solamente; dímelo y dormiré y seré feliz.

—No me fastidies; no seas necio,—rugía la monita bostezando.

—Pero oye, mi vida; no te pido que me quieras; te ruego que me lo hagas creer. Es todo.

—Sí, te quiero.

—¿De veras? Me quieres como antes; á mí, á mí no más?

—Sí, á tí nomás.

Entonces el viejo mono sentimental, poniéndose furioso le caía á golpes.

—Falsa, perjura, canalla; toma, toma, te voy á hacer añicos!

La monita gritaba como si la desollasen viva, hasta que, variando de táctica, en tono humilde y desesperado empezaba á lamentarse.

—Qué desgracia, Dios mío; que desgracia tan grande! Haber amado á un mono, haberse dado á él, haberle consagrado toda

la juventud, y oírse llamar canalla, por única lisonja; y por toda caricia recibir golpes. Prefiero la muerte, sí, mil veces prefiero la muerte.

Entonces el viejo mono rompía á llorar.

—Pero oye, mi vida; ¿tú no comprendes que si te pego es porque te adoro? Soy un insensato, un miserable, un criminal. Despréciame; ódiame. No te merezco.

Y empezaba á lamerle la boca, las manos, las patas, todo el cuerpo.

Un día, la mañana siguiente á cierta noche de tempestad en el corazón del viejo mono celoso, la tropa se puso en marcha. Tratábase de robar un frondoso *conuco*, un maizal opulento, tendido al pie de la sierra, en una ladera, al arrullo de un río. No lejos, en la llanura que se despereza á la margen opuesta del río, un rancho, el rancho del *conuquero*, duerme á la sombra de un mango copudo y rumoroso, regalo del viento y palacio de los pájaros.

Desde lo más agrio de la montaña la tropa empezó á descender empapándose en rocío, chirriando á la aurora que empezaba á llover su lluvia de oro sobre árboles. Los árboles, de un verde nuevecito, se abrían como parasoles de esmeralda clavados en tierra por el puño.

La banda trashumante descendía alegremente, el viejo capataz á la cabeza. El otro viejo de la tribu, el taciturno, el enamorado, cerraba la marcha. En el centro iban las monas: hijas, esposas y madres de los monos. Las hembras representan un papel importante en aquellas expediciones. Mientras los machos pillan conucos y plantíos, ellas, encaramadas en los más altos árboles, sirven de centinelas. Los salteadores se previenen así de una sorpresa.

La horda seguía el descenso de la montaña.

Con el día se levantaba el canto de los pájaros.

En la fronda trinaban *cardenales* de cope de púrpura; *paraulatas* carmelitas; canarios rubios como el champaña ó castaños como el jerez; y los dulces y hermosos *arrendajos*, el pico de ámbar y los ojos como turquesas.

Un torrente que se desprendía de la cima cantando, les interrumpió el paso. El torrente, despeñándose en el abismo como un suicida, rompía en espumas; y las espumas, trocadas en polvo, ascendían aureolando al torrente de una bruma de perla que el beso del Sol, de trecho en trecho, salpicaba de ópalos. El paso del torrente era un peligro; pero había que pasarlo. Un joven mono audaz, el don Juan que daba dolores de cabeza al mono sentimental, quiso pasar el primero. Subió á un *apamate* eminente que deshojaba sus flores sobre el lecho de la cascada; aproximose al extremo de una rama tendida sobre el abismo; y sosteniéndose del rabo, desprendió el cuerpo, que empezó á oscilar como un péndulo.



La monita coqueta lo devoraba con los ojos.

A cada oscilación, el cuerpo de don Juan describía una curva mayor. A un momento dado el mono se desprendió y fue á caer allá, muy lejos, del otro lado del torrente. Así pasaron todos.

La banda siguió rumbo hacia el maizal, burlándose de un achacoso compañero cuya poca destreza en la gimnasia por un ápice no le cuesta la vida en el paso del torrente.

A poco de allí la banda se detuvo de nuevo. Un espectáculo imponente solicitaba su atención.

En un claro de bosque, un venado jovenito, los ojos fuera de las órbitas, tembloroso,—en éxtasis que tenía del espanto, del magnetismo y de la idiotez—miraba con extraña fijeza de alucinado un objeto al pie de un *samán*.



Erase aquel objeto uno como rollo de cabestro, de un cabestro gordo y atigrado; el rollo, alto de un metro, terminaba en una cabeza chata y triangular de ojillos hipnóticos. Era una serpiente boa. La boca abierta de la boa dardeaba una lengüeta partida y respiraba un vaho somnolento y mortífero.

El venadito miraba á la boa, temblante y alucinado; la boa miraba al venadito respirándole sobre la cara el vaho hipnotizador. La boa se fue desenrollando poco á poco y aproximando al venado. El venado no se movía. Ya junto á la res, el reptil deslizóse por entre las patas de atrás, y, tor-

ciendo la cabeza en espiral se enroscó en el cuerpo del cervatillo. Poco á poco fue contractándose hasta que el pobre ciervo, desquebrajados los huesos lanzó un ay!—uno sólo—y rodó por tierra agonizante. Entonces la boa, desenroscándose, empezó á engullirse, todavía palpitante, al malaventurado cervatillo.....Después, al pié de un samán se tendía la boa, en el sueño de la digestión, conservando aún en la boca,—la cabeza punteada de nacientes cuernos y las cuatro pezuñas del cuadrúpedo.

La escena fue larga y emocionante. La monita coqueta, que sufría de los nervios, se desmayó. (A todo se acostumbran los monos, menos á la muerte y al dolor).

La banda partió en silencio, apesadumbrada. Por fin llegó al maizal, hacia el mediodía. El sol, un sol de plomo, caía sobre las cabezas desde el zenit. Los monos divisaron el maizal tendido en la ladera; el río; la llanura que se despereza á la margen derecha del río, y allá en el horizonte, muy lejos, la casa del conuquero. Fatigados de la travesía y para evitar la canícula internáronse de nuevo en el bosque, resueltos á empezar la tarea después de un descanso. Hacia las tres de la tarde, cumplida la siesta, cuando ya el sol enderezaba sus caballos á Occidente, los monos se pusieron á la obra. El viejo capataz dirigía el asalto. Las hembras fueron colocadas, lo primero, como vigías ó atalayas, sobre eminentes *marías*, en los cuatro puntos del horizonte. La retirada, para un caso fortuito, organizose militar y prudentemente.

Y el escamteo del maizal comenzó.

Algunos sólo se ocupaban en desprender las *mazorcas*; y dos ringleras de monos,—escalonados desde el centro del maizal hasta el comienzo del bosque,—iban pasándose mazorcas y mazorcas en rapidez vertiginosa. En la entrada de la espesura otros monos apilaban el botín. Lanzadas de un mono á otro y aparadas en el aire, las mazorcas culebreaban en el espacio, en dirección de la montaña. Se diría que el maizal volaba hacia el monte... Había trascurrido apenas una hora y ya medio maizal mostraba casi todas sus espigas desnudas de mazorcas.

Uno de los monos, en lo más apurado de la faena, dió un grito de alegría. Acababa de descubrir por el suelo, al pie de las espigas, una mata de sandías. Los tallos de la mata, rastreras, verdes y delgadísimas culebras, se enroscaban en las cañas del maíz, mientras las frutas de la planta, opulentas, monstruosas, escondían su deformidad bajo las hojas y yerbas silvestres.

El descubridor empezó á devorar la sandía, mitigando la sed y el calor del ajeteo, con el corazón rosado, con la pulpa aguanosa y dulcísima de la fruta. Del capataz abajo, todo el ejército de salteadores

cayó sobre las sandías y empezó á devorarlas con avidez.

El viejo mono sentimental acordose de su amada, centinela en un árbol distante, y corrió á llevarle una sandía, la más opulenta y sabrosa.



Iba á toda carrera, el alma en los ojos. De pronto se detuvo. ¿Soñaba? ¿Era una

visión lo que veía? La mona, su monita, al pié de un árbol, se debatía, ebria de amor, entre los brazos del rival, del enemigo, del odioso Don Juan.

No le dió ira; no se puso á llorar; no corrió á matar, sino que se quedó mudo, extático, idiotizado, frente de su infortunio. Allí se quedó clavado, los ojos en la pareja adúltera, todavía con la fruta bajo el brazo... Fué cosa de un instante. De su letargo lo sacó un ruidecillo, el ruido de tres hombres que aparecieron de súbito á pocos pasos de allí y avanzaban oteando, las carabinas en las manos. «Es la justicia de Dios,»—pensó el pobre marido minotaurizado. «Sí, que nos maten, que nos maten á todos.»

Nadie había percibido á los tres hombres, sino él. La mona, descendida del atalaya, y en brazos del amor, ¿qué podía columbrarlos? Y la mesnada estaba tan lejos!

Los hombres avanzaron un poco... Sonó una triple detonación simultánea y Don

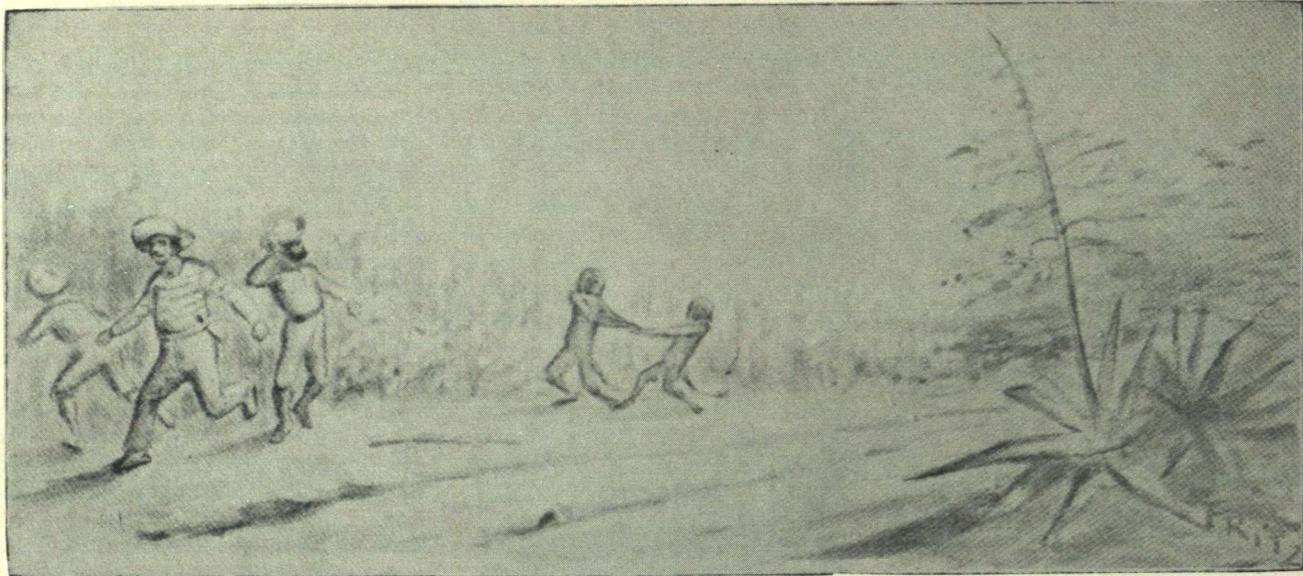
Juan rodó por tierra, bañado en su propia sangre. La monita salió ilesa. Iba á echar á correr; pero á la vista de su esposo que se dirigía á ella riendo nerviosamente, la monita se volvió al herido, y despreciando las iras de su esposo y las balas de los hombres, empezó á besar á Don Juan, á lamerle las heridas, y, ya muerto, á llorar sobre el cadáver.

—Miserable, cien veces miserable,—rugió el viejo mono furioso,—á la vista de aquellas caricias póstumas é infames.

—Sí, lo amaba, lo adoraba; y á tí te odio viejo ridículo—gritó la monita.

Entonces el marido silencioso, terrible, agarró á la monita por fuerza; é impávido se dirigió hacia los hombres, que apuntaban sus carabinas.

Pero los hombres no podían olvidar-se de que eran hombres; y á la vista de aquellos monos salvajes que se dirigían sobre ellos, forcejeando, arrojaron por el suelo sus escopetas y echaron á correr.



FUGITIVA

† Dolores Argáez Ferro

DIJO EL AMOR:

(entonces á los lampos de un claro sol, en los serenos campos sonreía á la luz la Primavera, en el soto arrullaban las palomas, y cada flor en los alcores era como un abierto búcaro de aromas.)

—Yo seré tu poeta: Tendrás flores Para tu frente, y rimas armoniosas Que cual perlas de luz darán fulgores, Y perfumes darán como las rosas.

Seré espacio sin fin para tu anhelo, La ilusión que te encante; Seré el azul de tu estrellado cielo, Seré la estrofa que en tu oído cante;

Y en la onda dormida Donde los astros verterán risueños Su fulgor; en la onda de tu vida Seré la barca en donde irán tus sueños.»

DIJO LA MUERTE:

(entonces á los lampos de un sol de invierno, los marchitos campos sudarios parecían,

blancos de nieve y de verdura escuetos, y á lo lejos los árboles fúlgan, en la bruma, un desfile de esqueletos.)

—«Yo soy la Segadora,
La eterna Vencedora

Que con el bien y la virtud en guerra Deja á su paso destrucción y duelo, La que troncha las flores en la tierra, La que apaga los astros en el cielo. Yo soy la Muerte..... Ven!.....»

Cual rosa blanca,
Como azucena en el verjel riente Que de su tallo el ventarrón arranca, Así la virgen doblegó la frente.

Amó..... vivió..... pasó!.....
Fue nube leve Que llevaba benéfico rocío,
En la montaña azul, copo de nieve, Y blanca espuma en el cristal del río.

(Entonces, al radiar eterna aurora En las tinieblas de la tumba inerte, La Virgen, la Vencedora por la Muerte, Entró en el Paraíso Vencedora.)

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Washington, 1903.

EGOLATRIA

Tu hermosura esplendente me cautiva y tu altivez me llena de congojas; porque eres una flor y te deshojas en un mundo engañoso, por altiva.

Como en Friné, la forma en tí se aviva; y, cuando ante el espejo te despojas, avara de tus gracias, te sonrojas de ver tus gracias á tu beso esquiva.

Si amor te rinden, el amor desdénas; y es tanto el egoísmo con que sueñas de amar ante el cristal tu imagen pura,

Que al fin sucumbirás por imprudente, como Narciso á orillas de la tiente, adorándose, absorto en su hermosura.

L. TORRES ABANDERO.



SEGUNDO CERTAMEN DE "EL COJO ILUSTRADO"

ADELA

Cuento premiado con pluma de oro

Hacia poco que las nubes grises, casi negras, que en los meses anteriores se deshacían en copiosas cascadas, con regocijo de las plantas sedientas, no presentaban ya su tinte siniestro: sólo blancos y espesos *cúmulus*, semejantes á enormes pelotones de algodón, cortaban en el horizonte uno de esos limpiísimos cielos de principios de noviembre, como dejando campo á los eternos ausentes para observar á sus anchas los homenajes que el mundo cristiano les tributa en el mes dedicado á su memoria.

La luna, magnífica, iluminaba un pequeño patio—si es que así puede llamarse un reducido espacio de tierra apisonada, contiguo á un miserable rancho de paja y rodeado de bancos tan rústicos que apenas consistían en una viga redonda y nudosa soportada en los extremos por dos horquetas de una perfección muy discutible.

Algo más de media docena de parejas se entregaban, al compás de una guitarra de cuatro cuerdas y un tambor, á un extraño baile, tradicional en el mes de los muertos, y que lleva el expresivo nombre de «La Llorá.» En la primera parte, que es un andante

melancólico, las parejas, abrazadas reciprocamente con un brazo, ejecutan un paseo en círculo dando traspiés, rompiendo la monotonía con cambios de puésto y retrocesos que hacen el efecto de un minué bailado por ebrios; mas, de pronto, un *allegro agitato* se sucede y la danza tórñase en confusión terrible, pues el principal objeto consiste en derribarse los unos á los otros con los piés; y la defensa hábil y el feroz ataque, vuelven tropel lo que antes era confusión, hasta que alguien, menos fuerte ó menos prevenido, cae brutalmente á tiempo que un grito, mezcla de gemido y burla, brota al unisono de todos los pechos.

Como la caída es siempre hacia adelante y la sorpresa no permite la protección de las manos, nunca mejor puede decirse que «muerden el polvo»; y tal vez entonces el recuerdo de su fatal destino se patentice más que en el símbolo con que el sacerdote católico nos lo revive cada año... Parece que se propusieran mezclar, en confusión extraña, el Carnaval y el Miércoles de Ceniza....

Sentada en uno de los rústicos bancos, seguía las peripecias de aquella

danza macabra, Adela, joven de unos diez y seis años, alta, delgada, fina casi y casi blanca, con unos ojazos de esos que rara vez se ven en los campos y nunca en las ciudades.

Era hermana de dos zagaletos, algo mayores que ella y casi negros,—cosa harlo frecuente entre las gentes de nuestros campos, que, si son fieles, es solamente por turno. La llamaban «La Mantuana,» porque jamás andaba descalza, ni tenía fuerzas para las rudas tareas del campo, ni gustaba de los piropos de pésimo gusto con que los rústicos mocetones pensaban regalarla y querían conquistarla. De una distinción ingénita, ninguna como Adela sabía llevar el sencillísimo traje y adornarse con una flor; y esto, que en otro lugar fuera blasón, en una hacienda era un serio motivo de desprecio. Allí se necesitaban brazos fuertes y piés recios, y ella sólo tenía algo más delicado que los piés: las manos. Por lo que todos le decían: «No sirves para nada!»....

Invitada á tomar parte en el baile, rehusó tímidamente, lo que ocasionó más de una burla y no poco descontento de parte de Luciano, que era el



único que le había dicho en cierta ocasión: «Dicen que no sirves para nada, y yo creo que sirves para mucho: sirves para que te quieran y para que nadie te quiera como yo.»—«Y tú sirves para todo!» había contestado ella. Desde entonces se amaban.

Luciano era un muchacho de unos veinte años, más oscuro que ella, pero de líneas bastante regulares, de anchas espaldas y temibles puños, y el mejor peón de la hacienda.

Cuando oyó las burlas se puso de pie, con tal gesto de amenaza que todos se contuvieron atemorizados. El se sentó de nuevo y la danza continuó.

II

Algún tiempo después de esa noche, ya á fines del año, el propietario de la finca, que era un extranjero muy culto y que hacia años estaba radicado entre nosotros, hombre de un temperamento artístico muy refinado, y por lo tanto amigo de todo lo bello, resolvió *adornar* su casa en la capital, donde residía su familia, con aquella flor silvestre de tan exquisito aroma; y propuso á Adela llevarla á Caracas para que entrase en el servicio de la casa; haciéndola notar que, poco apta como era para los trabajos agrícolas, no hablaría jamás mejor ocasión y lugar para ser útil á los demás y á sí misma, ejecutando tareas menos fatigantes, pero en las cuales la inteligencia entraba por mucha parte, para las cuales la naturaleza la había dotado tan pródigamente.

En efecto, Adela había dado muestras de ello en el menor detalle: había aprendido á leer en menos tiempo del que muchos gastan en conocer el alfabeto, y era de las pocas que sabían hacerlo en la hacienda. ¡Como no servía para nada!... Adela aceptó. La perspectiva de conocer algo nuevo; esa nostalgia de lo desconocido, que se parece tanto al deseo de saber que anima á los seres inteligentes; el anhelo de ser útil; todo la decidió. Sólo sentía dejar á Luciano; pero ella le había dicho: «Volveré pronto: tengo un medio.»—¿Cuál? preguntó vivamente aquél.—«Cuando quiera volverme haré mal las cosas que se me confíen.»—No podrás!...—¿Y por qué?...—Porque tú no sabes hacer mal las cosas,» replicó Luciano sin pensar en decir una galantería.—«Pues no las haré ni mal ni bien,» contestó resuelta ella, como quien corta el nudo en lugar de desatarlo. «Es mejor,» dijo Luciano; y satisfechos ambos de que el plan era excelente, quedó resuelta la partida, que se verificó á principios de enero.

III

La llegada á Caracas fué para Adela la realización de un sueño. Desde que divisó á lo lejos la ciudad, con sus casas apiñadas—¡todas de tejas!—y sembradas aquí y allá torres y cúpulas, el corazón parecía querer saltársele del pecho. Cuando al fin llegó, los coches y tranvías, los faroles del gas,

el bullicio de la gente, todo aquello nuevo para ella, la trastornó á tal punto, que la imagen de su Luciano, que la había perseguido durante todo el viaje, se borró de súbito como la luz del hermoso planeta que anuncia el día cuando éste al fin se muestra.

En su descargo diremos que el olvido fué momentáneo.

Don Teodoro, que así se llamaba el dueño de la hacienda, la hizo entrar, llegado que hubieron á la estación, en el coche que debía conducirlo á su casa. Ya en ésta, Adela sufrió un nuevo asombro: la casa era suntuosa y tuvo miedo de tropezar con todo... ¡Tampoco voy á servir para esto!—se dijo; y se le humedecieron los ojos.

Después de abrazar á su esposa y á sus hijos, don Teodoro *entregó* á su señora la *flor del campo* de que le había hablado en su última carta.

Bien,—dijo la señora dirigiéndose á Adela,—pase al interior, que luego le diré lo que debe hacer. Y por lo bajo: «es demasiado bonita»....

Adela pasó torpe y azorada hacia donde se le indicaba, no muy contenta de la sequedad con que aquella señora la trataba....

En pocos días estaba al corriente de todo; pero aunque no había que decirle dos veces las cosas y sabía ya servir una mesa mejor que casi todo el servicio antiguo de la casa, á veces cometía algunas torpezas por la presencia de Felipe, el segundo hijo de

don Teodoro, quien la miraba obstinadamente; y su torpeza aumentaba cuando entre los comensales estaba Mercedes, la prometida de Felipe, joven á quien Adela comenzaba á tener envidia con sus dejes de odio.

Adela, por uno de esos impulsos del corazón que echan por tierra las más excelsas doctrinas sobre la fidelidad, no había podido resistir á las tenaces miradas que desde el primer día le dirigiera aquel que tan habituado estaba á vencer con ellas.... Pobre flor arrancada del frondoso árbol donde había nacido, amaba, incauta, más que al tallo que la había sostenido, el rico vaso en que el destino la colocaba, sin pensar que allí la tierra no podría brindarle, generosa, su savia á través del nudoso tronco que le habían sustituido con un bicaro dorado....

La madre de Felipe sorprendió algunas miradas y vió el peligro. No lo quiso dejar tomar cuerpo y consintió con su marido. La entrevista fué corta: todo quedó resuelto en el acto: Adela debía volver á la hacienda.

Cuando Felipe supo la determinación que habían tomado sus padres, quiso precipitar sus designios; y cierto día en que halló sola á Adela, la abordó en estos términos:

—Sé que piensas volverte....

—No es culpa mía.... Yo bien quisiera quedarme.

—Si yo no estuviera aquí, tal vez... pero yo te estorbo....

—Demasiado sabe usted que es lo contrario.

Esta cándida confesión de Adela animó á Felipe, y pasó el brazo por los hombros de aquella pobre criatura, haciéndola estremecer con aquel contacto que la sofocaba de dicha y la enrojecía de vergüenza....

—No te irás, ¿sabes?—continuó él, invadiéndola con una mirada de deseo.

—Me lo ordenan...., dijo ella balbuciente.

—Es que tú no sabes cuánto te quiero!

—Más quiere usted á la señorita Mercedes....

—Te juro....

Ya iba á soltar Felipe la más atroz falsedad, casi una blasfemia, cuando se sintieron pasos en la habitación vecina; y la conversación fué interrumpida por la entrada de la señora, que percibió el último «te juro.»

Felipe, más azorado aún que Adela, pues ella estaba entregada á sus labores ordinarias y no tenía otra cosa que hacer que continuar en ellas para disimular, salió de la habitación sin decir una palabra, reputando, con razón, vana toda disculpa.

—«El viaje está resuelto para mañana»—dijo la señora, quien, habiendo sorprendido aquella escena, precipitaba el desenlace.

Adela, llorosa, nada contestó.

En efecto, al día siguiente fué enviada de nuevo á su añejo tronco; mas, por desgracia, los tallos no se sueldan luego de cortados!

IV

El viaje de Adela fué penosísimo. Al llegar al recodo del camino en que por primera vez la ciudad se había

mostrado á sus ojos, pensó que era el punto de despedida, y todo cuanto estuvo de radiante cuando iba, tornóse en melancólica á la vuelta.

Su más amarga preocupación era la idea de volver á verse con Luciano, aquel mocetón de manos recias por quien ella sentía una viva amistad y una estimación profunda, que ella creyó amor, cuando aún no sabía que éste oprime el corazón y turba.... y mata. ¿Sería justo que lo engañase, fingiendo sentir por él lo que ya no podía inspirarle? Era demasiado honrada para pensarlo siquiera; y luego, le parecía que á Felipe lo tenía dentro del corazón y todo lo vería. Pero—se decía—si todo se lo confieso ¿qué disculpas daría á mi pronto desvío? Con todo se resolvió por lo último, á riesgo de producirle á Luciano la terrible desazón de verse herido en su amor, en caso de que la amara, y en su orgullo en todos los casos.

Y así lo hizo. Apenas puso el pié en la hacienda, lo primero que divisó fué la atlética figura de Luciano, y se dirigió resuelta á él. Pocos pasos antes de llegar al sitio donde éste se hallaba inclinado sobre la tierra, con un sol reverberante sobre sus anchas espaldas, se detuvo, y Luciano, como si la presintiera, volvió la cara y dió un grito ahogado de asombro, soltó la azada y voló hacia ella; pero al ver la actitud de Adela, con los brazos tendidos á lo largo del cuerpo, la cabeza baja, los ojos llorosos y la cara livida, se detuvo perplejo y retrocedió un paso.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—dijo.

—Perdón, Luciano!—contestó con voz entrecortada ella.

—¿Perdón por qué? ¿Porque has venido?

—Es que.... mira, Luciano: yo no soy la misma....

El interpretó mal, es decir, intrepertó demasiado, y con los terribles puños en alto, avanzó hacia ella, pronto á descargar su ira sobre la endeble criatura, que no hizo el menor ademán de defensa. Esto mismo lo desarmó, y dos gruesas lágrimas,—dos lágrimas de peón—rodaron por la piel curtida de sus mejillas....

Entonces ella habló.

—No podemos casarnos, pero no creas que es porque he faltado!....

Luciano se pasó el revés de la manga por los ojos, y colocando sus enterradas manos sobre los hombros de Adela, que no levantaba la cabeza, le dijo con una exaltación que crecía por grados: ¡No, no has faltado! ¿Te parece poco faltar á su palabra? ¿Y todo, por quién? ¡De seguro por algún señorito, algún mocoso que no aguantaría que lo tocara yo con este dedo!—Y ponía delante de la cara de Adela un índice como un roble.—¿Entiendes? ¡Algún muñeco que no te podría defender ni de una rata!!

Y sin dar tiempo á que ella replicara, se marchó bruscamente como un loco.

Adela quedó largo rato clavada en el sitio: cuando levantó la cabeza le pareció que había soñado.

V

Felipe, á los dos ó tres meses, ya no

se acordaba de la aventura. ¡Había tenido tantas!.... En cambio Adela languidecía y Luciano había subido un grado en la categoría de los peones de flor: no hablaba.

A ella le faltaba un nuevo golpe: algún tiempo después llegó, por boca de don Teodoro, á la hacienda, la noticia del matrimonio de Felipe.

Adela, al saberlo, sintió que le faltaba el suelo bajo los piés, su vista se nubló, y estuvo á punto de caer. Lloró de amor y de odio; y en la noche tuvo fiebre....

Desde entonces faltóle el apetito; y su debilidad, ayudada por aquel dolor del alma, comenzó á abonar el terreno á la terrible enfermedad que escogió sus víctimas entre las criaturas más inteligentes, más jóvenes y más enamoradas....

Lentamente, como declina el día y van haciéndose campo los melancólicos tintes del crepúsculo, bellos con la belleza triste de la oración en labios de un moribundo, así iba perdiendo aquella pobrecita sus graciosas agilitades de gacela, la dulzura de su voz, la rosa de sus mejillas y el brillo de sus profundos ojos. La flor doblaba mustia sus pétalos incoloros, minada por la nostalgia del vaso de oro que no había tenido savia que brindarle!

La fiebre diaria destruía la naturaleza pobre de aquella infeliz, produciéndole delirios en que sólo se oía un nombre: Felipe!

VI

Cierta noche en que se hallaba en uno de esos estados de excitación tan frecuentes en esa enfermedad, delirante, sin consultar á nadie, tomó el camino de la ciudad. ¡Ella quería verlo antes de morir!.... Y anduvo, anduvo toda la noche, venciendo la debilidad con el deseo, sin que, con todo, lograra al amanecer hallarse á más de mitad de camino, á pesar de que ese tiempo era holgado para llegar al término. Tuvo hambre y tomó un pedazo de pan, que llevaba por toda provisión, y pretendió continuar; pero no pudo, y fué recogida en una pulpería con pretensiones de posada hasta donde sus escasas fuerzas le permitieron arrastrarse. Allí, sobre un poco de paja, pasó el día y la noche siguientes, pésimamente alimentada por la mediocre generosidad del dueño del figón, y hacia las siete de la mañana, ya más repuesta, tomó de nuevo el camino.

Una dulce dicha invadió su pecho cuando se halló en el recodo del camino de donde por primera vez había visto los techos rojos y las torres y cúpulas de la ciudad. Allí se detuvo á tomar aliento, extasiada, soñadora, con aquellos ojos que agrandaban lo descarnado de su rostro y la visión del ensueño....

Comenzaba á caer la tarde cuando Adela llegaba á las primeras casas de la ciudad. Allí tomó informes que nadie supo darle, y avanzó, sin embargo, sin rumbo fijo, informándose siempre, sin tardar mucho en hallar quien la guiara, pues aquella familia era demasiado conocida. Con todo, se hallaba aún bastante lejos de la casa

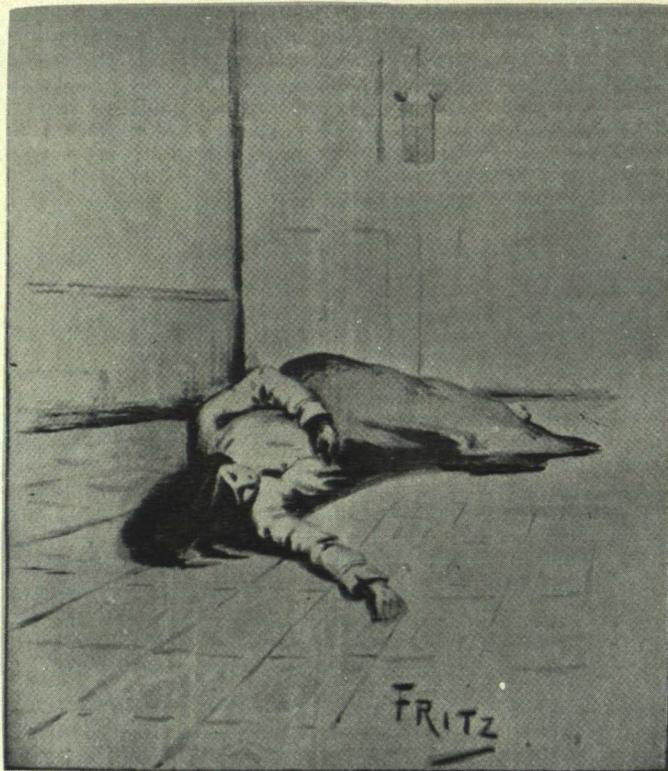
que buscaba cuando llegó al centro de la ciudad, que ella conocía muy bien, donde tomó nuevos informes, que venían de acuerdo con los que anteriormente había obtenido. . . .

Y, en fin, después de muchas dificultades, pues ya la hora no permitía distinguir los números de las casas, guiada por el instinto que sólo poseen los ciegos y los enamorados—que allá se van de la mano—llegó al lujoso portón de la casa de Felipe.

Un temblor nervioso y un decaimiento profundo producidos por la reacción de aquel esfuerzo sostenido sólo por obra de la voluntad, hicieron que tuviese que sujetarse del aldabón de la puerta para no caer, y así pasó un largo rato; pero luego, movida por un postrer aliento de su deseo, avanzó hasta el anteportón y tocó.

Una voz que la hizo estremecer, dijo con malhumorado acento: ¿Quiénes? —Ella no tuvo fuerzas para contestar. Felipe en persona, que se hallaba casualmente en el corredor de entrada fumando un cigarrillo, abrió la puerta, y al ver el estado lamentable de aquella criatura sucia é inconocible, sin esperar á que hablara, le dijo: «Perdone». . . . y cerró la puerta. . . .

Adela no pudo soportar aquel último golpe. La inmensa fatiga que había gastado las pocas energías que le quedaban y la herida que le producía la afilada hoja del desencanto, terminaron con el último destello de aque-



lla luz que se apagaba. . . . y su cuerpo cayó por tierra sin que hiciera más ruido que una hoja al desprenderse de un árbol. Había ido á morir á los piés de Felipe, como el perro que va á lamer la mano del amo que lo maltrata!

EPÍLOGO

Cuando Felipe se dió cuenta de que aquella *mendiga* había muerto en el portón de su casa, sin tomarse el trabajo de examinar su rostro, exclamó por

toda oración fúnebre: ¡Qué diablura! Y llamó á la autoridad. . . .

En Caracas no hay «Morgue.» porque no hace falta: nadie muere allí de frío porque no hace, ni de hambre porque la caridad la practican todos hasta sin darse cuenta. Si alguien muere por accidente en la vía pública, el primer chiquitín que pasa dice: «Ese es Fulano,» y sabe donde vive. Ventajas no cortas éstas, que poseen aquellos lugares donde aún no se conocen ni huelgas, ni socialistas, ni anarquistas, ni bombas explosivas, fruto de la tirantez de la moderna organización social en los países más civilizados, donde cada cual trabaja para sí y en la lucha sucumbe las más veces arrollado por el torrente de una desesperada competencia. . . .

El caso de Adela era excepcional: nadie supo quien era.

Su falta en la hacienda fué notada cuando ya ella había andado toda la noche; y con la indolencia propia

de las gentes de los campos, nadie se ocupó en solicitarla, con excepción de Luciano, quien tampoco logró jamás hallar el menor rastro, lo que aumentó su melancolía, que sólo se manifestaba en él por su mutismo, pues tenía demasiado buenos pulmones para sucumbir como Adela de aquella *enfermedad de los blancos* como decían socarronamente todos allí.

MARIANO HERRERA TOVAR.

Noviembre de 1903.

DE «CREPUSCULOS DE ENSUEÑOS»

Para EL COJO ILUSTRADO.

Cuando escribe el poeta en la página blanca las dolientes estrofas que á la lira le arranca la tristeza ó el dolor; y condensa en el verso, como en cáliz de oro, el disperso conjunto del armónico coro de una ideal inspiración.

En los labios bermejos de la núbil doncella, tiene el ritmo galantes claridades de estrella y tenue y frágil resplandor; y el contagio maligno de aventuras extrañas, va formando raíces en las hondas entrañas aún dormidas al amor.

Y son versos las rosas que perfuman la estancia; y son versos las aves que al surcar la distancia en el espacio beben luz; y son versos las formas de la opaca neblina; y son versos los giros de la vela latina que se confunde en el azul.

Y poblando la mente de halagüeñas quimeras, en el surco violáceo de violáceas ojerías queda el ritmo cruel;

agitando al oído la armoniosa palabra que la senda vedada del ensueño le labra á las promesas del doncel.

Y florece la estrofa de la página blanca; y es corona y es velo y es el halo que estanca la tristeza y el dolor; condensando en el verso, como en cáliz de oro, el disperso conjunto del armónico coro de una ideal inspiración.

R. BENAVIDES PONCE.

1903.

POSTAL

Si yo fuera Poeta! Los poetas Saben poner el alma de las cosas En un himno triunfal. Si yo lograra Tomar la esencia de las frescas rosas De tus mejillas, y la luz tan rara Que el infinito de tus ojos vierte, ¿Qué canción de poeta emularía Con la canción de mi entusiasmo al verte? Aunque tal vez, avaro en mi alegría, O temeroso acaso de ofenderte, Feliz con mi tesoro, callaría.

F. FORTOULT HURTADO.

LOS TRES

Dialogaban los tres. Dijo el joyero: —Bruño y esmalto en mi troquel sonoro, para las novias, aderezos de oro, medallas para el sabio y el guerrero!

Y exclamó, pensativo, el jardinero: —Con el diáfano aljófar de mi lloro, las flores se guarnecen. . . .—Yo deploro mi suerte!—profirió el sepulturero.

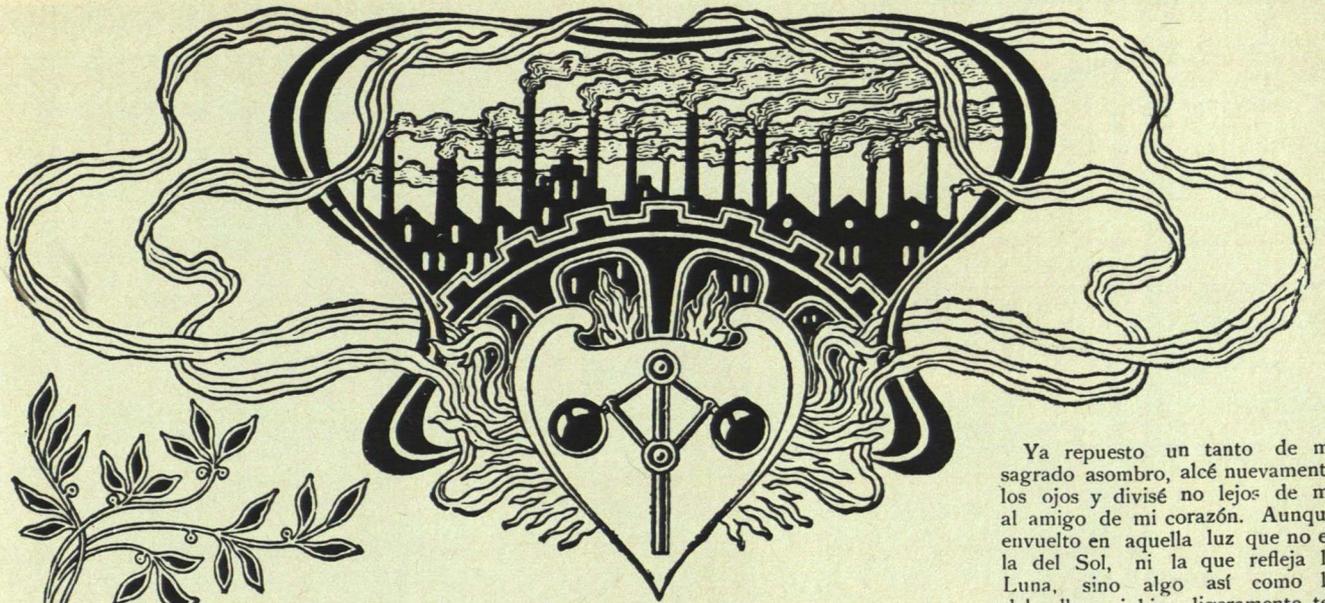
—Sí, mi suerte es fatal! . . . Tú, tienes flores; el oro, plata, gemas; yo. . . dolores! . . . ¡Jamás tengo un instante de alegría!

No acierto á recordar que haya pasado ni un año, sin haber yo sepultado lo menos un difunto cada día.

JUAN DUZAN.

Caracas.—1903.





MANUEL FOMBONA PALACIO

Paréceme estar aún bajo la influencia de aquel inenarrable ensueño.

Era la hora del silencio y de la paz, y, por lo mismo, la hora de los recuerdos: la hora en que los seres amados, idos de la Tierra, invisibles para los ojos de la materia pero presentes en nuestro espíritu, dejan, afectuosos, la gloria de Dios para venir á visitarnos y á infundir en nuestra alma un rayo de la luz increada.

Yo no dormía ni velaba.

Mecíase la dualidad de mi sér en dulcísimo éxtasis, como cuando contemplamos á solas por vez primera el objeto de nuestro primer amor.

Ni podré decir si tenía conciencia de mí mismo.

Sentía, sí, cierto inefable bienestar producido por la atracción de una fuerza misteriosa, frutiva como el amor y halagadora como la esperanza.

Mi espíritu ascendía, al paso que mi cuerpo gravitaba cada vez con mayor peso sobre mi lecho.

Y á medida que ascendía mi espíritu veníanseme á la memoria mis muertos queridos; desde aquel varón honrado que ofrendó su vida en aras del deber, hasta el último de los ángeles que pasaron por mi hogar como fugitivos metéoros.

Tú también te me viniste á la memoria ¡oh dulce, inolvidable amigo mío! Tú también, visible á mi espíritu, dejaste, afectuoso, la gloria de Dios para venir á visitar mi ensueño y á infundir en mi alma un rayo de la luz increada.

¡Ay! pero tu recuerdo me hizo experimentar dolorosa impresión, que llegué á creer fuese remordimiento.

¿Por qué, me dije, por qué no he deshojado siquiera una flor del árbol de los cantos sobre la tumba del amigo de mi corazón?

Subitáneamente mi espíritu se dió cuenta de sí mismo: sentíme fuera de toda terrenal influencia y acaso en la región de la inmortalidad.

Algo como finísima gasa descorrióse á mí vista, y me encontré en una extensión infinita, según pude suponer, iluminada por cierta luz de color indefinible, que no era la del Sol, ni la que refleja la Luna, sino algo así como la del alba, aunque ligeramente teñida de un azul como el de la túnica del Cristo.

Lo que pasó entonces en mi ánimo no podría decirlo con palabras usuales, sino en un idioma misterioso como la gracia, ferviente como la fé, ilimitado como la esperanza.

Quedéme atónito; y mayormente cuando llegó á mi oído un himno en que sonaban todas las armonías y al cual contestaban otros y otros himnos.

«¿Oyes?», me dijo una voz sin que me fuera dado saber quién la pronunciaba, «¿oyes? Arrodíllate y úne tu espíritu al «hosanna que celebra eternamente la gloria «de Dios».

Si obedecí ó no al misterioso mandato, no podré decirlo; pero sí que á poco la misma voz me ordenó: «¡Despierta! ¡Levántate!» Volvió en sí mi espíritu, y volvió también á mi memoria el recuerdo de aquel amigo sobre cuya tumba no había deshojado una flor siquiera del árbol de los cantos.

Y poseído de este solo recuerdo, pregunté sin saber á quién: ¿Dónde está aquél que fue para mí discípulo y maestro? ¿Dónde aquel ingenio esclarecido, aquel varón espectacular que vivió cercado de alabanzas y bajó á la tumba bañado de amorosas lágrimas? Yo ví, yo ví sus despojos, trofeo de la Muerte, pero no creo, no puedo creer que sean tales despojos cuánto reste de él..... ¡Ay! ¿cómo callaron sus labios? ¿Cómo pudo estancarse en su frente el raudal de las ideas?

Y la misma misteriosa voz: «Calla,» me dijo, «no blasfemes. Alza los ojos y contempla la cúpula del Cielo.»

Obedecí, y caí deslumbrado como debió caer Saulo en el camino de Damasco, habiendo podido apenas, no ver, sino ser sorprendido por una irradiación de vivísima luz que me cegó los ojos y anonadó mi intelecto.

Y la misma voz resonó de nuevo: «Despierta, levántate, no temas. Es el Señor, el «Padre, que recorre lo Infinito.»

Ya repuesto un tanto de mi sagrado asombro, alcé nuevamente los ojos y divisé no lejos de mí al amigo de mi corazón. Aunque envuelto en aquella luz que no es la del Sol, ni la que refleja la Luna, sino algo así como la del alba, si bien ligeramente teñida de un color azul semejante al de la túnica del Cristo, llovíale sobre la frente claridad apacible; más apacible que la claridad de las perlas.

«Ven á mí», me dijo.

Quise ir á él, pero permanecí inmóvil.

«No puedo», contesté.

«Tienes razón. Tu espíritu obedece aún á atracciones terrenas: yo iré á tí.»

Y al propio tiempo que una aura fresca y embalsamada inundó el espacio, díjome mi amigo: «Yo soy, no temas.»

Traté de abrazarlo, pero su figura no era palpable para mí.

«Olvidas», me dijo, «que no ha llegado aún la plenitud de los tiempos: mi espíritu ha vuelto á la región de los espíritus, pero mi cuerpo aguarda la resurrección de la carne. Conténtate con verme para que al volver al *valle oscuro y frío* fortalezcas la fé y afirmes la esperanza de los que tanto me amaron y á quienes tanto amo.»

«Así sea», le dije, añadiendo luego: «Y ¿cuánto tiempo tardará en efectuarse el «magno hecho?»

«¿Tiempo?», me contestó: «no puedo decirlo porque el tiempo no existe en la región de la Eternidad.»

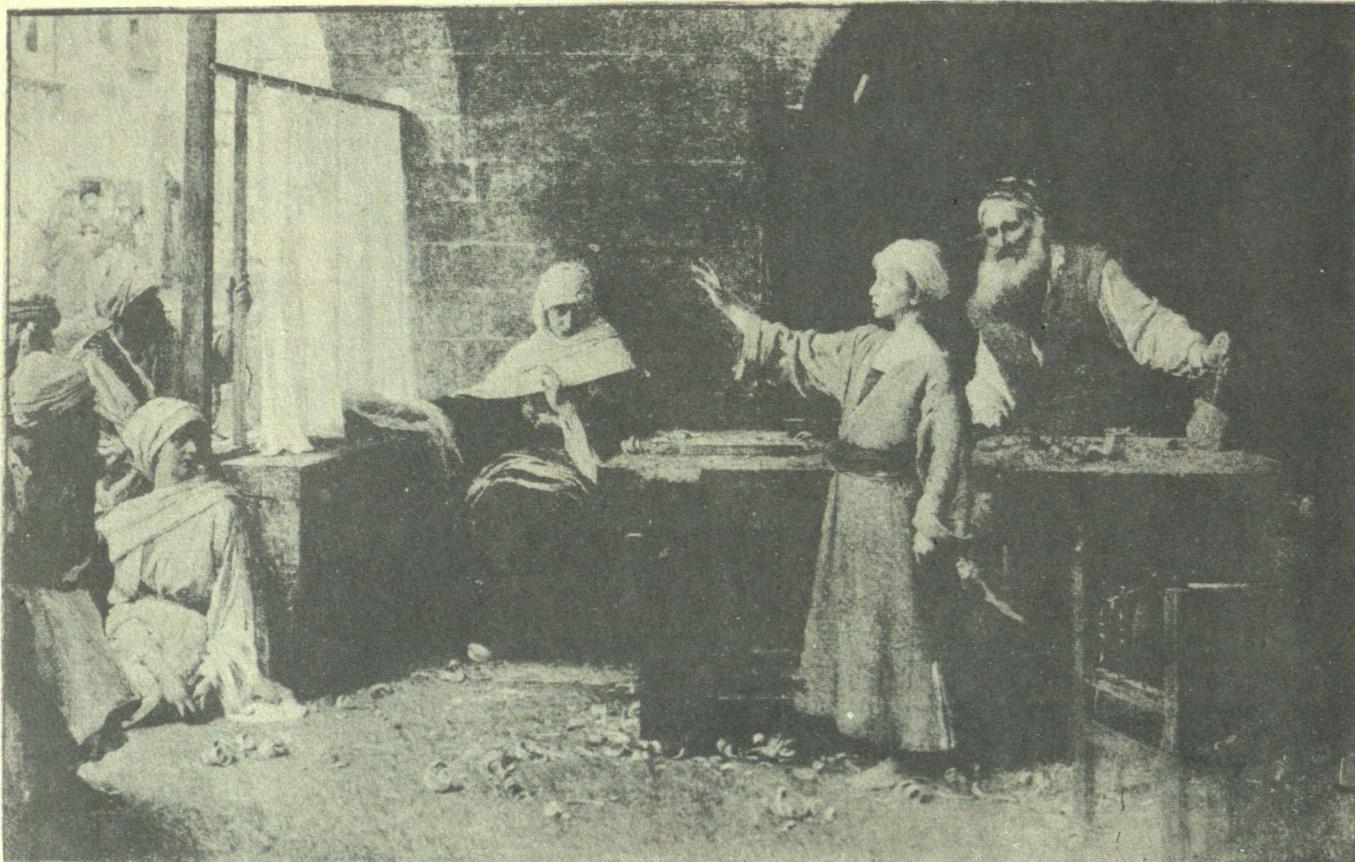
Y ambos callamos.

Yo estaba poseído de cierto inefable sentimiento en que entraban el amor, el respeto y el asombro.

Adiviné el amigo de mi corazón y volvió á decirme: «No temas; antes bien, alaba al Dios Padre que ha querido revelar con este ensueño el tránsito de la «muerte á la vida, del tiempo á la Eternidad.»

Alentado por estas palabras arriesguéme á decirle: «En tu paso por *el valle oscuro y frío* llevaste dentro de tí, poseíste en «tu propio sér la esperanza, hija de la fé, y «una chispa del amor divino, regalo inestimable del divino JESUS: por eso «amaste la verdad, admiraste la belleza, practicaste el bien. Amaste la verdad como á la hija unigénita del Padre; «admiraste la belleza porque te transportaba á la región de la paz, practicaste el «bien sin aspirar á otra recompensa que á «la satisfacción de practicarlo. Así como «prendo cómo fue tan breve tu tránsito por «el *segundo Reino, donde se purifica el espíritu humano y se hace digno de subir al «Cielo.»*

«Déjame ilustrar tu inteligencia en este «punto», me expuso. «Yo alcancé la gloria



LA SANTA FAMILIA. — Por G. Grossi

«de Dios sin largas purificaciones porque
 «supe dominar los primitivos instintos que
 «persisten en la naturaleza humana desde
 «Caín, el primero de los nacidos, hasta el
 «engendrado en este propio instante: por-
 «que supe conocerme, porque supe vencerme
 «á mí mismo. Como todos los hijos de Adán,
 «llevé dentro del pecho muchas y muy ra-
 «biosas fieras: el jabalí de Erimanto, el oso
 «de la caverna, el león de Nemea, el tigre de
 «Hircania bramaron más de una vez en mi
 «interior; pero yo supe domarlos, mejorando
 «el consejo del Estoico con el precepto del
 «Divino Maestro. ¿Acaso el discípulo de
 «Jesu-Cristo debe ser inferior ó igual siquiera
 «al sectario de Epicteto? Acepté, resignado,
 «las pruebas que bajaban de lo Alto, pero
 «resistí y rechacé las tentaciones terrenas.
 «Si no siempre estuvo en mi mano el impedir
 «el mal, traté de atenuarlo; cumplí con ca-
 «balidad mis deberes morales y religiosos; y
 «siguiendo el ejemplo de aquel varón romano
 «en quien el emperador matricida quiso ano-
 «nadar cuánto de virtud quedaba en Roma,
 «acostumbré dejar pasar las faltas ajenas li-
 «mitándome á juzgarlas en silencio. Nunca
 «aplaudí el crimen, ni menos fui cómplice de él.»

«Ignoro», continuó, «si en los consejos
 «del Eterno se te reserven muchos ó cor-
 «tos días; pero sea cual fuere el tiempo
 «de tu destierro, labra tu propia estatua en
 «el fuero de tu sér moral; atesora verdades
 «en tu inteligencia para que tu alma, al con-
 «trario de lo que acaece á tu cuerpo, se reju-
 «venezca: porque la verdad es inmarcesible,
 «y aquél es más joven que está en posesión
 «de mayor número de verdades».

Absorto escuchaba yo al amigo de mi co-
 razón, cuando, de improviso, dejóse oír otra
 vez aquel himno en que suenan todas las
 armonías y al cual responden otros y otros
 himnos.

«Es el éxtasis sublime de los justos ex-
 «presado en inefables armonías».

Tales fueron sus últimas palabras.

En aquel momento el tañido de la cam-
 pana anunció el alba, convidando á la oración
 y al trabajo, los dos elementos más fecun-
 dos para el bienestar del hombre.

Incorporéme en el lecho, y al través de los
 cristales de mi alcoba pude contemplar las
 constelaciones del Mediodía, que se inclina-
 ban hacia la región donde calla la luz.

Las faenas diurnas no turbaban aún el si-
 lencio de la ciudad, y yo pude recordar el
 viaje de mi espíritu.

Medité en lo que había visto, en lo que
 había sentido; ofrendé piadosos recuerdos
 á la memoria del amigo muerto; pensé en
 las miserias del tiempo y en los misterios de
 la Eternidad; y dije para mí:—Hay verda-
 des que parecen ensueños y ensueños que
 parecen verdades.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

8 de diciembre de 1903.

OCASO

Es áureo mar la sideral rotonda,
 mar florecido de islas de escaleta;
 y de ese inmenso mar frisan la onda,
 cual cisnes en tropel, nubes de plata.

En torno al sol, que esconde la faz blonda,
 mano invisible, como ofrenda grata
 las gemas todas de ideal Golconda
 prodiga en muda, ingente catarata.

Y mientras reproduce el deslumbrante
 ocaso el lago verde y palpitante,
 sureado por reflejos de amatiste,

gaviota audaz, en rumoroso vuelo,
 hiende el espacio soñoliento y triste
 entre la pompa irreal de lago y cielo!

AUGUSTO MENDEZ-LOYNAZ.

LOS DOS TEMPLOS

I

En el fondo de la nave

O en la gótica fachada,

San Pablo ciñe la espada;

Muestra San Pedro la llave:

Y bajo la mística Ave,

Cuando á orar al templo asisto,

En el altar siempre he visto

Que se abren, rasgando el velo

Que hay entre el mundo y el Cielo,

Los brazos de Jesu-Cristo.

II

De Dios se miran los rastros

Fulgir en los horizontes:

Sus altares son los montes,

Sus girándulas los astros,

Las cumbres los alabastros

De su Catedral inmensa,

Y la llamarada intensa

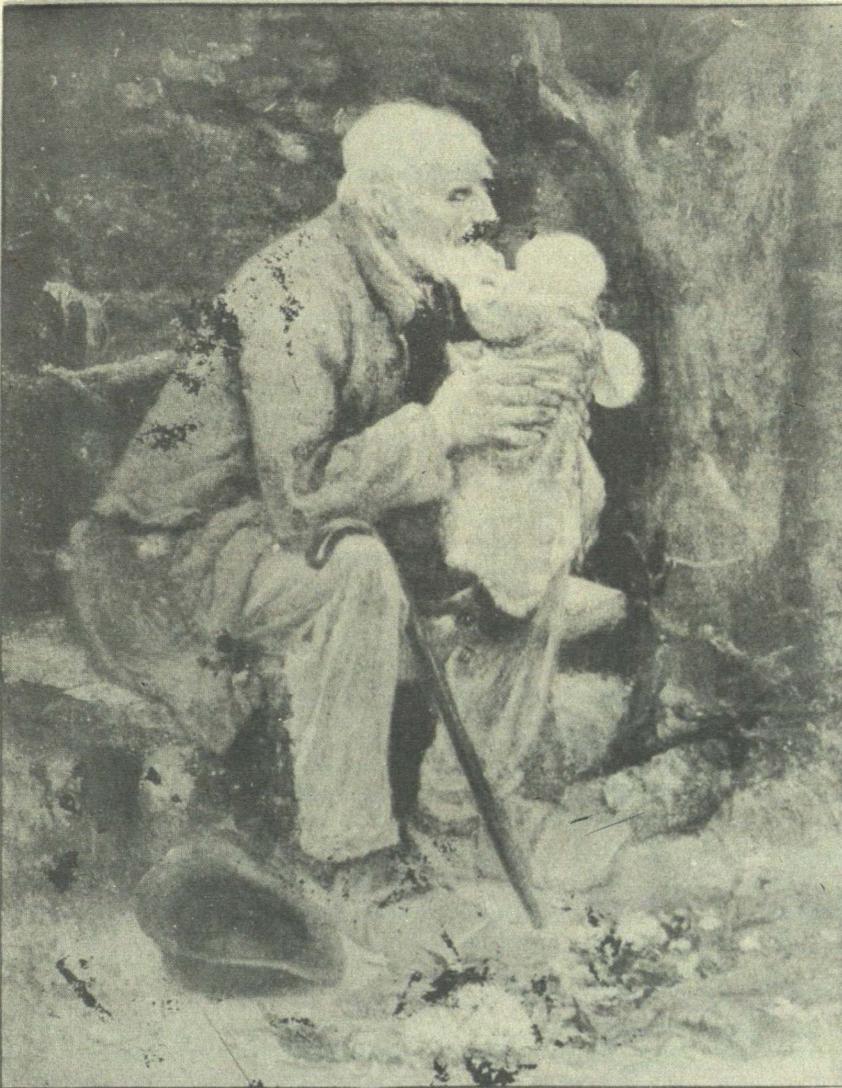
Del volcán su ardiente pira,

Y el Sol, que á sus plantas gira,

El ánfora que lo incienso.

FELIPE TEJERA.

9 de diciembre, 1903.



1903 — 1904

EL AMOR DE MARIA

Como no aman las mujeres, así lo amaba. Su amor se llamaba corazón. No tuvo un solo día vulgar. No conoció la veleidad, ni el devaneo, ni el requiebro aventurero y malsano. Era culto, fervor, idolatría. Era pureza, una pureza divina en la que nunca posó la sombra ruin de las profanaciones humanas. Un cristal era su alma; y en el cristal de su alma, luminosa y vibrante como una primavera de auroras, no se miró jamás sino el rostro de su amado, único y electo, viva flor impetuosa de salud y juventud, desbordada en la vida cual un torrente de anhelos y alegrías.

Un día el idilio se hizo pedazos. Se rompió como una copa finísima, sumergida en rubí, contra una mesa de mármol. Y del choque en la piedra gloriosa, surgió una nota aguda, delgada, penetrante, como la aguja de una daga, como un ritmo enigmático, como el himno de un dolor artista.

La mano brutal de la desdicha habían sido los celos. Nunca fueron empero más claros ni más dignos. El era incorregible y terrible. Profesaba que el amor, como el sol, abre todos los días; y creía que era necesario recibirlo, absorberlo, reflejarlo, bañarse en él, aprovecharlo, gozarlo íntegro co-

mo la luz del portentoso esteta del crepúsculo. Y al amor se entregaba como un poeta á sus joyas, como un conquistador á sus sueños heroicos en la embriaguez de la guerra y la visión de la gloria que se eleva en el horror de la matanza como la fábula de la resurrección sobre la miseria del sepulcro.

El amaba todos los días y á todas las mujeres. Que fueran bellas, que fueran voluptuosas, que vibraran, era lo que pedía. El amor unipersonal le parecía una prisión, una abominación. Se sublevaba contra lo que él llamaba ese aislamiento, como contra una tortura, como contra una barbarie. Y más multiplicaba sus amores, sus amores jocosos y voraces, cuanto más imperaba en torno suyo el enemigo, el fiero y torpe, decía, defraudador de sorpresas, de bellezas, de venturas, de vida; tronchador impasible de los mejores racimos de la vida; que trabajaba como las religiones, para la tristeza; ó como las tiranías, para la muerte.

Ella no quiso ser una entre tantas, y se rebeló valerosa y resignada. No, no formaré—se dijo—en ese harén disperso de Sultán cosmopolita. Y se rompió la copa, la mítica copa procelosa, inmersa en rubí; pero el rostro del electo subsistió en el cristal de su alma, luminosa y vibrante como una primavera de auroras.

Su amor siguió siendo corazón; pero ahora fue congoja, pesar inconsolable, que la consumía en la desesperación de un martirio continuo, concentrado y creciente.

El no vaciló, la sacrificó sin piedad. Entre ella y todas, se decidió por todas. Sus ojos no eran para ver—insistía—el espectáculo del amor uno, igual, inmovilizado en la repetición y la identidad como la marcha de las agujas en el cuadrante. Se encolerizó contra aquello que juzgaba irracional pretensión al monopolio de su vida; le pareció que habían querido mutilarlo; y dió la espalda al amor de María en una violenta insurrección de toda su existencia de bebedor de amores.

Pasó el tiempo; para él en el vértigo, para ella en la pena.

La ahogaban los celos, la mataban. Vivía en ellos como en una expiación. No obstante la ruptura, cada nueva noticia de un nuevo amor era como un azote más superando á los otros en fiereza.

Y cuando hasta ella llegaban, como en un haz flagelante, todos los ecos de su vida, que escuchaba como ecos de escándalo, apuraba la agonía nazarena, con la hiel en los labios, con la sangre del alma en las pupilas, en silencio.

Improvisto, una noche de baile se encontraron. Fue uno de esos encuentros en que la casualidad parece prodigar toda la revelación de su inteligencia. Aprehendida en pomos de ópalo, en rosas rojas, en lirios verdes, en azucenas azules, en todos los caprichos del vidrio y todos los matices del color, inundábalos la luz incandescente.

Los ojos en los ojos, se miraron largamente, hondamente, exasperadamente, con la emoción y el ímpetu de la vida vivida toda entera en un minuto.

De pronto, él dió palabra y gesto al drama en su instante de mayor angustia. Abrió los brazos, avanzó hacia ella; y en un grito patético exclamó:

¡María! Te amo más que nunca!
Y yo también! murmuró ella.

JACINTO LOPEZ.

MONTAÑERA

PARA EL COJO ILUSTRADO.

Yo duermo sobre pieles de chacales
Muertos por mi marido en los jarales
Cercanos á la vera del conuco;
Y es á la fuente murmurante y clara
Que voy de mañanita, mi tapara
Llevando entre la urdimbre de bejuco

Me dice mi amador, y no se engaña,
Que el crepúsculo gris de la montaña
Le dió color á mi pupila obscura
Y que mi talle en esbeltos rico
Hace temblar de envidia al albarico
Que yergue su penacho en la espesura.

Que el tinte de mis labios es la copia
Del que guarda ignorado la conopia
En el tierno joyel de sus raíces;
Y que de mi corpiño entre las galas,
Temblorosos de amor cierran las alas
Dos turgentes pichones de perdices!

En mi rancho con paja cobijado
El presente es mi gloria, y del pasado
Evoco los recuerdos! ¡Que dichosa!
Cuando á la fresca sombra del follaje
Recojo entre la falda de mi traje
Florón purpúreo—gigantesca rosa.

Cuando lanzada en rápida carrera,
Semejante á una corza montañera
Del cerro me arrojaba por el flanco;
Y el ingenuo placer con que me hundía
En el dulce arroyuelo que corría
Por el fondo arenoso del barranco.

¡Y ahora qué feliz! Desde la cumbre,
Del sol que nace á la primera lumbre
La vista fijo en la extensión remota:
Mientras del urupal en los margullos
Hay música de trinos y de arrullos
Y zumba entre las flores la guanota.

Vendrá con sus faenas la cosecha,
Y del maizal por la vereda estrecha
Sombreada por laureles y angelinos;
Regresaremos al hogar dichoso
Envueltos en el manto vaporoso
De los tenues celajes vespertinos.

Y en las noches brillantes y tranquilas
Fijando en mis pupilas sus pupilas
—Remansos de aguas tibias y serenas,—
El me dirá con voz acariciante.
Que mi boca es tan dulce y tan fragante
Como la rubia miel de las colmenas!

P. R. BUSNEGO-MARTINEZ.

1903.

LA MARIPOSA

Un pilluelo de cuerpo endeble y pálido, extremadamente pálido. Sobre esa palidez, en medio de ella, dulces, serenos, profundos, un par de ojos de negrura imponderable. Y todas las melancolías suavísimas de un crepúsculo otoñal colmaban esos ojos de un inefable y ternísimo misterio..... Contemplándolos de cerca, muchas veces me pareció ver á través de su infinita serenidad, el vuelo silencioso y lánguido de las hojas amarillas en una tarde agonizante... Fuera de este delicadísimo rasgo de belleza, ningún otro carácter estético avaloraba su fisonomía exangüe.

En el pueblo, nadie le conceptuaba favorablemente. Antes bien, todo el mundo pensaba mal de él. Hasta su misma madre se dejaba arrastrar por el torrente de la opinión general.

Lamentábase de continuo la pobre mujer, montada en vivísimo enojo unas veces, otras, saturado el corazón de dolor.

Descompuesta por la ira, una ocasión me decía:—Ay, señor, ese muchacho es mi tormento; usted no se imagina lo que me hace sufrir; por causa suya tengo siempre la cabeza ardiendo!

—¿Qué le ha hecho?

—Lo de siempre, lo mismo de siempre, lo que no deja de hacer un solo día. Ya usted sabe lo que hace. Quedarse con la boca abierta ante cualquier cosa, en vez de ir á vender el pan. Hoy he perdido otro cliente y pronto llegará el día en que los habrá perdido todos.

En un ímpetu se arrancó á la cólera que la embargaba, para echarse en brazos de la más honda congoja.

Una violenta ráfaga dolorosa batió su alma desesperadamente, y en la conmoción del espasmo su voz se elevó de nuevo hirviendo de sollozos y de lágrimas.

—Qué desgraciada soy!..... Nadie tan desgraciada como yo!... Desamparada en



el mundo, y el hijo único ser como es, un cuerpo sin alma ó un idiota, como dicen las gentes.

Alguien había, empero, que pensaba de muy distinta manera á como pensaban élla y el resto de las gentes.

Psicólogo sutilísimo y de estirpe apolínea, el joven médico desde un principio adivinó que en el fondo de aquella alma de niño, alumbraba tímidamente una blanca estrella de poesía.

Pero á la humana estupidez le sobraban razones para juzgar tan tristemente al raro granuja. Además del silencio, del silencio que habitualmente mantenía cerrados sus labios descoloridos ¿acaso no lo veía á menudo contemplando, embelesado y absorto, ya el oro de los cielos nocturnos, ya las mágicas rosas y las dulces violetas crepusculares? . . .

Acaso no lo habían sorprendido ininidad de veces bajo las acacias de la abadía, tirado sobre la hierba, los ojos en lo alto, arrobado y extático con el canto de los pájaros, la música de los follajes y la melodiosa cadencia de las brisas? . . .

Vaya que si tenía razones en qué fundar su dicho la humana estulticia!

Tanto más cuanto que él era incorregible. A nada conducían rigores y castigos maternos, lo mismo que las burlas y maldades con que le acribillaban los pilluelos vagabundos.

Con tal de que no se le segaran las fuentes de su encanto y de su hechizo, todo le importaba poco, todo se le daba un bledo en su plácida inconsciencia de animalillo melancólico.

*

Cierto día, el joven médico, psicólogo y artista, llegó á casa visiblemente emocionado. Por él supe que momentos antes la terrible ponzoña de un áspid había matado al chico en el sitio mismo de su delicia, bajo la fronda opulenta de las acacias en flor.

A la vez brotó de nuestros labios un sentimiento de pena y el deseo de verlo por la vez última.

Salimos.

Sobre el fino tapiz musgoso reposaba el cadáver, junto á él la cesta de pan y abrazada con él la madre, la pobre madre desolada.

Al rededor de ellos todos los habitantes del pueblo, desde el boticario y el cura hasta las comadres desarrapadas y astrosas.

Aquella clamaba con acento de honda desesperación:

—Hijo mío, hijo mío!

Y el grito desgarrador se perdía en los aires, sin despertar en la naturaleza el más ligero eco de compasión.

Indiferente á la felicidad y al dolor humanos, sus pájaros y sus céfiros, como siempre, ejecutaban un concierto entre las frescas ramas de los árboles.

El tristísimo lamento fué poderoso sin embargo, á conmover en sus más íntimas fibras el alma de la tosca y obscura multitud. Algunos ojos derramaban copiosas lágrimas, muchas gargantas se esponjaban al paso de los sollozos. Mas, imprevisto verificóse en su fisonomía un sensible cambio de expresión.

La causa?

Una gran mariposa de nieve deliciosamente bella.

Largo rato clavadas en los dos seres inmóviles, las miradas se levantaron y fueron á fijarse en la blancura milagrosa de las sedosas alas desplegadas. Estas se agitaban lentamente, perezosamente. Parecía estar rendida de cansancio y de fatiga la gentil mariposa.

—Debe venir de muy lejos—dije yo. ¿De donde vendrá?

—Te equivocas—respondió mi amigo—no viene sino que va. ¿A dónde irá? debieras más bien decir.

Tras un corto silencio, agregé:

¿Porqué dudar que sea ella una alma,—el alma del chico en viaje á ideales paraísos?

ANTONIO R. ALVAREZ.

Caracas: 1903.

POR EL ARTE

Para el eximio poeta Andrés Mata.

Tu verso es una joya literaria que en el cielo del Arte resplandece, una música blanda que adormece, una estrella que brilla solitaria.

Con la dulzura de tu rima varia el humano dolor desaparece, yes, á medida que tu canto crece, la embriagadora languidez de un aria.

¡Poeta ilustre! ¡Trovador galano! Révelase en tu acento soberano del clasicismo la inmortal grandeza;

Y por eso la trompa de la fama pregonando tus glorias, te proclama el egregio cantor de la Belleza!

SATURIO RODRIGUEZ BERENGUEL.

Caracas: 1903.



AUGURAL

En aquella noche luminosa se alzó un comensal pálido de la mesa de orgía, vertió champagne en la copa ta-

citurna y con gesto casi divino dijo estas palabras de revelación:

—El reinado de la fealdad no puede prevalecer y otros días han de venir. De la ruin multitud saldrá como una fosforescencia de un estercolero, el esperado Redentor del viejo Arte moribundo. Volverá Atenas, y en la yacente arena del Parthenon derruido germinará un hongo de luz que se esparcirá por el mundo. Apolo desatará a su clámide como un iris piadoso y vibrará su resonantelira tricorde; Afrodita verá de nuevo en torno de su desnudez divina las emblemáticas palomas de Apulia; la antorcha que se apagó en las manos del último heleno en las fiestas del Titán se encenderá por nueva vez en el santuario del Cerámico y una falange futura y victoriosa la llevará como una flor de incendio, votiva y simbólica, que no se apagará más; las gasas de las túnicas desceñidas ondearán en el Agora y tornará á brillar la sonrisa incitadora en las bocas alejandrinas; la cornucopia cereal derramará sobre los nuevos valles los capitosos racimos hartos de miel y la sangre de sus rosas inflamadas; Pan tornará á ser el alma risueña del mundo y su flauta encantada congregará los nuevos rebaños de Ninfas y Driadas en el misterio de las forestas tracias; Venus victa será nuevamente vencedora y su sonrisa radiará sobre todas las almas la luz de una resurrección.

—La fealdad de estos tiempos tristes y adversos, como Troya en el verso augural de Homero, verá también su último día. El morbo insano que ha prendido en las venas de los pueblos de Jasón bastarda fiebre de oro; la ignoble ansiedad cartaginesa que ha emporrado los trirremes sagrados hacia

playas profanas, entre fan-gales astrosos; el cilicio estéril que ha afeado los cuerpos y magullado las carnes dolientes; la irritante vulgaridad triunfadora que ha golpeado de muerte con su bota pataneza la excel-

situd de la Belleza antigua y pasea su vientre ahito de Faltaff por las avenidas del tiempo; Sancho Panza y Gambrinus y Gargantúa, grotesca triada que ha profanado las amables leyendas con el vulgar sentido común, que ha vertido en las nobles ánforas de Hélade los horribles brevajes de la química y ha trocado el esplendor de las viejas bacanales dionisiacas en feascaricaturas de placer bajo y bajo sensualismo, todo, todo pasará, y en el remoto futuro se encenderá una luz piadosa que guiará á los electos hacia un Ideal más bello, una Vida más dulce y una Muerte más augusta.

—Amor derramará entonces el elixir milagroso de resurrección y de vida; Amor, que es savia en los tallos, pollen en las corolas, fuego en los volcanes, iris en los cielos, luz en las almas y dulce ansia turbadora en los corazones.

—La prohibición que pesó como un divino castigo separando las sitibundas bocas amantes no será ya más, y á la sombra de los arrayanales florecidos los besos borrarán la infecunda plegaria de los labios dolorosos.

—Y yo que soy el bardo del Amor y de la Vida, yo que canto las risas y los besos porque besos y risas son el ánima del mundo, auguro que ya se acercan los días rientes, los días de piedad y de amor. Un capitoso efluvio de vid madura y de sangrientas rosas vírgenes viene en las ráfagas de las frondas lejanas, y otro cálido efluvio misterioso, pasa ya, como una evocación de redivivos tiempos paganos, soplando madrigales tras los oídos sonrosados y cantando la sana alegría antigua que palpité como una musa sagrada en las odas del viejo Anacreonte, en los gritos de Safo y en los sagrados versos de Ovidio, ebrios de falerno, de vino rhodio y de rebosantes copas ciprinas.

—Y en tanto que en el cercano futuro se alistan los paladines bravios que han de pelear la batalla reivindicadora del Ideal antiguo y de la antigua Belleza, bebanos, oh amigos! bebamos, mientras tiemble en nuestras manos el oro de las copas y en el cielo el oro de las estrellas.

Dijo el poeta—y en el diáfano vientre del vaso taciturno el champagne temblaba como una gema blonda sobre un dedo fatal.

JUAN C. TINOCO.

1903

A continuación de estas líneas publicamos el *Veredicto* del Jurado constituido para el Certamen literario con que nos propusimos celebrar el duodécimo aniversario de la fundación de esta Revista.

Este concurso de los ingenios patrios á una nueva justa, ha venido á comprobar la exactitud de nuestras ideas relativas á la literatura venezolana y que exponemos en la sección editorial de este mismo número, y justifica las razones que tuvimos para exigir que las producciones remitidas, se refriesen solamente á asuntos de carácter nacional; no obstante que la restricción del tema pudiese ser, como en efecto ha sido, motivo de la falta de concurrencia de algunos escritores que deseaban que el tema fuese enteramente de su libre elección.

Por anuncio general, y por invitación directa á casi todos, fueron excitados á concurrir los escritores venezolanos, residentes en el exterior, en el interior y en la Capital de la República; y muy personalmente fueron invitados, los señores Gil Fortoul, Rufino Blanco Fombona, Miguel Eduardo Pardo, César Zumeta, Angel César Rivas, M. Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Fernández García, Maximiliano Guevara, Juan Arcia, Alejandro Carías, Eloy G. Gantález, Felipe Larrazábal hijo, Rafael Silva, Octavio Hernández, y muchos otros. Enumeración que hacemos, porque después del veredicto alguien ha extrañado y llevado á mala parte nuestra excitación directa, que no podía revelar sino nuestro personal aprecio á los jóvenes escritores.

Justamente hasta la hora y día señalados para cerrarse la admisión de composiciones, estuvimos recibiendo de nuestros escritores de dentro y fuera del país.

Cuanto á la consagración, al cuidado, á la rectitud y á la imparcialidad de los Jurados, puede juzgarse por el nombre y reputación de cada uno de ellos; por las composiciones laureadas y por el mismo historial de un incidente de que más adelante damos cuenta y que se produjo luego de conocerse públicamente el Veredicto. Puede calificarse fuera de concurso la competencia del jurado doctor don Eduardo Calcaño en materia literaria, y están fuera de toda sospecha la integridad y la probidad que hay fundados motivos para esperar de su alta y seria situación social, de su autoridad académica y de sus dotes de carácter. Basta también recordar el nombre del General Arismendi Brito, para estar seguros de la inflexible conciencia de su voto y de la incuestionable entereza que es el distintivo de sus actos. Respecto al señor doctor Francisco Pimentel, nunca se le ha visto demostrar preferencias ni parcialidad por ningún género ni personalidades de las letras, en tanto que sus trabajos críticos le exhiben como un analizador preocupado primordialmente del concepto de una excesiva severidad. Mata y Pimentel Coronel son dos jóvenes poetas, distinguidos, aplaudidos y reconocidos como formando en el número de los intelectuales de más extensa reputación en todo el continente hispano. Recíprocamente, cada jurado ha venido á cumplir su encargo bien instruido, por un largo conocimiento, del carácter y naturaleza de criterio de sus otros colegas; y un respeto cuidadoso por sus dotes ha aconsejado la deliberación final.

Réstanos expresar públicamente á los mencionados caballeros nuestro reconocimiento por el último servicio que su autoridad y sus facultades acaban de prestar á EL COJO ILUSTRADO.

Hé aquí el *Veredicto* del Jurado:

SEGUNDO CERTAMEN LITERARIO

«EL COJO ILUSTRADO»

VEREDICTO

El día tres de diciembre de mil novecientos tres, se reunió el Jurado, constituido por el doctor Eduardo Calcaño, que lo presidió, general Pedro Arismendi Brito, doctor Francisco Pimentel y señores Andrés Mata y Manuel Pimentel Coronel.

El señor J. M. Herrera Irigoyen, Director de EL COJO ILUSTRADO, hizo entrega de los trabajos enviados al Certamen, siguiendo el orden de fecha en que los había recibido.

Correspondientes á la sección *Cuestionario*:

Literatura Venezolana.

El movimiento literario de la última década.

Correspondientes á la sección de cuentos:

Elena de Peñalver,

Jacintica,

La cautiva,

Maldita sea la guerra,

Los enamorados de Rosita,

Casimiro,

Idilio roto,

El perro nevado,

Nube negra,

Después de la batalla,

Alma cara de mujer,

Juan Figueira,

El zapatero de las monjas,

Doble ruina,

Flor de sangre,

Hojas secas,

No matarás,

La Bandera,

Adela,

Música bárbara,

Dramas oscuros,

Por la patria,

Un certamen original.

Y correspondientes á la sección *poemas*:

Himno patriótico,

Episodio trágico,

Hostia Pro Patria,

La venganza de Yaurepara,

Ricaurte,

Idilio y drama,

El padre de Inocencio,

Los parias,

Poema triste,

Amor y traición,

Sangre del trópico,

Patria la mestiza,

La vuelta del recluta,

Sorocaima,

Del montón,

Bolívar,

El 9 de diciembre,

y un sobre cerrado que dice:—«Para el concurso de EL COJO ILUSTRADO.—Firma.»—Como este sobre carecía del pliego correspondiente, el Jurado lo separó de los trabajos presentados.

El señor Herrera Irigoyen manifestó además, por escrito, que todos los trabajos habían sido leídos separadamente por cada uno de los miembros del Jurado.

Que él, por su parte, los había leído y encontraba, que entre los cuentos había más de uno digno de premio;

Que siendo el premio de cuentos sólo una pluma de oro, deseaba mejorarlo en esta forma:

Para el cuento que premiara el Jurado B. 160;

y dos plumas de oro para que fuesen sorteadas entre los cuatro cuentos que determinaba en sobre cerrado que consignó en manos del Jurado para que fuese abierto después del veredicto. El Jurado aceptó la mejora y se reservó dar ó no su aprobación á la elección de los cuentos.

Procedióse luego á la votación de los trabajos correspondientes al Cuestionario y resultó premiado por unanimidad el intitulado

LITERATURA VENEZOLANA

En discusión los trabajos correspondientes á la sección de cuentos, votó el señor Andrés Mata por *Música bárbara*, el doctor Francisco Pimentel por *La Bandera*, el señor Pimentel Coronel también por *La Bandera*, el general P. Arismendi Brito por *Adela* y el doctor Eduardo Calcaño por *Dramas oscuros*.

En una segunda votación, después de haber sido releída

LA BANDERA

obtuvo la mayoría con el voto del doctor Eduardo Calcaño.

Acto continuo se abrió el sobre enviado por el Director de EL COJO ILUSTRADO, con los siguientes trabajos titulados así:

Música bárbara,

La Bandera,

Idilio Roto, y

Adela.

El Jurado aprobó esta elección del Director de EL COJO ILUSTRADO; pero como *La Bandera* había sido ya agraciada por el Jurado, sorteó las dos plumas de oro entre los tres cuentos restantes y resultaron favorecidos:

MUSICA BÀRBARA

Y

ADELA

Procedióse luego á la votación de los poemas y fue premiado por unanimidad el intitulado

LA VENGANZA DE YAUREPARA

Y obtuvieron mención honorífica, los intitulados:

SANGRE DEL TRÓPICO,

HOSTIA PRO PATRIA,

PATRIA LA MESTIZA

Y SOROCAIMA;

Y entre los cuentos:

DRAMAS OSCUROS.

EDUARDO CALCAÑO.

P. ARISMENDI B.

FRANCISCO PIMENTEL.

ANDRÉS MATA.

M. PIMENTEL CORONEL.

NOTA.—Rotos los sobres que contienen las firmas correspondientes á las composiciones premiadas, resultaron ser:

Del Cuestionario, «Literatura Venezolana», el señor Gil Fortoul.

Del cuento «La Bandera,» señor A. Fernández García.

Del Poema «La Venganza de Yaurepara» el señor, Udón A. Pérez.

Del cuento «Adela,» el señor Mariano Herrera Tovar.

El autor de «Música Bárbara» no acepta el premio, de consiguiente no tiene objeto dar aquí su nombre.

*

Al día siguiente de conocerse el resultado del Veredicto, el autor de *Música Bárbara* llamó por teléfono, desde el campo, al Director de EL COJO ILUSTRADO, para manifestarle su profundo disgusto por la apertura del sobre que traía la firma de su cuento; y luego, ya en Caracas, se acercó al Director á ratificar lo dicho antes y á hacerle saber que no aceptaba el premio porque, si bien agradecía al Director el aprecio que había hecho de su cuento, no era premio del Jurado, ni había sido anunciado en el Certamen.

Sin entrar en consideraciones de ningún orden, podría decirse que hasta ahí estaba en su derecho el autor de *Música Bárbara*.

El Director de EL COJO, necesariamente contrariado por la ocurrencia, le explicó que, *antes del Veredicto*, en el acto de reunirse el Jurado para deliberar, había manifestado á éste, por escrito, el deseo de mejorar el premio de cuentos en la forma y por los motivos que ya han visto los lectores en el Veredicto; que el Jurado había aprobado la mejora, reservándose aprobar ó no la elección de los cuentos para el sorteo de las dos plumas; que después de haberse hecho la votación para el premio de 160 bolívares, que favoreció á *La Bandera*, se había abierto el sobre del Director de EL COJO y que el Jurado había aprobado la elección de los cuentos para el sorteo de las plumas de oro; y que supuesto que todo ello resultaba en desagrado del autor de *Música Bárbara*, por creerlo éste incorrecto, lamentaba lo ocurrido y aseguraba que todo se había hecho con la mejor intención y buena fe.

¿Qué otra explicación podía dar el Director de EL COJO?

¿Qué mayor garantía de la buena intención que la presencia del señor doctor Eduardo Calcaño, Presidente del Jurado, padre político del autor de *Música Bárbara*, y conocedor del estilo del autor?

Pero como no obstante esa explicación insistiese el autor en reiterar, alterado, muchas veces más lo dicho ya, sin indicar remedio alguno posible para un hecho consumado, hubo de terminar la entrevista, como toda discusión inútil.

En toda ocasión ha demostrado el Director de EL COJO especialísimo aprecio personal por el autor de *Música Bárbara*, y su admiración por sus glorias literarias; y éste ha debido pensarlo así por más de un motivo. Ha sido editor espontáneo de dos de sus obras y agente oficioso para la circulación de todas ellas en la República.

EL COJO ILUSTRADO, en los 12 años que lleva de existencia, no ha cesado de registrar en sus columnas cuanto á ellas ha venido en aplauso del referido autor. No se explica, pues, cómo ha podido ocurrírsele llamar nuevamente por teléfono al Director de EL COJO, para decirle «*que le daba las gracias porque sabía á ciencia cierta*, que en el Certamen se había efectuado un *cucambé*; y como el Director de EL COJO le replicase que no comprendía lo dicho, agregó: *Su conciencia se lo explicará.*»

Toda persona discreta debe guardarse de penetrar en el fuero interno de los demás, y más aún cuando se está ofuscado por la pasión, porque sería fácil incurrir en gravísimos errores y á veces caer en el ridículo.

Hé aquí algunos documentos que demuestran la conciencia del Director de EL COJO y del Jurado.

Caracas: 6 de diciembre de 1903.

Señor Doctor Eduardo Calcaño.

Muy distinguido amigo:

Acepte mis más cumplidas gracias por la generosidad con que ha prestado usted sus valiosos servicios como Jurado en el Certamen literario de EL COJO ILUSTRADO, llevado á efecto recientemente.

Y le ruego que se digne contestar al pie de estas líneas, para mi propia satisfacción, acerca de los particulares siguientes:

Si es cierto que conforme fueron llegando las

composiciones del Certamen las enviaba á usted, alternando con los demás señores del Jurado, á su propio hogar, para su lectura y estudio detenido.

Si es cierto que nunca ví á usted, sino sólo la víspera del veredicto, por haber venido usted á mi oficina, y que en ese día ni en el siguiente, ni antes ni durante la discusión de los Jurados, me oyó usted ni la más ligera palabra que pudiese insinuar en el ánimo de ustedes mi opinión acerca del resultado probable del veredicto, ni mi opinión acerca de ninguna de las obras sometidas á su dictamen.

Si es cierto que cuidadosamente he respetado á usted en este asunto como á hombre honrado incapaz de cometer la villanía de prestarse á insinuaciones de nadie, ni mucho menos del promotor del Certamen, para efectos del veredicto.

Soy de usted afectísimo amigo y servidor,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Macuto : 7 de diciembre de 1903.

Señor Don Jesús María Herrera Irigoyen.

Estimado amigo :

Contesto á la carta precedente de usted diciéndole que todos los particulares en ella expresados son absolutamente ciertos aun en sus más leves pormenores.

Pero no puedo terminar mi respuesta sin manifestarle que nunca hubiera creído procedente la necesidad de esta inquisición, tratándose de hombres de la respetabilidad de usted y mía y de los demás Jurados.

Soy su afectísimo amigo,

EDUARDO CALCAÑO.

Caracas: 6 de diciembre de 1903.

Señor Pedro Arismendi Brito.

Muy respetado amigo:

Presente.

Cumplo el gratísimo deber de dar á usted expresivas gracias por los valiosos servicios que amablemente ha prestado á EL COJO ILUSTRADO, como jurado en el Certamen literario que se ha llevado á efecto.

Y le ruego que, para mi propia satisfacción, se digne contestarme al pie de estas líneas, cómo son ciertos los particulares siguientes:

Que una á una, conforme fueron llegando las composiciones al Certamen, las iba enviando á usted, á su propio hogar, para su lectura y estudio;

Que cuidadosamente me he manejado con usted, dejándole, necesariamente, en la más absoluta libertad, sin la más leve insinuación de mi parte que pudiese influir en el criterio de usted acerca de las composiciones sometidas á su estudio.

Que rigurosamente le he respetado como á hombre honrado incapaz de cometer la villanía de prestarse á insinuaciones de nadie ni mucho menos del promotor de este Certamen, para proceder al veredicto del Jurado.

Que ni antes, ni durante sus discusiones como Jurados, yo no he proferido ni una sola palabra que pudiese revelar á ustedes mi parecer acerca del resultado probable de la sentencia.

Que al devolverme el cuento *Música Bárbara*, cuando lo envié á usted para su estudio, me dijo usted: «Me parece obra de Sales Pérez»; á lo que yo contesté: No crea usted eso, señor: ese cuento no puede ser obra sino de algún maestro del lenguaje y de la forma. (*)

Con sentimientos de la más respetuosa consideración, soy de usted muy afectísimo amigo y S. S.

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Estimado señor Herrera :

Todo cuanto usted expresa en su anterior es de la más completa exactitud.

De usted con todo respeto afectísimo amigo y S. S.

P. ARISMENDI B.

(*) La pluma excelente de Sales Pérez, no puede considerarse sino desde otro punto de vista, y está destinada á otros fines.

Caracas: 6 de diciembre de 1903.

Señor Doctor Francisco Pimentel.

Presente.

Estimado señor y amigo:

Cumplo el deber, muy grato para mí, de dar á usted muy sinceras gracias por los valiosos servicios que tan generosamente ha prestado usted á EL COJO ILUSTRADO como Jurado del Certamen literario llevado á efecto.

Y á la vez le suplico para mi propia satisfacción, se digne contestar al pie de estas líneas acerca de los siguientes particulares:

Si es cierto que en las ocasiones en que he tratado algún asunto con usted, yo le he demostrado los mayores miramientos.

Si es cierto que en nuestro trato no ha habido jamás intimidades de ninguna especie.

Si es cierto que las composiciones venidas al Certamen, las enviaba á usted, á su casa, en turno con los demás miembros del Jurado, conforme iban llegando á mis manos, para que usted tuviese tiempo de estudiarlas.

Si he tenido yo alguna conversación con usted que haya podido influir en su ánimo para formar su opinión acerca de las composiciones sometidas á su examen.

Si me dijo, *motu proprio* que «*La Bandera es un cuento de primer orden.*»

Si en otra ocasión dije á usted que habían llegado otros cuentos de primer orden y que luego los envié á usted para su estudio.

Si he guardado á usted todo el respeto debido, como á hombre de honor incapaz de cometer la villanía de dejarse influir por el promotor del Jurado.

Y finalmente, si durante las discusiones del Jurado acerca de los cuentos sometidos á su dictamen, oyó usted de mí la más ligera palabra que hubiese podido influir en el ánimo de usted para su libre votación.

Soy de usted S. S. y amigo,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Caracas: 8 de diciembre de 1903.

Señor Don J. M. Herrera Irigoyen.

Presente.

Estimado señor y amigo:

Usted no me debe reconocimiento alguno, antes soy yo quien debe estar agradecido por el honor que me dispensó usted, al elegirme para formar parte del jurado, en el último Certamen llevado á efecto por EL COJO ILUSTRADO.

Son de todo en todo ciertos los particulares á que se refiere la apreciable carta de usted de 6 del presente mes.

El proceder de usted, en el asunto de que se trata, fue el de un cumplido caballero.

Esto último no había necesidad de decirlo. ¿Quién no lo conoce á usted? ¿Quién no sabe que es por Oriente por donde nace siempre el sol?

Soy de usted atento S. S. y amigo,

FRANCISCO PIMENTEL.

Caracas: 6 de diciembre de 1903.

Señor Andrés Mata.

Estimado señor y amigo:

Doy á usted las más cumplidas gracias por los valiosos servicios prestados por usted como Jurado del Segundo Certamen de EL COJO ILUSTRADO.

Y le suplico se sirva contestarme al pie de estas líneas acerca de los particulares siguientes:

Si es cierto que en todas las ocasiones en que hablamos acerca de las composiciones venidas al Certamen, demostré á usted, respecto de los cuentos, la necesidad de verlos muy escrupulosamente por haber venido muchos muy buenos, como *Música Bárbara*, *La Bandera*, *Idilio Roto* y otros más;

Si es cierto que viniendo una vez, juntos, de los baños de ducha, me dijo usted: «Ojalá para bien de EL COJO ILUSTRADO que resulten premiadas obras de los escritores más renombrados como Zameta, Díaz Rodríguez, Gil Fortoul, etc.»;

Si es cierto que yo le contesté: «Ojalá que así sea; pero usted, como yo, comprenderá que lo que especialmente interesa es que se juzgue sin presumir quién sea el autor aunque se le conozca por el estilo, sino guiándose única y exclusivamente por las obras presentadas»; y usted contestó: «Claro está y así debe ser»;

Si es cierto que jamás emití á usted ninguna opinión que pudiese ofender su decoro como Jurado, pues he respetado á usted y á todos los demás como á hombres honrados incapaces de incurrir en la villanía de dejarse influir por insinuaciones extrañas; y menos aún del promotor del Certamen.

De usted afectísimo amigo,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Al Señor Herrera Irigoyen.

E. L. U.

Estimado amigo:

Son rigurosamente ciertos todos los particulares á que se contrae la carta precedente.

Su apreciador y amigo afectísimo,

ANDRÉS MATA.

Diciembre 7.

Caracas: 7 de diciembre de 1903.

Señor M. Pimentel Coronel.

Estimado amigo:

Mis más cumplidas gracias por los valiosos servicios prestados por usted como Jurado del Segundo Certamen literario.

Le suplico que se digne contestarme al pie de estas líneas acerca de los particulares siguientes:

Si es cierto que ya en los últimos días de noviembre excité á usted por escrito á venir á EL COJO para que leyese cuidadosamente muchas composiciones excelentes llegadas en aquellos días, tales como *Idilio Roto* y *Música Bárbara*. Y que al venir á EL COJO me dijo usted: «Dado mucho que ningún cuento supere á *La Bandera*»;

Si á excitación de usted por parecerle admirable el poema *La Venganza de Yarepara*, lo leí yo en alta voz á su presencia, y al terminar agregó usted: «Es el mejor poema indiano que se ha escrito en Venezuela»;

Si en alguna ocasión en que hablamos ha oído de mí la menor palabra que hubiese podido interpretarse como insinuación en favor de determinada obra.

Si yo, cuidadosamente he respetado el criterio de usted, dejándole en la más absoluta libertad como hombre honrado incapaz de cometer la villanía de dejarse influir por el promotor del Certamen.

Soy de usted afectísimo amigo,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Caracas : diciembre 7 de 1903.

Señor J. M. Herrera Irigoyen

Director de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Estimado señor Herrera :

Contesto afirmativamente los particulares de su carta de esta fecha, en lo que á mí se refieren; y afirmo la severa imparcialidad de usted en los actos y decisiones del Certamen que promovió, cual correspondía á su carácter, y al de los miembros de un Jurado literario, quienes por muchas y todas las razones tenían que ser ajenos á lo que no fuese la cuestión de arte en que les tocaba decidir.

Soy su aftmo. amigo,

M. PIMENTEL CORONEL.

Las cartas que siguen dirigidas á los señores Fernández García y Alejandro Carías, y sus respectivas contestaciones, acabarán de revelar al lector cómo es el criterio de quien supone:

1º Que el Director de EL COJO ha sido parcial, y de que el Jurado le ha complacido.

2º Que el Director de EL COJO es completamente ignorante en asuntos literarios, como la Soberbia quiere que lo sea; y que no puede formar opinión de las obras de escritores de la talla del autor de *Música Bárbara*.

3º Que el Director de EL COJO tiene poco aprecio por la personalidad literaria del referido autor.

4º Que ha habido parcialidad del Director de EL COJO y del Jurado, supuesto que gustándole

á aquél *Música Bárbara*, resultó premiada *La Bandera*.

5º Que el Director de EL COJO tiene motivos para interesarse por el señor Fernández García, porque han estado siempre partiendo un confite, en amistad íntima!.....

Y 6º Que el doctor Eduardo Calcaño le tenga ojeriza al autor de *La Bandera* como lo dijo este mismo, y no obstante le da su voto que decide de la votación.

Caracas : 7 de diciembre de 1903.

Señor A. Fernández García.

Presente.

Estimado amigo :

Sírvase usted contestarme con rigurosa exactitud, al pié de estas líneas, y sin temor de herirme en lo más mínimo, si son ó no ciertos las particulares siguientes :

Si siempre ha tenido usted la preocupación de que yo le tenga mala voluntad, y si me lo manifestó usted así en alguna ocasión, sin que yo hubiera hecho mucho esfuerzo por disuadirlo ;

Si al anunciarme usted que tenía un cuento magnífico para el número de gala, lo excité á que más bien lo enviase al Certamen ;

Si es cierto que usted desconcó de mi excitación, y si habiéndole excitado de nuevo asegurándole la imparcialidad del Jurado, usted resolvió enviarlo y lo hizo venir luego ;

Si días después le dije que había conocido su cuento por su estilo, y que me había parecido muy bello ;

Si muchos días después, al hallarlo en la Plaza Bolívar, le dije : « El premio de cuentos será reñido porque han venido algunos muy buenos, entre ellos uno titulado *Música Bárbara* que me parece de primer orden » ;

Si es cierto que usted se preocupó con mis palabras y no volvió más por la Oficina de EL COJO ; y aun demostró desconfianza con alguno de sus amigos, respecto de mi imparcialidad.

De la misma manera, suplico á usted que me diga honradamente, sin reservas de ninguna especie, aunque ello le mortifique, cuanto he dicho á usted, acerca de *Música Bárbara é Idilio Roto*.

Soy su afmo. amigo,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Caracas : 7 de diciembre de 1903.

Señor don J. M. Herrera Irigoyen.

Ciudad.

Estimado amigo :

He recibido su atenta carta que contesto :

Por circunstancias que no son del caso traer aquí, había hecho la resolución de no concurrir al Certamen Literario de EL COJO ILUSTRADO, y así se lo había hecho saber á usted. En cierta ocasión le hablé de un cuento que había escrito para el número de gala de su periódico ; y al participárselo así, usted me excitó repetidas veces á enviarlo al Certamen ; cosa que hice después. Pasados algunos días, me dijo usted que me había reconocido por el estilo, y que habían concurrido otros cuentos de singular belleza, entre los cuales había dos magistrales ; uno titulado *Música Bárbara* y otro *Idilio Roto*, y que por esa circunstancia el Veredicto del Jurado iba á ser muy discutido. Fue entonces cuando yo resolví no volver á la Redacción de EL COJO ILUSTRADO como tengo por costumbre, para evitar que llegara á mí, como podría suceder, alguna opinión de los miembros del Jurado.

Luego lo ví á usted una mañana en la Plaza Bolívar, y hablando entre otras cosas del Certamen, usted se manifestó muy contento porque habían concurrido trabajos muy brillantes ; y con respecto al premio de cuentos me hizo usted comprender que la discusión sobre ese número del Certamen iba á ser muy reñida.

Con respecto á la pregunta personal de su carta, celebro que se me haya presentado la oportunidad de decirle que siempre he tenido la creencia, y así se lo he manifestado á usted cuando ha sido oportuno, con la franqueza de mi carácter, y así se lo he dicho muchas veces á mis amigos íntimos—

de que nuestra amistad es sumamente superficial, apesar de nuestro trato diario, y que he notado en muchas ocasiones una suerte de ojeriza velada por su educación y su cultura.

Lamento cualquiera que sea el motivo que lo haya obligado á usted á pedirme esta explicación, y me suscribo su atento amigo :

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

N. DEL E.—El señor Fernández García, acaso por distracción, no ha contestado la última pregunta. La contestación debiera ser esta : Herrera Irigoyen dijo á Fernández García, que en su opinión la forma de los cuentos *Música Bárbara é Idilio Roto*, le parecía superior á *La Bandera* ; pero que la idea de *La Bandera*, era superior á la de los otros.

Caracas : 11 de diciembre de 1903.

Señor Alejandro Carias.

Presente.

Muy estimado señor y amigo :

Tenga usted la bondad de decirme con rigurosa exactitud, si son ciertos los particulares siguientes : Si un día que me hallaba yo en mi oficina, con un cuento impreso en galeradas, en mis manos, disponiéndome á la lectura, entró usted y se sentó á mi lado.

Si al leer yo el título « *Música Bárbara*, » dije : « la música del título me parece cosa de Díaz Rodríguez. »

Si es cierto que al leer el primer párrafo exclamé : « No puede ser de él. El habría entrado de manera más artística. »

Si al continuar su lectura de modo silencioso, me oyó usted decir : « este es su estilo, esta es la belleza de la forma propia de él ; estas son palabras que sólo él emplearía. » Y como la lectura me interesase sobremanera, usted igualmente se interesó, se acercó y fijó con avidez su atención.

Si es cierto que ya en la suposición de quien era el autor, me oyó usted imitar la propia voz del autor de *Sensaciones de Viaje*, su propio acento, para seguir la lectura y gustar de ella.

Le ruego al mismo tiempo se digne usted decirme lo que siguió después, y si le es á usted posible, qué impresión observó usted en mí acerca de lo que acababa de leer.

Soy su afmo. amigo,

J. M. HERRERA IRIGOYEN.

Caracas : 11 de diciembre de 1903.

Señor don J. M. Herrera Irigoyen.

Ciudad.

Respetado señor Herrera :

En contestación á la carta de usted—que en este instante terminé de leer,—digo á usted lo siguiente : que todas las cosas á que ella se refiere son rigurosamente ciertas,—que es verdad que una tarde, encontrándome en el salón de la redacción de EL COJO leía usted y yo escuchaba con curiosidad y fino interés, un cuento enviado al II Certamen de EL COJO ILUSTRADO, cuyo título era « *Música Bárbara*, » que también es verdad que al comenzar la lectura del cuento, el estilo, un sí es no es desaliñado, lo hizo pensar á usted, y luego á mí, que no era su autor, como al leer el título nos imaginamos, el mismo estilo del autor de « *Sangre Patricia*, »—que es también cierto que á la mitad de la lectura, usted y después yo, rectificamos nuestro juicio al observar cómo el estilo, constelado de bellezas, era, si no el mismo, muy semejante al estilo del autor supuesto,—que del mismo modo es verdad, que usted remedó, en el resto de la lectura del cuento, la voz y el ademán peculiares del mismo admirable autor, de tal modo que parecía oírlo á él mismo.

Además, le diré á usted cómo al salir, casi de noche, acompañé á usted á su casa, y allí en el corredor terminé usted la lectura. De todo lo cual comprendí, y así lo digo á usted, que evidentemente le produjo á usted el cuento *Música Bárbara*, una bella impresión.

Soy su amigo de veras,

ALEJANDRO CARIAS.

*

¿Cómo se sometió el pecado de abrir los sobres que contenían las firmas de los cuentos favorecidos con las plumas de oro ?

El Jurado con la mejor buena fe pensó que era bueno saber los nombres de las personas á quienes había honrado, y pidió que se abriesen.

El Director de EL COJO observó : « Eso se puede hacer ? »

El Jurado contestó : « Claro que sí, si están premiados. »

Y el mismo Jurado abrió los sobres.

¿ Y cómo juzgamos la magnitud del pecado ?

Hay que tomar para ello en cuenta las siguientes consideraciones :

1º Miembro del Jurado y Presidente de él, el señor doctor Eduardo Calcaño, padre político del autor de *Música Bárbara*.

2º El doctor Calcaño había conocido el estilo del autor, y así lo manifestó allí después del Veredicto.

3º Si hubiese creído el doctor Calcaño incorrecto la apertura del sobre, se habría opuesto á ello y le habría apoyado el Director de EL COJO supuesto que éste hizo observación que fue contestada.

4º La estimación personal siempre probada, jamás desmentida, del Director de EL COJO por el referido autor.

5º La suposición del señor Arismendi Brito de que el cuento *Música Bárbara* era obra de Sales Pérez.

6º La expresión del señor Mata : « *Ojalá, para bien de EL COJO, que los premiados resulten escritores de extensa reputación literaria, como Zumeta, Díaz Rodríguez, Gil Fortoul, etc.* »

7º y principal. El orgullo que pueda tener el autor de *Música Bárbara*.

Y venimos á convenir en que la balanza se inclina del lado del autor. De manera que el pecado tiene que existir y debe ser mortal.

Pero si sustituimos en el número 7º el orgullo del autor de *Música Bárbara* por el autor de *Adela* en cuerpo y alma, la deducción es á la inversa, porque la balanza se inclina entonces en favor del Jurado y este merece absolución plena y voto de gracia del autor de *Adela*.

Mas no importa : se quiere que el pecado exista ; y hay que aplicar la pena sin atenuaciones. Lástima que no sea posible aplicarles la pena mayor á todos los miembros del Jurado, para satisfacción del autor ; y luego al Director de EL COJO para que no le ocurra nunca, jamás, la barbaridad de pensar con acierto, coincidiendo con la opinión del Jurado, que lo aceptó y apoyó, ni decirlo cuando no se lo pregunta ningún autor, que los mejores cuentos venidos son *La Bandera*, *Música Bárbara*, *Idilio Roto* y *Adela* ; y para que no incurran más en la candidez de suponer que ampliar un premio es un acto de liberalidad que nadie puede objetar.

El Director de EL COJO cree firmemente que si el cuento *Música Bárbara* hubiera sido el favorecido con el premio, no habría faltado por ahí algún escritor bravío que echase mano de otro vocablo semejante, si no de la misma palabra *cuacambé*. El orgullo, la vanidad y la soberbia, no son buenos consejeros. De manera que si se ha ocupado en explicar lo ocurrido, no es seguramente porque le haya dado importancia á un prejuicio que solo merece profundo desdén, sino por demostrar que en verdad se necesita ánimo firme,—como bien lo ha dicho el señor doctor Laureano Villanueva en su reciente generoso editorial acerca de EL COJO ILUSTRADO,—para resistir y avanzar y vencer tantas ásperas dificultades como las que se oponen aquí al periodismo literario.

NOTA.—Tenemos en nuestro poder copia de carta del autor de *Música Bárbara* dirigida á los miembros del Jurado.

Pedimos á éstos respetuosamente nos den copia de las contestaciones respectivas, y autorización para publicarlas en caso necesario.

Creemos tener derecho á esto, desde luego que se trata de asunto que nos concierne.

*

A título de agradecimiento insertamos los siguientes sueltos editoriales con que nos honran respectivamente los señores Doctores Laureano Villanueva y Andrés J. Vigas :

DE "EL PATRIOTA"

« Nos asociamos á todos los amigos de EL COJO ILUSTRADO, para enviarle nuestros parabienes por el 12º aniversario de su existencia.

Más de un motivo de gratitud y amistad tenemos para congratularnos con esta Empresa, que honra la literatura y artes del país, por haber venido tantas ásperas dificultades como

ahogan aquí el periodismo científico y literario.

Hermosa ha sido la obra del señor Herrera Irigoyen; firme su ánimo para resistir y avanzar y vencer: incontrastable en el propósito de conservar sus páginas a la altura de la más refinada cultura intelectual y social: y atento siempre á enaltecer méritos públicos y aun privados, como si pensara, con loable acierto, que del brillo de la sociedad, del distinguido carácter de la educación de nuestras familias pende de la suerte y la reputación de la Patria.

El tendió en día de tristeza para nosotros una gasa de plexos de oro sobre una tumba que tanto amamos; otra vez elevó á nuestro hijo Carlos á un asiento de honor entre sus colaboradores, y otras dió asilo cortés á publicaciones que de algún modo podían interesarnos.

Felicítámonos, pues, de estar hoy en la dirección de un Diario, donde podemos significarle el mayor aprecio por su Empresa y la más ingenua congratulación por su prosperidad, y crédito dentro y fuera del país.»

DE "EL PREGONERO"

«VENEZUELA CIVILIZADA.—Con el número 288, que corresponde al día 15 próximo anterior, completa EL COJO ILUSTRADO su último tomo, que es el duodécimo de su publicación, para proseguir el primero de enero con las tareas de su nuevo año de existencia.

Congratularnos con su Director señor Herrera Irigoyen, por el feliz aniversario de la celebrada Revista que debe toda la vida y toda la robustez de que goza, á su perseverante, heroica devoción al lustre de las letras nacionales, es deber de personal amistad, que gustosamente cumplimos; y participar de sus júbilos de periodista emprendedor, siempre impaciente de progresivos adelantos, es también satisfacer el orgullo del gremio á que pertenecemos, con la contemplación de merecidos galardones, que no por ser ajenos dejan de redundar en honor de todos.

Pero también en la existencia de EL COJO ILUSTRADO y en sus labores triunfales, tiene el patrio sentimiento sobrados motivos de complacencia. El esfuerzo de su Director en sostenerla y sobrepajar los obstáculos que el vértigo asolador de las contiendas intestinas han creado á sus labores, ha sido esfuerzo meritorio, que ha sostenido dentro y fuera del país el concepto de civilización de creerse náufrago alguna vez, en el revuelto mar de nuestra vida política. Porque como en hermosa arca de verdad, la Revista ha guardado á flote el tesoro de nuestras letras, de nuestras artes, de nuestras ciencias, de cuanto intelectual y socialmente poseemos para no exhibirnos pobres de títulos y de energías en los estrados de la cultura universal, ni incapaces para prometer al hogar patrio un porvenir de dignidad y esplendor.

A nombre, pues, de Venezuela civilizada felicitamos al Cojo en su duodécimo aniversario y hacemos votos de ferviente esperanza por su estabilidad y progreso.

SUETOS EDITORIALES

DOLOR

ELVIRA se llamaba la tierna hija que ha visto desaparecer nuestro amigo el doctor T. Aguerrevere Pacanins, en medio de la fiesta de sonrisas y de gracias con que ella alegraba los días y el hogar del distinguido facultativo.

Que sean de resignación y de consuelo las horas en que los espíritus piadosos acompañan sinceramente al afligido padre y á los cuales nos unimos para llevarle el tributo de nuestra condolencia por su pena.

UN NUEVO DUELO

La sociedad de Valencia lamenta en estos días el sensible fallecimiento del señor don MIGUEL ALFONSO, que gozaba en aquella de extensas y valiosas relaciones, en las familias, en el comercio y en todos los gremios, caracterizadas por las muestras de sincero aprecio que había sabido conquistar con sus virtudes privadas y públicas, sus prendas de caballero y la rectitud de sus proceder.

Acompañamos á las familias ALFONSO y BETANCOURT en el profundo dolor que hoy las aflige.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

El Caucho en Venezuela, por B. Taveira-Acosta.—Atabapo.

Memoria presentada por el Secretario General del Gobierno de Carabobo á la Asamblea Legislativa del Estado en sus Sesiones ordinarias de 1903.

Mensaje que el Presidente Constitucional de Aragua presenta á la Legislatura del Estado en sus Sesiones ordinarias de 1903.

Anales de la Universidad Central de Venezuela, enero á junio de 1903.

Mensaje del Presidente Constitucional de Aragua á la Asamblea Legislativa del Estado en 1903.

In Principio, con licencia eclesiástica, por el Pbro. doctor Francisco J. Delgado.

Discurso del doctor J. M. Núñez Ponte, ante la Asamblea Académica que, presidida por el señor Ministro de Instrucción Pública, inició en el templo de San Francisco las fiestas jubilares de la Inmaculada Concepción.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Autógrafo del General Castro

El señor Presidente nos abruma con el testimonio de un honor que referimos, no al mérito de nuestros esfuerzos ni á la calidad de nuestra labor, sino á haber correspondido á ellos, y servidosnos de estímulo, la entusiasta acogida que les han dispensado la cultura y los deseos de excelencia del espíritu nacional y la provisión copiosa de finos elementos intelectuales que se ha puesto noblemente á disposición de una obra y un empeño de progreso y engrandecimiento patrio.

Enviamos al Señor General Castro los votos más cumplidos y sinceros de nuestro cordial reconocimiento por su espontánea manifestación.

Retrato del General Castro

Exorna una de nuestras primeras páginas el retrato del señor General Cipriano Castro, Presidente de la República.

Los acontecimientos de Venezuela en los últimos dos años, sobre todo, los que se relacionan con la política internacional, han hecho de la personalidad del Primer Magistrado un tema y un motivo frecuentes de semblanzas, de esbozos, de consideraciones y de debates en la prensa extranjera y en el mundo diplomático, en los cuales son elogiados ó censurados, atacados ó defendidos, delineados y comentados el nombre, la vida y los actos del Jefe de Estado sud-americano.

Todos los calificativos, todos los dictados más diversos han circulado por la prensa universal, constituyendo al General Presidente en un hombre de constante actualidad en el mundo político y en los asuntos americanos y situándolo en un punto de apreciación que ya corresponde á cierta jurisdicción histórica.

Retrato de la Señora Zoila de Castro

Acompaña al retrato del señor General Castro el de su señora esposa, á quien la sociedad, los gremios, los partidos políticos y notabilidades extranjeras que han tenido la oportunidad de conocerla y tratarla, han tributado siempre, con la más brillante justicia, el homenaje de un gallardo reconocimiento de sus virtudes excelentes, de sus condiciones de gran dama, de su inteligencia como esposa de un Jefe de Estado.

En nuestras tradiciones sociales se conservará siempre rodeado de muy merecidas simpatías el nombre y el recuerdo de la mujer ilustre que ha sabido colocarse en la discreta altura de su deber y su representación; y en los hogares afligidos, por la miseria, por las congojas del infortunio, su acción piadosa y benéfica será siempre bendecida y reverenciada.

Su reciente viaje á Europa ha sido una nueva oportunidad para exhibirla y apreciarla desde el punto de vista que corresponde al notable y difícil papel que ella representa hoy en la sociedad venezolana.

Al comenzar las tareas de un nuevo año, bajo las promesas de una paz valerosamente conquistada por su esposo, no deben faltar los homenajes de respeto y de alto aprecio con que EL COJO ILUSTRADO presenta á la distinguida y honorable dama los votos más sinceros por su constante ventura, en medio de un pueblo que acata y reverencia el caudal de sus hermosas virtudes.

Vuelve ciego!

CUADRO DE A. PLÁ RUBIO

La angustia que oprime el pecho generoso al contemplar la escena, es el más alto elogio que pueda hacerse á la idea y á la obra del artista, que hace exhalar á las actitudes, á las líneas y al color la exclamación de una infinita piedad por la miseria sin nombre que constituye el asunto de su creación.

Marchar, por el honor ó por la violencia, sobre los mirajes de la gloria de la Patria ó del lustre de las generaciones; dejar tranquilizadas por las promesas seductoras á la madre, á la esposa ó á la novia; aplazar las irrucciones del hogar para un día risueño, — que Dios hará venir, — de ventura gloriosa, de expansión cantora de gozo inefable; arrojar el alma y el cuerpo sobre el incendio creciente de las batallas y que, como un dardo de penetrante ironía, la flama siniestra arrebató de pronto, con la luz de las pupilas, los resplandores de la victoria, la visión de las banderas triunfales; y volver al hogar, ciego, mutilado de la vida más necesaria á la apoteosis de un vencedor heroico, solamente cabe en el concepto siniestro de aquel terrible *fatum*, desesperación del espíritu esclarecido de los Griegos, y no puede ser contenido el episodio sino dentro los límites infinitos de una con-

cepción genial, rebelde á toda crítica técnica y á toda consideración profesional.

Hércules

Ni siquiera la mitología de Júpiter, el dios del Olimpo, es tan rica en leyendas como la de este dios de la Fuerza.

Esas leyendas han inspirado innumerables obras literarias, y verdaderas legiones de imágenes, difundidas en todos los países, durante la antigüedad y durante los tiempos modernos.

Sus hazañas prodigiosas y casi todas las acciones de su vida, que son maravillas, han tenido por teatro las comarcas bañadas por el Mediterráneo, desde las costas de la Libia y la Fenicia hasta el país de los Hipóboreos.

Nació en Tebas, de la unión de Júpiter y Alcmena, y contó entre sus antepasados á Perseo, héroe de Argólida. Un hijo de Perseo, Alcacos (*el fuerte*), fue padre de Anfitríon (*el infatigable*), marido de la madre de Hércules; y otro hijo de Perseo, Electrion (*el deslumbrador*), fue el padre de Alcmena (*la fuerte*), madre del héroe.

Homero, en el canto XIX de la *Iliada*, y Hesiodo en su poema *El Escudo de Hércules*, han conformado la anterior genealogía.

Radamanto, el primer maestro del formidable tebano, le instruyó en sabiduría y en virtud, y Linos le enseñó la música. En un momento de cólera mató al último de estos maestros, causa por la cual Anfitríon le envió á vivir en las montañas, entre los pastores, con los cuales pasó su juventud. Entregado á duros ejercicios, en diaria brega con la naturaleza misma, apasionado cazador, su cuerpo adquirió un desarrollo de gigante y sus músculos un vigor extraordinario. Tendría solamente diez y ocho años cuando dió muerte á un terrible león, que tenía su cubil en el Helicón y era el azote de los ganados de Anfitríon.

Vencedor, cubierto con la piel de la famosa fiera, iba camino de su patria, cuando le salió al encuentro un heraldo del rey Orcomenes, reclamándole el tributo impuesto á los tebanos:—Hércules le cortó la nariz y las orejas, le ató las manos y le hizo regresar así á su país.

Desde entonces comenzó su vida de proezas míticas: combatiendo en Argólida, ya no lo fue como en Beocia contra monstruos, sino con los hombres más poderosos, descendientes divinos, que tenían dioses en su estirpe y ellos mismos eran héroes. Desde allí le exhibe la leyenda como el esposo místico de Atenea, en el sentido de que la gran diosa se enamoró de él, de su juventud, de su fortaleza, de su audacia irrefrenable y se declaró su protectora. Para los mitógrafos, ello significa que los griegos le consideraron como el héroe nacional, que llevó á los bárbaros del Asia la gloria y el terror del nombre helénico.

En el país de Traquina llevó á cabo gloriosas expediciones, después de consumadas las cuales, fué en busca de Euritos, para vengarse de la ofensa que le infiriera. Llegó á Ecalia y la destruyó, matando á Euritos y á

sus hijos y llevándose consigo á la hermosa Yola, de quien siempre se sintió enamorado.

Al regreso, antes de entrar en Traquina, se detuvo en el promontorio de Cenión, en la Eubea, para rendir solemnes acciones de gracias á Júpiter; y al efecto, envió previamente á su compañero Licas á Traquina, para que le llevase una túnica blanca apropiada para hacer los sacrificios.

Deyanira, la esposa legítima del héroe, sabe por el mensajero la vuelta de Hércules con Yola y, llevada de furiosos celos, empapa una túnica en la preparación mágica que había compuesto con la sangre de Nessos, el centauro á quien Hércules había dado muerte cuando pasando en sus ancas á la prometida del tebano había atentado contra su pudor.

Apenas Hércules viste la túnica, su piel absorbe el veneno de que está empapada, se siente presa de terribles sufrimientos y se le turba la razón. Ase á Licas por los pies y le arroja al mar; quiere luego quitarse la vestidura desgarrándola, y desgarrar su propio cuerpo. Presintiendo entonces que es llegada su última hora, corre furioso por las pendientes del Eltas, quiebra con su poderosa mano los pinos y las encinas de las montañas y ordena á sus compañeros que les pongan fuego. Comienzan á subir hacia el cielo oleadas de humo y llamas terribles, y cuando el cuerpo del héroe está á punto de ser consumido, desciende de lo alto una nube que lo arrebató y lo transporta al Olimpo, en medio de truenos y relámpagos.

Max Müller compara este fin trágico de Hércules con una grandiosa imagen del Sol poniente, en medio de las nubes: los sombríos vapores que ocultan el astro del día al término de su carrera, son á modo de vestiduras arrojadas sobre su cuerpo glorioso, vestiduras que él trata de desgarrar con sus ardientes rayos, hasta que perece en el seno de las tinieblas.

Milagro de las flores

Retienen piadosas leyendas que la reina de Hungría, conocida en la Cristiandad con el nombre de Santa Isabel, esclarecida por la luz de la nueva doctrina que comenzaba sus luchas de redención, cumplía, como todos los mártires de la fe de Cristo, los mandatos de su conciencia á despecho de todo cuanto á ellos se opusiera, por parte de los hombres ó de los tiempos.

Ejercía las prácticas de aquel primitivo cristianismo, que fue verdaderamente el advenimiento del Reino de Dios en los corazones y en las conciencias, en las ideas y en las costumbres.

Era la reina sumisa fielmente á las enseñanzas del Maestro, á las palabras de los evangelizadores y á las pragmáticas apostólicas; y como un día anduviere ejerciendo caridad, llevando pan á los menesterosos en el regazo, fue encontrada por su marido, adverso á la nueva Ley, y al preguntarla su camino y su intención, soltó la falda para mostrarle su contenido, y éste apareció convertido en flores.

El despertar de la Primavera

CUADRO DE M. LEVIS

En nuestras zonas ecuatoriales, las escenas y los aspectos de la Naturaleza durante los cambios periódicos de las estaciones, no tienen el sorprendente interés que los caracteriza en los países que demoran fuera de los límites intertropicales.

El estado de cuasi equilibrio que les da su situación geográfica, les imprime á su fisonomía astronómica una faz de uniformidad que participa de todas las que por turno fijo corresponden á las regiones templadas; y esta circunstancia excepcional es aún más notable en nuestro país de Venezuela, en donde en el mismo espacio de tiempo y en toda la extensión de su vasto territorio reinan simultáneamente todos los climas. Estos ardorosos gravitan con toda su pesadumbre canicular sobre las ciudades de nuestras costas é incendian las inmensas y bajas praderas de nuestros llanos; perpetua nieve, deshecha en terribles y zumbadores aludes, resplandecen en las crestas de nuestras cordilleras y traban una interminable batalla de tempestades y de truenos por los despeñaderos y las hondonadas erizadas de escarpas, en cuyos repechos se columpian las poblaciones andinas; penumbras, rumores y húmedos hálitos de otoño arropan con su poesía de respuestas las tardes y las noches románticas de las capitales que blanquean en las faldas de las montañas costaneras; y por toda esta tierra ecuatorial se deshace el invierno especial del trópico, descolgando y sacudiendo sus cortinas grises de lluvia. De modo que, como en los días primaverales que despiertan bajo el sol de los países templados, tenemos la frecuente alegría de las auroras luminosamente rientes y rosadas; orquestas desbordantes de gorjeos entre las tupidas frondas de los bosques perpetuos, y por los espacios llenos de luz y de brisas; la tierra está siempre vestida de los colores risueños de todas las flores y el aire poblado de los espíritus de todos los aromas; y desde sus senos que bullen en gérmenes nacientes, la tierra tropical no silencia nunca el himno de su permanente ventura. Se concibe cómo ha de ser ésta en los países que el gélido diciembre hace arrebujar tremulantes y ateridos, después que otoño ha encapotado sus melancolías y se dispone el sol á tomar el desquite de sus derrotas, armado con los rayos implacables del estío.

Feliz edad!

CUADRO DE E. ARTIGUE

Feliz edad, realmente, aquella en que sólo se piensa en sonreír á la Primavera, en pasear á lo largo de los vallados florecidos, empavesados de rosas y de amapolas, dejando expandir la juventud bajo las frescas brisas y plegando las vestiduras sutiles al capricho de las correrías.

Y, feliz pintor el que ha sabido comprender todo el encanto y toda la inconsciente coquetería de los aturdimientos de los veinte años, fijando en la tela toda la gracia y toda la armonía de su visión!



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año **1904**

Está á la venta

Del Certamen

Los grabados que hemos incluido en las páginas correspondientes á los cuentos LA BANDERA, ADELA É IDILIO ROTO, son copias de ilustraciones que expresamente hemos encargado para los mencionados cuentos al señor Federico Brandt, uno de los jóvenes dibujantes más inteligentes y conocedores de su arte que cuenta en la actual generación intelectual de Venezuela y quien ya ha merecido justicieras distinciones en más de un torneo artístico, celebrado en nuestros Salones.

SECCION RECREATIVA**¿Qué es la atmósfera?**

El profesor J. Hann, de Viena, de los más célebres meteorólogos de nuestros tiempos, ha dado en aquella capital una reciente conferencia, en la que ha expuesto un análisis más preciso del aire atmosférico, el que, además del oxígeno y del ázoe, contiene los siguientes elementos: argón, néon, crypton, xénon y helio, nombres bárbaros de gases que tienen propiedades distintas.

Además, observaciones directas han permitido comprobar la existencia del hidrógeno, este principio del agua, considerado hasta hoy como extraño ó ajeno completamente á la atmósfera terrestre. Gracias á las nociones exactas que hoy poseemos de estos diferentes gases, de sus pesos, de su temperatura de liquefacción, etc., háse podido determinar y fijar mui bien las proporciones en que se encuentran en las varias alturas, y esto es lo que ha tratado de precisar el sabio meteorólogo austriaco.

La atmósfera de las llanuras ó planicies poco elevadas, contiene 78 por ciento de ázoe; 21 por ciento de oxígeno; 0'9 de argón; 3 diez-milésimos de ácido carbónico, dado que el hidrógeno no figura sino como un diez-milésimo; y los otros elementos cuyo volumen varía de 1 cien-milésimo á un millonésimo, no se estudian y conservan sino como curiosidades de laboratorio.

A diez kilómetros de altura, se encuentra en el aire un 81 por ciento de ázoe por 18 de oxígeno. En esa altura, el argón y el ácido carbónico son la mitad, ó sea, un 50 por ciento más débiles que en las llanuras; pero en cambio, el hidrógeno es mucho más abundante. A 50 kilómetros de altura y con un frío de 60 grados, la proporción del ázoe disminuye á 79 por ciento; la del oxígeno se reduce á 7 por ciento; la del argón es en cantidad igual á la del ácido carbónico en la llanura, y allí, el ácido carbónico ha desaparecido; el hidrógeno se ha aumentado considerablemente y ocupa el 14 por ciento del volumen total; y el helio—del que no había hasta esta altura ni trazas en el aire,—entra sin embargo en la proporción de un milésimo.

Cuanto más ascendemos, más se rarifican el ázoe y el oxígeno, y proporcionalmente aumenta el hidrógeno. En las regiones muy altas del aire, es por fin el hidrógeno el que reina en absoluto, acompañado de un poco de helio; al paso que en estos medios en que nosotros respiramos, son los gases pesados los que constituyen el mayor contingente de tantos y preciosos elementos.

El alcohol industrial

Crea Raspail—como se ve por lo sostenido y afirmado en el famoso proceso Lafarge,—que se podía hallar el arsénico en todo, hasta en un palo de escoba, digamos. Pues entonces, con mayores probabilidades y aún certeza, bien se puede extraer alcohol industrial de cualquiera materia, no importa cual sea.

Partiendo de este principio, un químico alemán, M. von Meyer, de Dresde, ha explicado cómo,—por medio de la destilación de las ma-

terias fecales,—se puede obtener un alcohol que tiene las mismas propiedades que el alcohol de centeno ó el de patatas.

Un kilogramo de materia fecal da el rendimiento siguiente: 225 litros de gas inflamable; de 70 á 80 gramos de alcohol, y un alquitrán que despiden un olor muy repugnante y fuerte. La oficina, en Berlín, que extiende las patentes de invención, se ha encargado de practicar los experimentos sobre el modo de proceder en la destilación que tiene el doctor von Meyer, y ha comprobado: que 100 kilogramos de materia fecal dan 9 litros de alcohol, lo que es un famoso resultado, puesto que 100 kilogramos de patatas á los cuales es menester agregar 5 kilogramos de malta y levadura, no dan más que 11 litros 5 de alcohol. M. von Meyer calcula que una ciudad de 200.000 habitantes, podría proveer por año, no menos de 4.500 hectólitros de alcohol, sin contar el gas y el alquitrán.

**POSTALES
EL COJO ILUSTRADO**

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 62 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Cosas del Oriente

La tracción eléctrica se ha estrenado en el Japón, hace muy poco; pero no habremos de pensar que este progreso se ha cumplido, sin haber pasado primero entre luchas muy vivas y tenaz rechazo por la generalidad de las diversas clases sociales.

Es digno de notarse como cosa curiosa: el japonés, á quien se considera,—y con muy justos títulos,—como el tipo más adelantado, más emprendedor de los asiáticos, se ha mostrado y distinguido más rebelde que ningún otro pueblo, para aceptar este nuevo sistema de vehículos.

Como muchos otros

El editor de las obras de Máximo Gorki le publicó en días pasados, que en los momentos de ocio, le diese por escrito su biografía. El romancista, después de haber mojado la pluma y recapitado un instante, trazó sobre el papel estos renglones:

1878—Fuí aprendiz de zapatero.

1879—Entré igualmente como aprendiz en la casa de un dibujante y pintor.

1880—Entré como mozo de cocina, á bordo de un vapor.

1884—En esta época fuí encomendero, ó mozo de cordel.

1885—En ese año fuí panadero.

1886—Me entré en una compañía de ópera que iba á emprender un viaje, y entré como corista.

1887—Este año lo pasé vendiendo manzanas, por las calles.

1888—Estuve queriendo suicidarme.

1890—Para esta fecha me empleó como copista ó amanuense, un abogado.

1891—Dí la vuelta á Rusia, á pie.

1892—Publiqué mi primera Novela.

**La Medicina
del Siglo.**

Los méritos que encierra la Emulsión de Scott están en las propiedades de los elementos que la componen.

El aceite de hígado de bacalao puro que contiene, ALIMENTA.

Los hipofosfitos de cal y sosa FORTIFICAN los huesos.

Su buena fabricación hace que estos elementos sean prontamente asimilables y gratos al paladar.

Por estas razones todos los médicos del mundo prescriben siempre

**LA EMULSION
DE SCOTT**

de
Aceite de Hígado de Bacalao
con
Hipofosfitos de cal y de Sosa.

Los anémicos, los raquíuticos, los atacados con frecuencia de catarros, los palúdicos y cuantos deseen verse vigorosos deben tomar la EMULSION DE SCOTT porque es el medicamento más valioso en el tratamiento del raquitismo y anemia infantil, porque es un alimento productor de grasa del más alto grado; porque es el tónico y reconstituyente más poderoso conocido.

Certificados de médicos lo han dicho: para los enjutos de pecho, para la tisis, resfriados y catarros crónicos, ninguna medicina es mejor que la EMULSION DE SCOTT.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Boticas.

BRANDY DOMECCO



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y detención

En las diarreas y afecciones intestinales

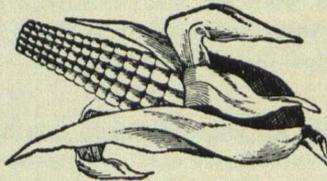
Precio en toda Venezuela :

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA : Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas. --Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

¿Existe la rabia ?

No hay creencia más firmemente arraigada que la de que cuando los perros rabiosos muerden, las personas mordidas rabian á su vez, y si no se acude pronto al remedio expiran en medio de una agonía espantosa.

Pero es el caso que ahora llega la ciencia y declara que la hidrofobia es un mito. El microbio de la hidrofobia no se ha encontrado porque no existe. A los perros les ataca algunas veces la rabia, ó la locura, lo mismo que á los hombres les dan ataques de locura furiosa; pero una persona mordida por un loco no se vuelve loca por aquello, ni tampoco la mordedura de un perro llamado rabioso comunica su enfermedad á la persona cuya carne ha sido atravesada por sus colmillos.

Lo que puede producir la mordedura de un perro, lo mismo que la de una persona, es la enfermedad conocida con el nombre de tétano, cuyos síntomas son idénticos á los que generalmente se atribuyen á la hidrofobia. El microbio de la hidrofobia no ha sido descubierto, como hemos dicho; pero siempre se encuentran gérmenes del tétano en los cuerpos de las supuestas víctimas de la rabia. Es decir, que según la última afirmación de algunos hombres de ciencia, la rabia no es ni más ni menos que tétano, y los remedios que sirven para el tétano sirven igualmente para curar la hidrofobia.

No uno sino varios sabios lo afirman así, y están empezando á sostener la batalla que



«No vacilo en hablar de la hidrofobia como de una enfermedad puramente imaginaria, sin más realidad que la de las supuestas brujerías por las cuales se quemaba á la gente no hace mucho. Durante mis viajes por distintos países he hecho diligentes investigaciones con los médicos de mayor práctica acerca de los casos de hidrofobia en los cuales habían intervenido. Siempre los resultados de mis investigaciones acerca de la existencia real de la rabia han sido negativas.»

Añadió el doctor Rosse, y son exactas sus afirmaciones, que en el Asia Menor y en Constantinopla, donde abundan los perros vagabundos, nadie ha oído hablar ja-

es siempre inevitable cuando se trata de anunciar hechos nuevos y de combatir errores antiguos.

El doctor Rosse, ante la Asociación Neurológica Americana, reunida en Filadelfia, leyó hace poco una Memoria, diciendo entre otras cosas:

AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX
Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

EMPRESA EL COJO

más de hidrofobia. Tal enfermedad es también desconocida en Corea y en el Japón, donde hay más perros que en país alguno del mundo, y debe tenerse en cuenta que el Japón es uno de los países más adelantados en investigación bacteriológica.

Añádase á estos datos que en Alemania rara vez se oye hablar de rabia, y no se ha conocido en Berlín caso alguno desde hace muchos años. En Londres, con sus cinco millones y medio de habitantes, no se ha conocido más que un caso en el año 1902, y fue clasificado de dudoso. En el mismo año se cogieron en las calles de Londres 8.000 perros vagabundos, y ninguno presentaba síntomas de hidrofobia. Por último, los anales de la Sociedad Americana Protectora de los

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Aene.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito.

Argotina y Grazeas de ARGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
 Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas
LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaquca
Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 607

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y sano.
 57-58, Rue de Valenciennes, PARIS

Libros de Registro para 1904

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

JARABE AUBERGIER
TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO
 Empleado con mucho éxito en los Niños.
 CLIN y COMAR — PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

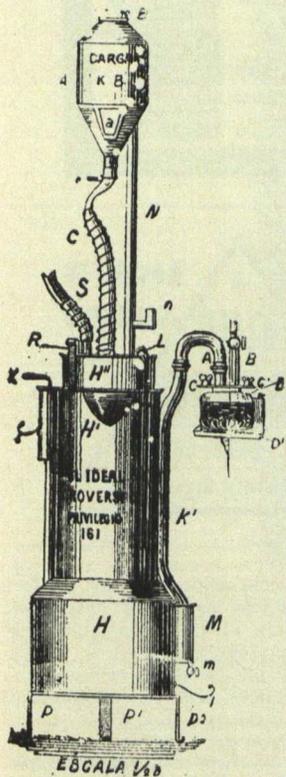
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL á carga de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Puro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacuvalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saizdivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
 Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

animales revelan que en los treinta años que la asociación lleva de existencia no se ha comprobado científicamente ningún caso de rabia en los Estados Unidos.

Además del doctor Rosse hay otras autoridades médicas que sostienen la misma teoría que él. El doctor Hatch viene afirmando desde hace años que la hidrofobia y el tétano son idénticos. El doctor Landon Carter Gray ha dicho públicamente en la Academia de Medicina de Nueva York que no hay en aquella capital ni un solo neurólogo que haya visto un caso de rabia. El doctor Bird-sall declara que tampoco se ha encontrado jamás en presencia de un verdadero caso de hidrofobia, aunque sí á veces casos de hidrofobia simulada, producida por el terror ocasionado por la mordedura de algún perro. El doctor Loomis, cuya reputación es universal, y que se ha interesado mucho en este asunto, afirma que de 20.000 autopsias hechas en el hospital Bellevue, sólo ocho fueron de personas á quienes se su-

ponía muertas de hidrofobia, pero que no se encontraron en sus cadáveres síntomas ni cambios patológicos que permitieran afirmar que se trataba de casos verdaderos de rabia. Tan arraigada está entre muchos hombres de ciencia americanos la persuasión de que no existe la rabia, que el Kennel Club de los Estados Unidos viene ofreciendo desde hace tiempo un premio de importancia á quien presente un verdadero caso de hidrofobia.

Si no existe la hidrofobia, ¿qué explicación tienen el famoso invento de Pasteur, su antitoxina, su obra, sus resultados y sus sucursales? Este es el punto precisamente en que se encuentran y luchan las opuestas teorías. Los que sostienen que no han podido encontrar ni un solo caso de hidrofobia que se desarrollara naturalmente, afirman que las investigaciones más minuciosas de los sabios del Instituto Pasteur y de sus sucursales no han conseguido todavía identificar y aislar el microbio específico de la rabia.

Si es cierto que éste no existe, horroriza pensar en los tormentos imaginarios y reales á que durante siglos ha estado sometida la humanidad por miedo á la rabia.

El tétano es una enfermedad muy temible, pero no es absolutamente incurable, mientras que hasta el descubrimiento de Pasteur, es decir, hasta fecha muy reciente, no había médico que creyese posible la curación de un rabioso.

Así es que en los tiempos antiguos se apelaba á los remedios más heroicos, es decir, más crueles, para cortar los progresos del mal tenido por incurable.

Nuestros grabados dan idea de lo que se hacía hasta no hace mucho con los rabiosos. Es más: hubo tiempos en que á la persona atacada de hidrofobia se la ataba de pies y manos y se la asfixiaba metiéndola entre dos colchones de plumas.

¿Cuántas infelices víctimas del tétano han sido sometidas á este supuesto tratamiento misericordioso, creyendo que padecían hi-

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, París**

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard**.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más eficaz) las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** para curar) las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacrèze, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXÍJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-EMFEMÁTICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Hígado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Reumatismos**, **Fiebres Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Disenteria**, la **Grippe** o **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombrias** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flemas**.

Rebusese todo autómático que no lleva la Firma **Paul GAGE**
Deposito General, 11^o Paal GAGE Hijo, F.^o de 1.^o cl., 9. r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

DEL DR. GUILLIE

Con gran éxito.—Desde Caracas escribe el doctor Juan Vicente Mendible, de la Ilustre Universidad de esa capital:

«Tengo el gusto de informar que he empleado la Emulsión de Scott con gran éxito en una señorita que principiaba á padecer del pecho; y con iguales resultados la he prescrito en otros casos semejantes.

He visto tomarla sobre las comidas á gusto del paciente y sin perturbarle la digestión.

Por lo cual les manifiesto que es un excelente preparado.»

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris

drofobia, es decir, una enfermedad puramente imaginaria!

Asombra el cómo puede ser que hasta ahora no se haya descubierto que la rabia y el tétano son idénticos. El error, si ha existido, ha sido causado por los síntomas. En la hidrofobia hay una marcada aversión al agua, y se supone que el enfermo cae en violentos espasmos á la vista de aquel líquido.

En los verdaderos casos de tétano, la más leve tentativa para hacer uso de los músculos de la lengua y de la garganta, como por ejemplo para beber ó tragar, produce un espasmo violento, que puede tomarse por aversión al agua. Esto es lo que ha producido la confusión de ideas y lo que ha hecho que durante siglos se martirice inútilmente de la manera más cruel á miles y miles de personas.

El tratamiento del tétano consiste en operar inmediatamente al enfermo. A éste se le da un anestésico que detiene los espasmos, y entonces se abre un pequeño agujero en el cráneo y se introduce por él una aguja hueca y larga que llega hasta las menin-

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

Fcia **G. SEGUIN, PARIS**
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ges del cerebro ó inyecta en ellas una antitoxina. En los casos favorables, y hay centenares de ellos, la curación es inmediata:

los espasmos y las contracciones de los músculos cesan y el enfermo sana. La operación es más cruel que la de las inyecciones que actualmente se emplean para curar á las personas mordidas por perros rabiosos; pero es posible que cuando estas inyecciones no lleguen á tiempo pueda aplicarse á esos enfermos el mismo remedio que al tétano, y salvar así á víctimas que ahora parecían condenadas irremisiblemente á una muerte espantosa.